

Sophie Saint Rose

A woman with dark hair, wearing a white dress and red tights, is walking and holding a large bouquet of white flowers. The background is a soft-focus outdoor setting with greenery and a path.

*Eres lo mejor
que me ha regalado
la vida*

Eres lo mejor
que me ha regalado la vida

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Romina estaba casi segura de que aquello tenía que ser un error. Miró la fachada de la impresionante casa de tres plantas del Upper West Side antes de mirar a su alrededor y ver como una mujer con un bolso de Louis Vuitton, que costaba más de lo que ella había ganado jamás, paseaba a su caniche que tenía pinta de que acababa de salir de la peluquería. Apartó su melena castaña, colocando la correa de su enorme bolsa de maquillaje en el hombro. Le iba a salir una hernia y todo para nada. Era evidente que el anuncio era una broma para los dueños de la casa y tampoco quería molestar porque estaba segura de que allí no alquilaban habitaciones.

Iba a volverse cuando en ese momento se abrió la puerta principal y una señora de unos ochenta años vestida con un traje que estaba segura de que era de Chanel sonrió agradablemente mirándola con sus inteligentes ojos azules. Era imposible no mirarla porque llevaba el cabello teñido de negro a la altura de la barbilla y se notaba que tenía clase. La mujer vio el periódico entre sus manos y Romina se sonrojó agachando sus ojos verdes y empezando a caminar intentando disimular.

—¿Venías por el anuncio de la habitación?

Se detuvo en seco y miró sobre su hombro confundida. —¿No es un error?

La señora sonrió. —No, por supuesto que no. Es aquí. —Se acercó poniéndose su bolsito en el brazo mientras la miraba de arriba abajo. No le extrañó porque con la pinta que tenía con sus vaqueros gastados y su camiseta rosa de tirantes, que había visto tiempos mejores, seguramente le diría que ya se podía ir olvidando.

—¿Y el precio es ese? —preguntó antes de que le dijera que ya no estaba disponible por las pintas que llevaba—. Puedo pagar hasta cien dólares más y... Si me apura, ciento cincuenta.

La señora se echó a reír. —¿No quieres verla primero?

La miró con desesperación. —Le aseguro que con lo que he visto, me vale cualquier cosa.

—Desgraciadamente ahora no está mi marido y por supuesto tenemos que estar de acuerdo.

—Lo entiendo perfectamente.

—Estamos muy solos, ¿sabes? Tenemos a Pia, pero...

—¿Pia?

—Nuestra asistenta. —Sonrió de manera muy agradable. —Es como de la familia, pero se va a las cinco.

Empezó a comprender. —Así que quieren compañía. —Sonrió encantada. —Juego al póker estupendamente y me encantan las series de misterio.

Su posible nueva casera se echó a reír. —Eso está muy bien. Oliver estará encantado con eso del póker. Tendrías todo el sótano para ti, ¿te interesa?

Abrió los ojos como platos mirando la enorme casa. —¿Todo el sótano?

—Sí, y a cambio me gustaría que pasaras algo de tiempo con mi marido. Pero no como una obligación, no sé si me entiendes... Le gusta que le lean y...

—¿No ve bien?

—Tuvo un ataque hace unos años y no puede moverse como antes. Pero afortunadamente se ha recuperado mucho.

—Me alegro. Me gustaría conocerle, si puede ser.

La mujer miró su reloj. —¿Por qué no vienes a cenar?

—Señora, no quiero ser grosera, pero creo que es muy confiada —dijo preocupada—. No me conoce de nada.

La miró sorprendida antes de echarse a reír alargando la mano. —Soy la señora

Ainsworth. Eleanor Ainsworth.

—Romina Griffin.

—Te espero a las seis, Romina. Presiento que nos vamos a llevar muy, pero que muy bien.

—Le guiñó un ojo antes de alejarse.

Vio cómo cruzaba la calle antes de mirar la casa. ¡Si tenía suerte viviría allí un tiempo! No se lo podía creer.

A las seis en punto, preparada para la entrevista con su mejor vestido, llamó al timbre. Nerviosa acarició su suave tela de color azul eléctrico y se miró en el llamador dorado para asegurarse de que tenía buen aspecto. Quería causar buena impresión.

La puerta blanca se abrió y Romina sonrió al anciano que se apoyaba en un bastón con una empuñadura de plata. Tenía el cabello blanco y se notaba que había sido un hombre de lo más apuesto. —Tú debes ser Romina.

—Señor Ainsworth... —dijo alargando la mano—. Es un placer conocerle.

Su anfitrión se echó a reír. —Qué formal, niña. Pasa, pasa. Mi Eleanor está sacando la cena del horno.

—Oh, voy a ayudarla. —Entró en la casa deteniéndose en seco al ver el amplio hall de mármol blanco. —Vaya —dijo sin poder evitarlo. Fascinada levantó la vista hacia el techo que tenía pintado un hermoso cielo.

—Me alegro de que te guste.

—Es precioso.

—Los frescos están restaurados, pero son los que estaban en la casa cuando la compramos. Los verás por toda la vivienda —dijo acompañándola hasta una puerta abierta que

daba al comedor—. El hombre que me la vendió me dijo que tienen más de ciento setenta años.

—Es estupendo que quisiera conservarlos. —Toda una pared del comedor representaba una casa rodeada de sembrados como la película *Lo que el viento se llevó*.

—Como verás el hombre que construyó esta casa era del viejo sur. Sus ideas progresistas le hicieron mudarse al este.

—Me encanta leer sobre la guerra civil. Me parece una época fascinante.

—Pues aquí tendrás oportunidad de hacerlo. Tengo una biblioteca bien surtida sobre ese tema.

Iban hacia una puerta cuando ésta se abrió mostrando a la señora Ainsworth con una sopera en las manos. —Oh, déjeme ayudarla. —La cogió con cuidado y sonrió. —Madre mía, qué bien huele.

Se echaron a reír. —Pia es una cocinera excelente.

Se sonrojó porque hacía mucho que no comía comida casera. Debían pensar que era tonta. Puso la sopera sobre la mesa preparada para tres y forzó una sonrisa. —Niña, siéntate a mi izquierda —dijo Oliver apartando su silla con una sola mano.

—Gracias.

Eleanor se sentó ante ella mientras su marido se sentaba a la cabecera. —Y bien... Cuéntanos algo de ti. ¿Tienes familia?

—Una hermana pequeña. Celia vive en el pueblo de mi madre cerca de Houston.

—Vaya, ¿y cómo has acabado en Nueva York? —preguntó Oliver sirviéndole un poco de vino.

—Soy maquilladora. Vine a hacer un curso de maquillaje para obras de teatro y cine...

—Y te quedaste.

Sonrió levantándose y cogiendo la garcilla empezó a servirles la sopa. —Aquí hay más

oportunidades que en casa. Aunque ahora solo pinto uñas a domicilio. No me quejo. Tengo mis clientas fijas y me gano un sueldo mientras espero mi oportunidad. Hago pruebas de vez en cuando para maquillar, pero hay mucha competencia.

Eleanor asintió cogiendo la cuchara. —Por eso llevabas esa bolsa enorme. Niña, tienes que comprártela con ruedas. Te vas a deslomar.

—Ya le tengo echado el ojo a una de segunda mano. Si esta semana me va bien me la compro.

Sus anfitriones sonrieron. —Eso está muy bien —dijo Oliver—. ¿Y no tienes más familia? ¿Tus padres han fallecido?

—Somos huérfanas. —La miraron con pena. —Cuando digo que es el pueblo de mi madre, me refiero a la adoptiva. Nos acogió cuando yo tenía cuatro años.

—Vaya, fue muy valiente acogiendo a dos niñas tan pequeñas.

—Sí, y fue una madre estupenda, pero murió hace seis años, por eso nos vinimos a Nueva York.

—¿Y ella no tenía familia?

—Sí, dos hermanas, pero nunca nos llevamos muy bien... —Miró su sopa distraída y los ancianos se miraron. —Nunca nos aceptaron. Mi madre era amiga de mis padres y cuando fallecieron en un tornado quiso hacerse cargo de nosotras. Su familia nunca lo entendió. Consideraba que no era problema suyo.

—Dios mío, ¿en un tornado? —preguntó Eleanor impresionada.

—Sí. Al parecer fue terrible. Casi se lleva la casa. De hecho, según me contó mamá, se llevó parte de ella y nos dijo que fue un milagro que sobreviviéramos.

—Pues entonces aún la admiro más —dijo Oliver mirándola con ternura—. Porque se enfrentó a su familia para criaros. Fue muy valiente.

—Sí, la hecho mucho de menos.

—Hablemos de cosas más alegres. ¿Tienes novio? —preguntó Eleanor con picardía.

—No.

La miraron sin creerse ni una palabra. Divertido Oliver dijo —Si lo dices para que te demos la habitación...

—No, de verdad. No tengo. —Se puso como un tomate. —De hecho no lo he tenido nunca. De manera seria, quiero decir. Salí con un masajista hace tiempo, pero no cuajó. —Entrecerró los ojos. —Bah, estoy mejor sin él.

Eso sí que les dejó de piedra. —¿Y eso? Con lo preciosa que eres con esa melena hasta el trasero y esos preciosos ojos verdes, ¿cómo es posible que no hayas tenido un novio, novio en todo este tiempo?

—Cielo, igual tiene novia —dijo Oliver algo incómodo—. Y es algo privado. No seas cotilla.

—¿No soy cotilla! —La miró a los ojos. —¿Lo soy?

Romina se echó a reír. —No, es lógico que quieran saber estas cosas si voy a vivir en su casa.

—¿Ves, Oliver? Es lógico. Dime, niña... cuéntamelo todo.

Oliver puso los ojos en blanco. —Ahora querrá saber toda tu vida.

—¿Pues claro que sí! ¿No la acabas de oír? ¡Es lógico!

—Pues no sé lo que me pasa. Igual soy algo reservada. Eso unido a que lo que viene no me gusta y lo que me gusta...

—No viene —terminó Eleanor por ella.

—Exacto.

—Será porque no le guiñas el ojo —dijo Oliver divertido—. Si lo hicieras correrían hacia

a ti.

Se sonrojó con fuerza. —Sí, igual soy algo tímida. Mis amigas dicen que a ver cuando me espabilo que ya va siendo hora.

—¿Cuántos años tienes?

—¡Mujer, de verdad, esto parece un tercer grado!

—Ainsworth, a mí no me hables como a los de tu consejo de administración que la tenemos.

Sonrió divertida. —Tengo veinticuatro.

—Es una niña. Tendrá tiempo de sobra para tener novio —dijo Oliver cogiendo su copa de vino.

—Eso digo yo. Ahora tengo que conseguir el trabajo que siempre he querido. El novio ya llegará.

—Muy bien. —Eleanor levantó su copa. —Por tus sueños, Romina. Espero que se cumplan.

—¿Entonces la habitación es mía?

Se echaron a reír y sorprendentemente empezaron a hablarse como si se conocieran de toda la vida. La cena fue de lo más entretenida y en apenas una hora se creó un ambiente relajado y discernido en los que los tres estuvieron muy a gusto hablando de sus familias. Ellos habían tenido tres hijos varones y los tres vivían en Nueva York con sus familias, pero tenían unas vidas tan ocupadas que apenas se veían a no ser que fuera una festividad, acontecimiento o cumpleaños. Era una pena que teniendo una familia que ella consideraría numerosa, visitaran tan poco a sus abuelos.

Estaban charlando después del postre cuando sus anfitriones se miraron sonriendo y Eleanor se levantó. —¿Quieres ver tu habitación?

—Sí, por supuesto. Me muero por verla.

Rieron indicándole que fuera hasta la cocina y alucinó porque aparte de que la cocina era enorme, tenía en una esquina un ascensor. —Nos viene estupendamente ahora que somos mayores. Y a Pia también para subir cosas.

—Lo entiendo.

Bajaron al piso inferior y se apretó las manos impaciente por ver lo que sería su habitación. Oliver abrió la puerta. —Tendrás que compartir el espacio con la lavadora y la secadora —dijo apartándose.

Dejó caer la mandíbula del asombro al ver una habitación enorme de ladrillo pintado de blanco. No era el típico sótano. Hasta tenía dos ventanas estrechas encima del cabecero de latón de la cama de matrimonio que estaba cubierta con un precioso edredón de seda beige. Había un escritorio blanco y un sofá en la otra pared. ¡Incluso había una televisión de treinta pulgadas al lado del armario!

—¿Crees que estarás cómoda?

—¿Cómoda? ¡Ahora comparto la casa con cuatro personas y duermo en un sofá cama!

Se echaron a reír. —Pues vete a recoger tus cosas porque será un placer que vivas aquí —dijo Oliver abrazando a su mujer por los hombros.

—Gracias, gracias —dijo emocionada acercándose a ellos y abrazándoles—. Sois los mejores. —Besó a cada uno en la mejilla y se volvió ilusionadísima. —¿Puedo decorarla? ¿Poner unos cuadros?

—Claro que sí. Puedes hacer lo que quieras. Es tu espacio —dijo Eleanor—. Queremos que te sientas a gusto en esta casa.

Se mordió el labio inferior mirándoles con sus preciosos ojos verdes llenos de alegría. — ¿Hay helado de chocolate?

Entró en la casa y gritó —¡Ya estoy aquí! —Fue hasta la cocina y empujó la puerta abatible dejando la bolsa del maquillaje al lado del ascensor como todos los días y frunció el ceño dejando la bolsa de papel sobre la encimera de la cocina. —¿Pia? —Miró su reloj y aún eran las cuatro y media. Era jueves, así que Eleanor estaría en su reunión de la parroquia para la recaudación de fondos. —¿Oliver? —Salió de la cocina y fue hasta el despacho donde solía estar viendo algún documental o leyendo el periódico, pero estaba vacío. Qué raro. ¿Habría salido? No, estaba a punto de llover y nunca salía lloviendo si podía evitarlo porque temía resbalarse. Subió las escaleras de dos en dos. —¿Sabes? Esas amigas de Eleanor son una mina. Una me ha dado cincuenta pavos de propina. ¡Si la manicura cuesta cuarenta! ¿Oliver? ¿Estás en tu habitación? —Caminó por el pasillo hasta el final encontrándose la puerta entornada y al ver por la rendija una mano sobre el suelo de parquet corrió asustada empujándola. —¡Oliver! —Perdió todo el color de la cara al verle tirado en el suelo y se arrodilló a su lado. —¡Oliver! —Le tocó el cuello, pero de los nervios ni le encontraba el pulso. Se levantó a toda prisa y cogió el teléfono inalámbrico de encima de la mesilla llamando a emergencias. Nerviosa explicó los detalles como pudo a la operadora sin quitarle la vista de encima, rogando que se despertara. —¡Pia! —gritó tirando el teléfono a su lado para cogerle la mano. Casi llora del alivio al darse cuenta de que no estaba frío y se agachó sobre él para pegar el oído a su pecho. Al escuchar su latido sollozó incorporándose. —¡Pia, dónde estás!

Escuchó el sonido de la ambulancia y corrió fuera de la habitación bajando las escaleras como una exhalación para abrir la puerta. Los sanitarios descendieron a toda prisa y ella gritó — ¡Está arriba!

Uno de ellos entró en la casa con una bolsa y la siguió escaleras arriba. Se apretó las manos sin dejar de llorar observando cómo le atendían. —¿Se pondrá bien? —preguntaba una y otra vez sin que nadie le respondiera.

Pia llegó en ese momento pálida. —¿Qué ha pasado?

—Me lo he encontrado en el suelo. ¿Dónde estabas?

—He ido a comprar helado. El señor no quiere que falte.

Angustiada porque ella era la única que comía helado sollozó viendo como le subían a una camilla y le ponían una mascarilla de oxígeno.

—Nos lo llevamos al Sinaí —dijo el sanitario.

—Sí, sí.

—¿Has llamado a la señora?

—No. —Siguió a la camilla. —Se va a asustar.

—Hay que decírselo. —Se agachó cogiendo el inalámbrico.

—Necesito un taxi. ¡Y dinero! —Corrió a las escaleras bajando antes que ellos y como una exhalación llegó a la cocina para coger de la bolsa de maquillaje el neceser donde llevaba la cartera y el móvil.

Descompuesta salió de la casa cogiendo las llaves mientras Pia hablaba por teléfono. —
¡Dile que la veo allí!

Corrió hasta la acera viendo como lo subían a la ambulancia y levantó un brazo. —¡Taxi!

Pasaron dos taxis que no se detuvieron y gimió cuando la ambulancia se alejó. —Mierda, mierda. —Afortunadamente uno se detuvo ante ella y dijo que la llevara al hospital lo más rápido posible. Ni siquiera esperó la vuelta después de dar los veinte pavos que ya tenía en la mano y corrió a la recepción preguntando por Oliver. Tuvo que decir que era su cuidadora para que le dijeran solo que le estaban atendiendo. Le indicaron que esperara y muy nerviosa se sentó en una de las sillas de plástico impaciente.

Cuando se abrieron las puertas y llegó Eleanor, se levantó de inmediato yendo hasta ella que estaba totalmente pálida. —¿Cómo está?

—No lo sé. Le están atendiendo. Dicen que nos llamarán cuando sepan algo. —La cogió

por el brazo. —Ven, siéntate. ¿Cómo has venido sola?

—Simplemente me fui. —Asustada miró a la puerta. —¿Tardarán mucho?

—No lo sé. Hay mucha gente. ¿No conoces a alguien que pueda...?

Eleanor entrecerró los ojos. —Voy a llamar a su cardiólogo.

—Sí, llámalos a todos. A todos esos médicos carísimos, que quiero verles la cara y que me expliquen lo que ha pasado. ¡Porque se ha tomado la medicación! Le he traído las pastillas antes de que se le acaben. ¡Están en la cocina!

—Cielo, somos mayores. —Le cogió la mano y se la apretó al ver que estaba a punto de llorar. —Estas cosas pasan.

—¡No, no pasan! —Una lágrima corrió por su mejilla sin darse cuenta. —¡Qué muevan todos el culo hasta aquí!

Apenas veinte minutos después de que Eleanor llamara, aparecieron por allí dos de sus médicos que pasaron de inmediato a ver a su paciente. Romina suspiró del alivio apretando la mano de Eleanor. Al cabo de unos minutos susurró —¿No llamas a tus hijos?

—Mejor espero a ver cómo está.

La miró preocupada. —Seguro que quieren saberlo.

—Dos no vinieron cuando le operaron del bypass porque estaban en viaje de negocios y Wyatt, nuestro hijo mayor, lo hizo por compromiso. No dejó de hablar por teléfono durante toda la operación. —La miró asombrada. —No sé de qué te asombras. En estos seis meses solo nos hemos reunido dos veces por los cumpleaños de mis biznietos y en una cena por el compromiso de la hija pequeña de Wyatt. Samantha apenas nos miró en toda la noche. Nos sentimos muebles. No nos cuentan nada de sus vidas. Sabemos más por las revistas que por lo que ellos nos dicen y no sé si es culpa nuestra porque mis tres hijos han salido así.

—No digas eso. Yo os lo cuento todo.

Eleanor sonrió con tristeza. —Nosotros éramos igual, ¿sabes? Mi marido tenía que llevar la empresa él solo y siempre estaba ocupado. Aunque le importaba todo lo que ocurría, pero supongo que dejaron de contar con nosotros para sus cosas y ahora ya es tarde.

—Nunca es tarde. Creía que con Wyatt tenías contacto habitualmente. Te he escuchado hablar con él a menudo.

Sonrió con tristeza. —Ese es mi nieto mayor. Wyatt no está en Nueva York y me llama todas las semanas para saber cómo estamos. —Se echó a reír. —Es muy detallista, pero tiene un secretario de lo más eficiente. Josep se llama. Seguro que le dice, llamada a los abuelos y él se encarga hasta de marcar desde su mesa para que Wyatt tenga que hacer lo menos posible. Es muy trabajador y siempre está ocupado.

—¿Es el que está en Dubái? Oliver me dijo que uno de sus nietos estaba allí ampliando el negocio.

—Sí, Oliver está muy orgulloso de él. Quiere que sea el presidente de la empresa, pero será difícil que mis hijos cedan en su favor y que los accionistas lo acepten. Es Martin mi segundo hijo el que lleva la empresa en la actualidad. Fue decisión de Oliver y supongo que nuestro hijo mayor nunca lo ha aceptado. —Chasqueó la lengua. —Cuestión de acciones y cosas de esas que nunca he querido entender.

—¿Y por qué no llamas a tu nieto? A Wyatt —preguntó suavemente.

—No quiero preocuparle. Está muy lejos. —Sonrió con tristeza. —Cogería el avión de la empresa de inmediato y Oliver se enfadaría conmigo por preocuparle. Si no es nada...

—Le están atendiendo. Ya verás como no es nada.

Pero dos horas después aún estaban allí sentadas. Pia la llamó al móvil para interesarse por su estado y hablaron con ella un rato. Quería ir, pero Eleanor se negó porque tenía que atender a su madre que también estaba enferma y su hermana ya se había ido a su casa para atender a su familia. Se turnaban para quedarse con la mujer y ahora le tocaba a Pia. Eleanor no quería

molestar. Le dio una pena enorme que con toda la familia que tenía no llamara a nadie para no molestar. Se sentían un estorbo y le pareció horrible, aunque ya lo sabía porque sino ella no viviría en su casa para que tuvieran compañía. Aunque estaba encantada con ellos le pareció muy injusto, pero cerró la boca para no entristecerla.

Cuando salió uno de los médicos de Oliver, ayudó a Eleanor a levantarse. —Por favor, sentaos. Aún le quedan unas pruebas por hacer, pero lo dejaremos para mañana.

—¿Qué tiene, doctor González? —preguntó Eleanor muy inquieta.

El hombre que debía tener unos cuarenta años se acuclilló ante ella y sonrió, lo que para Romina fue un alivio. —Se ha desmayado. Le faltaba el aire y ha perdido el sentido. Estamos intentando dar con la causa.

Eleanor se echó a llorar. —¿Está despierto?

—Ahora está descansando, pero he hablado con él. Tenía la tensión muy baja. Igual ha sido la nueva medicación. Tenemos que dar con la causa. El problema es que al caerse se ha roto la muñeca y se ha magullado la rodilla que ahora está muy hinchada.

—¿Pero se pondrá bien?

—Ahora está bien. Pero no saldrá del hospital hasta que no sepa la causa del desmayo, ¿de acuerdo? ¿Por qué no os vais a casa?

—Yo no me muevo de aquí hasta que no vea a mi marido.

—Ni yo.

El doctor sonrió. —Muy bien. Os dejaré pasar unos minutos. Pero no quiero que le alteréis, así que reponeros. Nada de lágrimas y nada de preocuparle. Ha preguntado muchas veces por vosotras y no quiero que se desvele porque no me gustaría sedarle como tiene la tensión. ¿De acuerdo?

—Sí, doctor —respondieron las dos a la vez.

Él se incorporó y se levantaron para seguirle. Para su sorpresa estaba en una habitación privada ya en planta y de la que entraban en el ascensor hablaron con el médico sobre las pruebas que le iban a practicar. Como un electro que querían repetirle al día siguiente. Fue un alivio saber que la primera prueba había salido bien y cuando llegaron a la habitación y le encontraron dormido sintieron más alivio todavía porque parecía que estaba cómodo, aunque tenía la mano escayolada. El doctor dejó que se quedaran unos minutos y cuando salieron, Romina habló con el doctor pidiendo quedarse con él para que su esposa se fuera a casa tranquila. Accedió porque temía que Eleanor se quedara en la sala de espera.

Al decírselo a ella se negó. —No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo. En casa no estaría tranquila. Prefiero quedarme aquí. —Le guiñó un ojo. —Además me duermo en cualquier sitio. Ya lo sabes.

Eleanor la miró emocionada. —¿Estás segura?

La abrazó con cariño. —Vete a casa. Tienes que descansar. Además, no te has tomado tus pastillas. Quiero que te las tomes, cenas algo y te vayas a la cama. Mañana te llamo por la mañana.

Se apartó asintiendo. —Gracias.

—No tienes que darlas. Le tengo mucho cariño. Lo sabes. Es como mi abuelito postizo — dijo guiñándole un ojo.

—Nos hubiera gustado tener una nieta como tú.

Le acarició la mejilla como si la quisiera y a Romina se le puso un nudo en la garganta porque hacía años que no se sentía así. —Es el mejor piropo que me han dicho nunca. ¿Quieres que te pida un taxi?

Eleanor negó con la cabeza. —Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Vio cómo se alejaba y entraba en el ascensor como si no quisiera irse y lo comprendía.

Era el compañero de su vida y a pesar de llevar casados más de cincuenta años se seguían amando. Si ella tuviera esa suerte, sería difícil que la sacaran del hospital. Eso significaba que confiaba en ella. Miró la puerta de la habitación y se mordió el labio inferior caminando hacia allí, dispuesta a no pegar ojo sentada en aquella silla atenta a cada respiración de Oliver.

Capítulo 2

—¡Niña, ya está bien! —protestó Oliver cuando le arropó con la manta.

—Serás gruñón. —Se incorporó poniendo los brazos en jarras. —¿Te has tomado las pastillas para el dolor? —preguntó mientras Eleanor reprimía la risa desde el sofá.

—Que sí.

—Perfecto. —Le dio el mando de la tele. —Nada de porno, que eso excita y no estás para muchos trotes.

—Muy graciosa.

Riendo fue hasta su silla y sacó el esmalte rosa de su maletín. Eleanor colocó la mano sobre la mesa portátil.

—Cielo, hoy es viernes. ¿No sales con tus amigas? —preguntó Oliver mirando lo que hacía.

—Tienen citas.

—Últimamente no las ves mucho. Antes al menos salías una vez a la semana —dijo Eleanor preocupada—. No tienes que quedarte con nosotros a todas horas.

—No, claro que no. —Se encogió de hombros antes de pasar concentrada el pincel por la uña. —Es que ahora tienen algo parecido a novios y quedamos menos. Bah, es por temporadas. — Aplicó el esmalte en el dedo pulgar y le dijo —Puedes meterla en la lámpara.

Eleanor lo hizo y ella cogió su otra mano del envase de plástico donde estaba en remojo y empezó a empujarle las cutículas. —Trabajas mucho y deberías divertirte más —dijo Eleanor—. Todo el día de allá para acá con ese trasto...

La miró divertida. —Ahora tiene ruedas.

—Pero tienes que tirar de él.

—Te aseguro que es mucho más cómodo.

—Y con el frío que hace —dijo Oliver indicándole a su mujer con la cabeza que dijera algo.

—Hemos pensado...

—Uy, uy...

—Muy graciosa. —Eleanor quitó la mano y Romina la miró sorprendida. —Hemos pensado que te vamos a dar el dinero para que pongas tu propio centro de uñas y maquillaje.

Se quedó helada mirando primero a Eleanor que sonrió y después a Oliver. —¿Por qué?

—Porque sabemos que tendrás mucho éxito y queremos ayudarte a salir adelante.

—Pero me va bien así. No necesito...

—¿No te gustaría? —preguntó Oliver con una sonrisa de oreja a oreja—. Estará en el centro. Algún local encontraremos.

—Eso es carísimo —dijo preocupada—. No puedo aceptarlo.

—Qué tonterías. Si no quieres aceptar el dinero, piensa que es una inversión para nosotros —dijo Oliver rápidamente haciendo que su esposa le mirara asombrada—. Como socios. Confiamos en tu talento. Sacaremos buenos dividendos.

—¿Socios? —Los ojos de Romina brillaron de la ilusión y Eleanor sonrió a su marido que levantó una ceja. —¿Seríamos socios?

—Tú trabajarías y nosotros pondríamos el dinero. Y no estarías todo el día de un lado a otro. Podrás maquillar a las clientas. Seguro que te haces un nombre.

—Podríamos meter dos peluqueras para dar el servicio completo.

—¿Ves como tienes muy buenas ideas? —preguntó Oliver—. Le diré a mi agente de bienes

raíces que busque un local en el centro. Seguro que encontramos uno que te guste.

—Que quede cerca de casa, cariño —añadió Eleanor.

Oliver asintió. —Por supuesto. Algo cerca del Plaza sería perfecto.

—Eso es carísimo —dijo escandalizada.

—Ya veremos lo que hay por ahí. Tú no te preocupes por nada.

—Cariño, ¿las uñas me las puedes pintar con esas florecitas del otro día? Causaron sensación en el club.

—Claro que sí —dijo aún impresionada.

Los Ainsworth se miraron cómplices mientras que Romina intentaba concentrarse para hacerle el mejor trabajo posible como siempre. La verdad es que era un ofrecimiento increíble y una oportunidad única para ella. ¿Debía rechazarla? Se mordió el labio inferior porque sabía de sobra que lo hacían porque le habían cogido cariño, ¿pero era una aprovechada si lo aceptaba? Aunque serían socios. Si había ganancias ellos también ganarían dinero y ella se dejaría la piel para que ese negocio funcionara. En eso no les iba a defraudar. Cuando se lo dijera a su hermana se iba a morir de la impresión. Igual se animaba y regresaba a la ciudad ahora que tendría trabajo.

En medio de la calle apretó los labios mirando la pantalla de su móvil antes de colgar. La verdad es que había sido una decepción enorme que su hermana rechazara volver a Nueva York y después de llamarla seis veces para intentar convencerla, se había dado por vencida. Había esperado que se animara a seguir con su vida y además era una peluquera de primera. Hubiera tenido mucho éxito y juntas hubieran triunfado. Además, la echaba tanto de menos... Suspirando cogió su maletín y tiró de él acera abajo. Tenía aún seis citas por delante, así que más le valía darse prisa porque al ser viernes era un día intenso. Casi todas sus clientas querían tener las manos perfectas para el fin de semana.

Pasó delante de una peluquería que promocionaba las uñas en gel. Hizo una mueca porque esas uñas duraban más, pero a ella no le gustaba hacerlas porque le parecía que abusaban de las lámparas de secado. Pero estaba de moda y en su local tendría que hacerlas. Además, costaban más caras que la manicura habitual y necesitaba ingresos.

Le llegó un mensaje al móvil y se puso a esperar que el semáforo se pusiera en verde mientras revisaba si era alguna clienta. Sus ojos brillaron al ver que era el anuncio de una convención de maquillaje y peluquería que habría el sábado y el domingo de la semana siguiente. Emocionada porque podría comprar novedades y todo lo que le gustaba a mejores precios casi pega un salto de la alegría. Pero al ver que una mujer la observaba solo sonrió de oreja a oreja pensando en que tenía que hablar con Oliver para que le adelantara algo de dinero y así poder comprar todo lo necesario para el salón de belleza.

Horas después entró en la casa como una exhalación y dejó el maletín de maquillaje al lado de la puerta. —¡Ya estoy aquí! ¡Y tengo noticias! —Corrió hasta la cocina y frunció el ceño al no ver a Eleanor. Sin poder evitarlo se preocupó y se giró. —¿Eleanor?

—¡Estamos en el salón!

Suspiró del alivio y corrió sonriendo de oreja a oreja. —¿Sabéis lo que me ha pa...? —Se detuvo en seco en la puerta del salón sonrojándose intensamente al ver a un hombre moreno que estaba de pie al lado de la chimenea y que la miró fijamente con sus ojos azules. Se le cortó el aliento porque era un hombre impresionante. Tan masculino que le hacía temblar las piernas con tan solo una mirada y era precisamente lo que le estaba pasando en ese momento. Aunque éste la miró de arriba abajo levantando una ceja como si su aspecto fuera un desastre, lo que la avergonzó un poco sin poder evitarlo porque sabía que sus vaqueros habían visto tiempos mejores al igual que su ligero jersey rosa.

—Querida, qué bien que hayas llegado —dijo Oliver obviamente contento—. Nuestro nieto ha venido a pasar unos días con nosotros hasta que encuentre piso. Se traslada a Nueva York. ¿A que es una noticia estupenda? Wyatt, ella es Romina. Vive en el sótano y es una chica maravillosa que ha enriquecido nuestras vidas.

Se sonrojó de gusto mientras él decía —Estoy seguro de que es así, abuelo —dijo con voz grave sin quitarle ojo. Madre mía, qué hombre.

Romina sonrió alargando la mano y se acercó. —Mucho gusto.

Él le estrechó la mano y su contacto fue electrizante. Le miró a los ojos sorprendida y Wyatt apartó la mano sin mover el gesto, lo que le dijo que era una auténtica idiota que se imaginaba cosas. Forzó una sonrisa. —Estaréis contentísimos de que esté de vuelta. Te han echado mucho de menos.

—Pues ya me tienen aquí. Abuelo, no me habías contado que teníais una cuidadora.

Se quedó de piedra y miró a los Ainsworth que parecían algo avergonzados. ¡La habían ocultado a su familia!

—No es una cuidadora, Wyatt. Es una inquilina.

Él miró a sus abuelos antes de mirarla a ella. —¿Perdón?

—Me han alquilado una habitación. En el sótano.

Wyatt se tensó. —¿Y se puede saber la razón para tomar una decisión así?

—Pues el sótano no se usaba y Romina ha traído mucha alegría a la casa —dijo su abuela levantándose—. Voy a preparar la cena.

—No, ya voy yo —dijo avergonzada al ver que Wyatt la fulminaba con la mirada como si fuera una aprovechada—. Vosotros quedaros a hablar, que seguro que tenéis mil cosas que contaros.

—Gracias, querida. Siempre tan atenta. —La abuela sonrió a su nieto. —¿Ya has visto a

tus padres?

—No —siseó disimulando su furia, aunque sus ojos azules le indicaron que estaba que trinaba.

Escurriendo el bulto, salió del salón pitando antes de que expresara lo que realmente pensaba de que ella viviera allí. Porque estaba claro que tenía mil cosas que decir y no parecía un hombre que se mordiera la lengua. Entró en la cocina y vio que el horno estaba al mínimo. Con prisa cogió los mantelillos que usualmente utilizaban para cenar y fue hasta el comedor. Sin poder evitarlo mientras los colocaba estiró el cuello para mirar el salón cuando escuchó unas risas y suspiró del alivio porque tenía la sensación de que la palabra de Wyatt era ley y si se ponía en contra suya no tardaría en salir de esa casa al segundo y medio. Gimió pensando en lo que diría cuando supiera que sus caseros querían ponerle un negocio. Si ahora ya no estaba contento ni se quería imaginar lo que pensaría de ella. Se mordió el labio inferior muy preocupada porque cualquiera desde fuera pensaría que era una aprovechada y ella no quería eso.

Regresó a la cocina para buscar los platos. Dándole vueltas al asunto puso la mesa para cuatro y cuatro cuencos de ensalada al lado de cada plato. Al intentar coger la bandeja de la lasaña que Pia les había preparado se quemó el índice, aunque afortunadamente no tiró la bandeja al suelo dejándola sobre la encimera. Y todo por no coger los guantes en lugar de los paños de cocina. Se puso los guantes y cogió la bandeja saliendo al comedor y dejándola sobre el protector que antes había colocado. Sintiendo como le resquemaba el dedo se acercó al salón quitándose los guantes y vio que Wyatt sentado en la mesa de centro hablaba muy serio con sus abuelos que escuchaban atentamente.

Sintiéndose una intrusa carraspeó sonrojándose y los tres la miraron. Wyatt se levantó de inmediato muy tenso y ella dijo —La cena está lista.

—Oh, querida. Gracias.

—No tienes que darlas, Eleanor.

—¿Y en qué trabajas, Romina? —preguntó su nieto con ironía.

—Hago manicuras.

—¿Perdón?

—Pinto uñas —respondió roja como un tomate porque él con lo importante que era debía pensar que era una mierda de trabajo.

—Es muy modesta. —Eleanor cogió del brazo a su nieto demostrándole todo lo que le quería. —Es una artista en lo suyo. Y una maquilladora estupenda. Hace un par de meses me maquilló para una recaudación de fondos y me quitó veinte años de encima. —Soltó una risita. Las dejé a todas impresionadas.

Su nieto la miró con cariño acariciando su mano. —Eso es lógico porque siempre llamas la atención donde vas, abuela.

—Oh, qué zalamero —dijo encantada.

Romina sonrió sin poder evitarlo, aunque cuando Wyatt al pasar a su lado la miró como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra, provocó que perdiera la sonrisa poco a poco. Cuando pasaron, Oliver se acercó a ella sonriendo y susurró —No te preocupes. Es algo protector, eso es todo.

Suspiró del alivio, pero aun así dijo —No quiero crear problemas...

—No hay ningún problema. Esta es nuestra casa y estamos encantados de que estés aquí. Vamos a cenar, que estarás hambrienta y hoy hay lasaña. Además, le he dicho a Pia que te compre helado de pistacho con menta.

Recuperó la sonrisa cogiendo su brazo. —¿Qué tal el día?

—Algo aburrido. —Le dio una palmadita en la mano. —En el club no dejaban de hablar de beisbol. Donde esté el futbol que se quite el beisbol.

Se echó a reír. —Eso es casi antiamericano.

Oliver rió. —Por eso cerré el pico toda la tarde.

Riendo entraron en el comedor donde Wyatt estaba acercando la silla a su abuela. Se sentaron a la mesa y ella lo hizo al lado del nietísimo que esa noche ocupaba su sitio habitual.

La abuela sonrió. —Cielo, ¿me haces el favor de servir?

—Claro que sí —contestaron los dos levantándose. Sus manos chocaron al coger la pala de servir. Avergonzada apartó la mano de inmediato mirando a Eleanor que se echó a reír mientras Wyatt la fulminaba con la mirada.

—Perdón. —Se sentó a toda prisa.

—Es que normalmente sirve ella —aclaró Oliver—. Casi no nos deja hacer nada cuando está en casa.

—¿No me digas? —siseó cortando la lasaña como si estuviera matando a alguien—. Parece una joyita. —Cogió su plato de mala manera y tiró su porción con mala leche. Asombrada vio el pedazo de lasaña que le había puesto. ¡Ni que comiera como un camionero! —¿Ocurre algo?

Se sonrojó por su escrutinio y cogió su plato. —No, claro que no.

Eleanor frunció el ceño al ver que al coger el tenedor hizo un gesto de dolor porque se rozó la quemadura. —¿Te has hecho daño? —preguntó preocupada levantándose de inmediato.

—Oh, no es nada. —Todos la miraron y forzó una sonrisa metiéndose un pedazo de lasaña en la boca y casi quemándose la lengua.

—Déjame ver —dijo Eleanor preocupada.

Tomando aire por la boca para poder masticar no pudo evitar que Eleanor le cogiera la mano. —¿Te has quemado!

Oliver preocupado se levantó sujetándose en su bastón. —Voy a por la crema para las quemaduras.

—Sí, querido. Hay que curárselo.

Wyatt les observó obviamente alucinado y ella dijo rápidamente —No es nada, de verdad. Casi ni lo siento.

—¿Y si se te infecta? Cielo, mejor llamo al doctor que venga a mirártela.

—La crema. Con la crema será suficiente.

Eleanor no parecía convencida y en ese momento llegó Oliver con todo el botiquín. Como dos enfermeros le untaron la crema como si fuera una niña y antes de darse cuenta tenía una venda enorme en el dedo. Con aquello no podría trabajar, pero ni loca diría nada porque Wyatt observándolo todo estaba a punto de explotar. La miraba como si fuera la responsable de las plagas de las que hablaba la Biblia.

Forzó una sonrisa. —Gracias.

—De nada, cielo —dijo Eleanor antes de besarla en la frente con cariño. Contenta regresó a su sitio.

—¿Qué tal por la empresa, Wyatt? ¿Qué planes tienes para que hayas decidido regresar a Nueva York?

Él la miró de reojo. —Mejor hablamos de eso en otro momento.

—Cariño, si lo dices por Romina, es totalmente de fiar. No dirá nada. —Su abuela se echó a reír como si fuera absurdo. —Además no conoce a nadie de la industria tecnológica.

—Nunca se sabe, abuela. Además, quiero hablar con el consejo de dirección antes de decir nada.

Oliver entrecerró los ojos. —¿Es lo que creo? —Wyatt se tensó asintiendo y su abuelo sonrió. —Muy bien, hijo. Tendrás todo mi apoyo. Ya lo sabes.

Sonrió porque sabía de qué se trataba. Oliver se lo había contado muchas veces en los meses que llevaba viviendo allí. Iban a proponerle como nuevo presidente de la empresa y se

alegraba porque según le había contado su abuelo, llevaba años dedicándose a la empresa en exclusiva y dejándose la piel por abrir mercado en otros países con mucho éxito.

—Lo que será una pesadez es buscar casa en Nueva York. Casi no hay casas decentes a la venta —dijo Eleanor—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, ya lo sabes.

—Cielo, el chico querrá su espacio para las chicas y eso... —dijo su abuelo divertido.

Su abuela parpadeó. —Wyatt deberías ir pensando en casarte. ¿No quieres formar una familia?

Romina le miró de reajo esperando una respuesta y le vio sonreír divertido. —Sé que quieres biznietos, pero para eso están mis otros primos. Yo voy a esperar un poco.

—Ya tienes treinta y cinco años. Ya es hora de sentar la cabeza. No querrás ser un viejo con hijos adolescentes. Entonces sí que te tirarás de los pelos.

Wyatt se echó a reír a carcajadas y fascinada por su risa le miró con el tenedor en alto observando su perfil. Era tan guapo que robaba el aliento. Al ver que Eleanor la miraba, se sonrojó metiéndose el tenedor en la boca y comió en silencio y a toda pastilla, casi atragantándose en su prisa por acabar. Hablaron de sus otros nietos y Wyatt fue perdiendo la sonrisa poco a poco al preguntar cuándo les habían visto por última vez y cosas como esas.

—Aunque hace dos semanas quedamos todos a comer por el aniversario de boda de tus padres. Es una pena que no pudieras estar.

Wyatt frunció el ceño. —Sí, mi madre me habló de esa comida. Quería que viniera, pero tenía que cerrar un trato importante. —Miró a su abuelo. —Mi padre me comentó algo de que te habías roto la mano, abuelo. Al parecer te han quitado ya la escayola.

—Sí, no fue nada. Mis huesos, que ya no son lo que eran.

Sorprendida miró a Oliver. ¡No le habían contado nada! Ni a sus familiares por lo que estaba escuchando. Eleanor le hizo un gesto para que disimulara al ver su cara de sorpresa y carraspeó levantándose de golpe. —¿Habéis terminado? —Cogió su plato. —Traeré el postre. —

Cogió el plato de Wyatt y fue hasta la cocina.

Dejó los platos en la pila y cuando se abrió la puerta se sonrojó al ver a Wyatt con los platos de sus abuelos. Se los cogió de las manos. —Gracias.

—De nada —dijo con voz grave—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Le miró sorprendida a los ojos. —¿Cuánto tiempo?

—Sí. Hace siete meses no estabas. Estuve en Nueva York en marzo y no vivías aquí.

—Desde finales de abril.

Él apretó los labios. —No lo sabe nadie de la familia, ¿verdad?

—No lo sé —dijo dejando los platos en la pila.

Se acercó a ella y susurró —Como les hagas daño, como intentes aprovecharte de ellos, te juro que lo vas a pagar muy caro. —Su voz la estremeció y le miró sorprendida. —Vas de niña buena, pero a mí no me engañas. Has visto un filón en mis abuelos y no solo vives como una reina en su casa por una renta ridícula para ser Nueva York. Tú quieres sacar mucho más, pero he llegado yo para fastidiarte el negocio. Te aconsejo que recojas todas tus pertenencias, que estoy convencido de que son pocas, y te largues de esta casa cagando leches porque te aseguro que no quieres tenerme de enemigo. —Le heló la sangre por la amenaza y él sonrió irónico. —Mañana dales la noticia. Cuando llegue del trabajo espero no verte por aquí.

Sin habla vio como salía de la cocina y nerviosa se apretó las manos. ¡No tenía a donde ir! Además, había pagado con el dinero que había ahorrado en esos meses varias cosas para el salón de belleza que le estaba guardando una amiga en un trastero que tenía. Dios, ¿y ahora qué iba a hacer? ¡Cuando se enterara de que los pintores estaban en el salón que Oliver había comprado, la estrangulaba fijo! ¡Inauguraban en apenas un mes! Quería hacerlo antes de Acción de Gracias para aprovechar las fiestas. Dios, aquello era un desastre.

Casi temblando fue hasta la tarta que estaba sobre la encimera y se le cortó el aliento cuando la puerta se abrió de nuevo. Wyatt entró con la fuente y los cuencos. Disimulando cogió los

platos y los tenedores de postre. Él cogió la tarta en silencio y le miró de reojo viéndole ir hacia el comedor. Sin poder evitarlo susurró —No quiero aprovecharme de ellos. Les tengo cariño.

Le escuchó reír por lo bajo mientras salía, lo que demostraba que no había creído ni una palabra y eso la enfureció porque nunca en su vida se había aprovechado de nadie. Con los platos en la mano tomó aire antes de salir al comedor con una sonrisa en el rostro porque no quería preocuparles. Puso los platos en silencio sumida en sus pensamientos cuando les escuchó reír. — Pues la ha hecho Romina.

Wyatt aparentó asombro. —Es una cajita de sorpresas.

—Sí, esta mañana cuando me he levantado la estaba sacando del horno.

Se sonrojó al darse cuenta de que hablaban de la tarta de manzana. —Es que no he dormido bien.

—Algo tendrás en la cabeza —dijo Wyatt divertido.

—Sí, últimamente está muy ocupada con el salón de belleza que va a abrir —dijo Oliver como si nada.

—Vaya, has prosperado mucho en la vida. Casa nueva, negocio nuevo... —La mirada de Wyatt no presagiaba nada bueno. —¿Te han dado un crédito? ¿Con qué aval? Porque no tienes ingresos fijos ni vivienda propia...

—Hijo, no seas cotilla —dijo Oliver divertido.

—Será deformación profesional. —Se sentó a su lado incómoda. La miró directamente. — Pero me intriga. ¿Cómo lo has conseguido?

—Tu abuelo es mi socio —dijo porque no le quedaba más remedio. Si rascaba un poco se enteraría, así que mejor acabar con aquella tortura cuanto antes.

—Tu socio. —Su voz lacerante la tensó y miró de reojo a Oliver que apretó los labios.

—Confiamos mucho en ella. Es muy trabajadora y una artista en lo suyo —dijo su abuela

como si quisiera defenderla—. Wyatt, déjanos a nosotros que sabemos lo que hacemos. ¡Tu abuelo sacó su empresa adelante cuando ni siquiera habías nacido!

Su nieto sonrió irónico levantando las manos en son de paz. —Y lo hizo muy bien. Por supuesto que tiene ojo para los negocios. —Miró a Romina irónico. —Y estoy seguro de que ella también. Se la ve espabilada.

Romina agachó la mirada avergonzada y alargó la mano para coger la pala de servir para cortar la tarta. —Cielo, se te ha olvidado el helado —dijo Oliver con cariño.

—Oh, esta noche no me apetece. —Forzó una sonrisa. —Y si os digo la verdad la tarta tampoco con tanta lasaña que me he comido. —Se levantó lentamente. —¿Os importa si me voy a la cama? Hoy ha sido un día largo y estoy cansada.

Eleonor preocupada asintió. —Claro que sí. Además, mañana es sábado y tienes mucho trabajo. Que descanses, cielo.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron todos. Sintió la mirada de Wyatt de la que iba hacia el hall. Preocupada fue hasta la escalera de atrás y bajó los escalones hasta su habitación. Miró a su alrededor y retuvo las lágrimas viendo su espacio. Durante esos meses lo había decorado a su gusto y era el apartamento que siempre había soñado. Se acercó a su mesa de trabajo y acarició los pinceles de maquillaje que estaban en los tarros de cristal. Apretó los labios. Igual debía irse con su hermana y trabajar por allí en lo que fuera. Pero algo en su interior se lo impedía. Había ido a cumplir un sueño y quería conseguirlo. Y su hermana que la conocía bien lo sabía perfectamente.

Fue hasta la mesilla de noche y abrió el cajón sacando de su interior el recorte de periódico del suceso que había cambiado sus vidas. “Violada a la salida de una discoteca de moda en el centro de Manhattan”. Sus ojos se llenaron de lágrimas sentándose en la cama. Esa maldita noche había cambiado sus vidas y la culpabilidad atenazó su garganta como siempre que

miraba ese recorte de periódico.

Estaban pasándosele estupendamente celebrando el cumpleaños de una amiga, pero Celia tenía que trabajar a la mañana siguiente, así que dijo que se tenía que ir. Ella no quería irse a casa y su hermana le dijo que no había problema, que se cogería un taxi. Dos horas después salieron del local riendo cuando vieron la ambulancia en la entrada del callejón que había al lado. Varios curiosos observaban y ella preguntó —¿Qué ha pasado?

—Han atacado a una chica.

—Vaya.

Miró hacia la ambulancia donde en ese momento estaban metiendo la camilla y al ver en un pie una de las sandalias doradas que llevaba su hermana, gritó de miedo apartando a los curiosos para llegar hasta ella. Cuando gritó a los agentes quien era, la dejaron acercarse y se le cayó el mundo encima al ver los golpes en su cuerpo.

Se pasaron tres semanas en el hospital para que se recuperara de las heridas, pero lo que realmente la preocupaba era que su hermana ya no era la misma. Y lo demostró cuando quiso irse de la ciudad. Eso la asustó muchísimo porque por nada del mundo quería dejarla. Así que se fueron porque no soportaba la idea de que estuviera allí sola y más después de todo lo que le había ocurrido.

Fue un cambio muy drástico regresar a su vida anterior. Celia consiguió trabajo en la peluquería del pueblo, pero la dueña hacía la manicura, así que Romina tuvo que ponerse a trabajar en lo que encontró. Meses después su hermana se dio cuenta de que no era feliz y le pidió que se fuera. Que su presencia le hacía recordar esa noche y que necesitaba recomponer su vida. Sintiéndose culpable porque sentía que la abandonaba, regresó a Nueva York y no fue hasta meses después cuando Celia le dijo que lo que le había ocurrido no tenía que destruir sus vidas. Tenía derecho a ser feliz y trabajar en lo que le gustaba. Se había alegrado muchísimo porque abriera su centro de belleza, pero jamás se iría de Rose Hill. Y tenía que aceptarlo.

Metió el pedazo de papel en la mesilla y se limpió la mejilla. Bueno, ahora no tenía que pensar en eso. Tenía que intentar salir adelante y tenía la sensación de que Wyatt se lo iba a dificultar bastante.

Capítulo 3

Suspiró abriendo los ojos y vio que la luz del amanecer se filtraba por las ventanas. Ni había bajado los estores. Se sintió observada y levantó la cabeza asustada mirando la habitación, pero no había nadie. Bufó dejando caer la cabeza en la almohada y gimió girándose para abrazarla viendo en el despertador que ni eran las seis de la mañana. Tenía la primera cita a las diez y no pararía hasta las seis de la tarde. Sin saber por qué estaba agotada se sentó haciendo una mueca al ver que aún estaba vestida. Se levantó quitándose el jersey y lo tiró sobre la cama. Con pereza se quitó el sujetador y llevó las manos a la cinturilla de su pantalón dejándolo caer al suelo. En braguitas se rascó la cabeza recorriendo la estancia para meterse en el baño y abrió el grifo del agua. Usó el inodoro y bostezó recordando que tenía que coger un botecito de secante. Dejó caer las braguitas al suelo apartándolas con el pie y se levantó tirando de la cadena antes de meterse bajo el agua. Gimió de gusto levantando la cara para que el agua la empapara cuando sintió un estremecimiento y volvió la cabeza asustada mirando la puerta. Cubriéndose los pechos con las manos gritó —¿Eleanor? ¿Eres tú?

No escuchó nada y frunció el ceño. En todos los meses que llevaba viviendo allí jamás bajaban porque era su espacio. Hasta Pia se aseguraba de que no estaba en casa para hacer la colada. —¿Eleanor?

Igual haber cogido la noche anterior el recorte de periódico la había afectado. Se estaba volviendo una paranoica. Siempre se inquietaba cuando lo hacía. Volvió la cabeza y cogió el champú enjabonándose el cabello. Realmente tenía mil cosas en las que pensar. Como en la manera de que Wyatt la dejara en paz. Sintiendo un presentimiento miró sobre su hombro de nuevo, pero se dijo a sí misma que no se atrevería. No, claro que no. Si le pillaran quedaría fatal

ante sus abuelos y no era tonto. Bueno, ahora se iría a trabajar y ya vería como solucionaba que quisiera echarla. Hablaría con Oliver cuando regresara, porque iba a regresar mientras los Ainsworth quisieran. Ella no había hecho nada malo, así que ese estirado tendría que tragarla. No debía dejarse pisar por nadie.

El dedo le había dado problemas todo el maldito día. Aunque al final se había quitado la venda y se había puesto una tirita, el pincel del pintauñas la había torturado todo el día porque al usarlo la piel de la herida se estiraba. Incluso maquillando a una clienta que tenía una cena importante con su esposo había tenido problemas con el eyeliner y fue horrible hacerle la línea del ojo. Tuvo que corregirla varias veces. Esa no volvía a llamarla, aunque el resultado final había sido impresionante. Pero que se hubiera quejado varias veces de que iba a irritarle el párpado, le indicaba que no había quedado muy contenta. Encima había pasado por el local de la que iba a otra cita y los pintores habían desaparecido, lo que le hacía sospechar que Wyatt había hablado con su abuelo seriamente. Suspirando miró la fachada de la casa de los Ainsworth. No sabía lo que le esperaba tras esa puerta, pero tenía la sensación de que no era nada bueno. Igual esa noche no dormía allí.

Subió los escalones sacando las llaves del bolsillo trasero del pantalón vaquero. Estaba metiendo la llave cuando la puerta se abrió y miró sorprendida a Oliver que sonrió. —Te he escuchado llegar. ¿Cómo te ha ido el día?

Hizo una mueca entrando y quitándose el abrigo para colgarlo en el perchero. —La herida me ha dado la lata todo el día.

—Vaya, lo siento. Llamaré al doctor y...

Dejó el maletín al lado de la puerta en lugar de llevarlo hasta el ascensor y le miró a los ojos. —¿Podemos hablar?

Oliver perdió la sonrisa y asintió. —Ya me imagino de lo que quieres hablar. Ven al despacho.

Se pasó la mano por los vaqueros viéndole cojear hacia el despacho apoyado en su bastón como siempre. —¿Te has tomado las pastillas?

Él rió por lo bajo. —Sí, cielo. Me he tomado la medicación como todos los días.

—¿Te has mareado? ¿Falta de aire?

—Todo bien. Fue un episodio aislado. Ya oíste al médico. —Entró en el despacho y fue hasta la butaca sentándose con esfuerzo. Romina cerró la puerta observándole. Él la miró. —Bien, ¿Wyatt te ha intimidado? —Se apretó las manos porque tampoco quería crear problemas. —No tengas vergüenza. Conozco a mi nieto muy bien. Y es demasiado protector.

—Me ha... —Tomó aire levantando la barbilla. —Quiere que me largue. Cree que soy una aprovechada y la verdad es que con lo del salón de belleza...

—Eres la persona menos aprovechada y más generosa que conozco.

—¿Generosa?

Él sonrió. —Das de ti mucho más que los demás. Te entregas totalmente. No es una cuestión monetaria. Eres generosa con tu tiempo y nos has dado mucho más de lo que nosotros podamos darte a ti. —Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas al escucharle y Oliver suspiró. —Wyatt es un tiburón en los negocios y cree que siempre los aprovechados quieren sacar algo de nosotros. Y muchas personas son así. La mitad de nuestros conocidos lo son por el estatus que tenemos. Si perdiéramos nuestro dinero ni nos saludarían por la calle. Mi nieto lo sabe muy bien y desconfía de todo el mundo.

—Es muy triste vivir así. Hay mucha gente buena por el mundo y no tendrá la oportunidad de conocerles por sus prejuicios.

Oliver sonrió. —Pero tú le demostrarás que no eres como él piensa. Tranquila, le he ignorado totalmente. Cree que se nos está yendo la cabeza por la vejez y que te hayamos alquilado

la habitación es prueba de ello. Por eso no les dijimos nada a ninguno de la familia, porque sabíamos que no lo entenderían. Pero has sido un soplo de aire fresco para nosotros y no vamos a renunciar a ti.

Sonrió aliviada. —Gracias por confiar en mí.

—Te has ganado esa confianza a pulso, cielo. Ahora vamos a llamar al médico para que te mire ese dedo. Tenía que haberle hecho caso a mi mujer ayer. ¿Te duele?

—Bah, no es nada. No hace falta, de verdad. ¿Jugamos al Monopoly? Necesito desplumarte.

Oliver se echó a reír. —Niña, en los negocios no hay quien me gane.

La verdad es que siempre la desplumaba a ella, pero le guiñó un ojo maliciosa. —Pues al póker. Un dólar la apuesta.

—Eso está hecho.

Por supuesto Oliver llamó al médico y fue a casa a revisar su dedo. Le dio una pomada para echar tres veces al día y si el lunes le seguía doliendo, que le llamaran y que se pasaría después de consulta. Cómo vivían los ricos. La última vez que había ido al médico se había pasado seis horas en la sala de espera para que le recetara un antibiótico por el dolor de garganta.

Estaban riendo porque Oliver en la partida anterior se había echado un farol impresionante, mientras Eleanor bordaba sentada en el sofá sonriendo al escucharles, cuando Wyatt apareció en la puerta del salón con una cara de furia que no podía con ella mirándola como si no se lo creyera.

—¡Hijo! ¡Has llegado temprano! —exclamó su abuela encantada de la vida.

—Al parecer no, abuela. Tenía que haber llegado antes —dijo fríamente sin dejar de observar a Romina que miró sus cartas escurriendo el bulto.

—¿Quieres cenar algo? Nosotros ya lo hemos hecho. La niña estaba hambrienta y tu abuelo tenía que tomar las pastillas.

Como si nada Romina cogió la cuchara sopera que tenía en el bol de helado y la chupó haciéndose la loca.

—Ya he cenado algo en el despacho. Debo tener el horario cambiado.

—Normal. Enseguida te acostumbrarás de nuevo a nuestros horarios —dijo su abuelo robando una carta. Romina sonrió maliciosa y él abrió los ojos como platos—. No fastidies, niña. No tienes ni idea de lo que tengo.

Se echó a reír sin poder evitarlo. —Soy una gurú del juego. Y voy a ganar esos seis pavos.

—Eso ya lo veremos. —El abuelo se concentró mirando las cartas antes de ponerlas sobre la mesa. —Full.

Le miró asombrada antes de echarse a reír a carcajadas porque ella solo tenía una pareja de ases, pero había sido divertido ponerle nervioso.

—¡He ganado! —exclamó entusiasmado recogiendo las ganancias.

Wyatt se acercó al mueble bar y se sirvió un whisky. —Felicidades, abuelo.

—¿Quieres jugar y arriesgar todos esos dirhams que has ganado por los Emiratos? —preguntó divertido.

—Ni me atrevería. Por algo eres campeón de tu club de póker.

Ella abrió los ojos como platos. —¡Tendrás cara! —Los abuelos se echaron a reír a carcajadas. —¡Viejo aprovechado! —Se echó a reír demostrando que no se lo tomaba en cuenta. —¿Club de póker?

—Es que nadie quiere jugar ya conmigo. Mira mi nieto.

—Me has dejado ganar, ¿verdad?

El abuelo se echó a reír y ella se levantó besándole en la sien antes de recoger el bol de helado. —Mejor me largo antes de que me dejes sin blanca, viejo timador.

Riendo vieron como salía del salón descalza y sabiéndose observada se volvió de golpe

para ver que Wyatt le estaba mirando el trasero. Se le encogió el estómago sonrojándose algo sorprendida y farfulló —Hasta mañana.

—Hasta mañana, cielo. Que descanses —dijo Eleanor aún sonriendo.

Salió de allí a toda prisa. Seguro que había sido un acto reflejo. Los hombres a veces hacían eso, ¿no? No es que le gustara, simplemente se les iban los ojos. Sí, seguro que era eso. Pero lo que había sentido por su mirada... ¡Dios, se había excitado! Aunque eso no era de extrañar porque ese hombre era capaz de excitar a cualquier mujer entre los quince y los noventa años. —Es el nieto de Eleanor y te odia. Céntrate que no te quiere ver ni en pintura —susurró para sí bajando las escaleras.

Decidió darse una ducha para relajarse y se puso el gorro porque no quería mojarse el cabello. Estaba de espaldas a la puerta dejando que el agua cayera hasta su trasero mientras se enjabonaba las axilas, cuando la puerta se abrió lentamente y Romina chilló de la sorpresa cubriéndose los pechos al ver a Wyatt en mangas de camisa, apoyando el hombro en el marco de la puerta y mirándola de arriba abajo.

—¡Sal de aquí! —chilló muerta de la vergüenza cubriéndose con una mano sus partes.

Él se quedó en silencio observándola fijamente de arriba abajo y avergonzada se volvió mirándole sobre su hombro. —¡Qué te largues!

—Sal, que tenemos que hablar.

Estaba claro que no se iría de allí hasta que le soltara lo que tenía que decir, así que cerró el grifo y abrió la mampara alargando el brazo para coger la toalla sin volverse. Sería capullo. ¿Quién se creía que era? Se pasó la toalla alrededor de su cuerpo y le fulminó con la mirada saliendo de la ducha. —¡Voy a decírselo a tu abuelo!

—¿No me digas? —preguntó divertido alargando la mano y agarrando el gorro para soltar su melena castaña—. Igual soy yo quien hablo con él.

Romina se tensó. —¿No sé de qué hablas?

—¿No, Elizabeth?

Palideció dando un paso atrás y él sonrió malicioso. —Romina es tu segundo nombre, ¿no es cierto? —Se acercó a ella y no tuvo más remedio que levantar el rostro para mirarle. —Es interesante de todo lo que se ha enterado mi detective en un solo día. Igual mañana me viene con alguna sorpresa más. Pero claro, es que ahora todo está informatizado y enterarse de los trapos sucios de la gente es mucho más fácil.

Tembló por dentro temiendo lo que pensarían los Ainsworth de ella cuando se enteraran y solo pudo decir —No sé de qué me hablas.

Él la cogió por la nuca con fuerza y sonrió al ver en sus ojos su temor. —Sí, preocúpate. Es para preocuparse —dijo con voz heladora—. Igual si le demuestro a mi abuelo que no eres esa dulce muchachita que quiere entretenerles y les cuento toda la verdad, te echen a patadas.

—Yo no he hecho nada malo.

—¿No me digas? ¿Ni cuando le partiste la cara a esa mujer que os cuidaba? ¿Qué tal la estancia en el reformatorio?

—¿No sabes de lo que hablas! —gritó con rabia.

—Shuss... —Negó con la cabeza. —No levantes la voz. No queremos que esto salga de aquí, ¿verdad?

A Romina se estremeció viendo sus fríos ojos azules. —¿Qué quieres?

—Ya nos vamos entendiendo. De momento quiero que sigas como hasta ahora. Asumiré que le has sacado a mi abuelo el dinero para ese negocio que quieres montar. Lo consideraré... parte de tus beneficios.

—¿Beneficios?

Él sonrió mirando hacia abajo y le arrancó la toalla dejándola desnuda ante él. —Yo tendré otros mientras tanto y cuando llegue el momento, harás algo para mí. Estoy seguro de que te será muy fácil.

Se estremeció por su mirada. —No soy una puta.

La miró aparentando sorpresa. —¿Acaso tu madre no lo era? —Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Vamos, vamos. Eres una delincuente y una timadora. Seguro que te has abierto de piernas antes para conseguir tus propósitos. Este es un trabajo más y si tienes suerte, puede que salgas de ésta sin ir a la cárcel.

—Me largo de aquí. —Asustada intentó apartarse, pero él agarró más fuerte su cabello empujándola contra la pared.

—¿Quieres que hable con la policía? ¿Que les cuente cómo utilizando un nombre falso has embaucado a mis abuelos? Tengo muchos amigos. ¿Quieres pasarte encerrada un tiempo? Por mí perfecto. Sal de este baño y llamaré a mi mejor amigo. Trabaja en la fiscalía y por mí haría lo que fuera.

Los ricos podían retorcer la realidad a su conveniencia. Sus amigos se encargarían de que acabara en la cárcel. —¡Eres un cerdo!

Wyatt apretó los labios antes de sonreír irónico. —Te advertí que te fueras. Ahora asumirás las consecuencias porque me he dado cuenta de que puedes serme útil. Al menos de momento.

—No he hecho nada. —Una lágrima recorrió su mejilla.

—¿No? Pues no hay problema. Entonces me harás un favor. Con lo bien que te ha tratado mi familia no te será difícil. —Su otra mano bajó hasta su pecho y lo amasó. Sorprendida separó los labios al estremecerse bajo su contacto mientras su pecho se endurecía con fuerza. Wyatt sonrió rozando su pezón con el pulgar. —Al parecer no te será tan difícil esta parte del trato, preciosa. —Tiró de ella pegándola a su cuerpo y Romina cerró los ojos por el placer que la traspasó al sentir su dureza. —Sabía que eras una zorra aprovechada en cuanto te vi y que no ibas a dejar pasar tu oportunidad. —Atrapó su boca y odiándose a sí misma disfrutó de su beso porque fue tan apasionado que fue imposible resistirse. Acarició su lengua sin darse cuenta y él gruñó

apretando la pelvis contra ella cogiéndola por las caderas para pegarla a él. Caminó hasta la pared de nuevo y la levantó poniéndola a su altura. Embriagada de placer como nunca había creído posible, rodeó sus caderas con las piernas abrazando su cuello. Él apartó su boca mirando sus ojos y su corazón dio un vuelco al ver su deseo mientras metía una mano entre ellos. Gimió de placer al sentir su miembro acariciándola. —Mírate, estás deseándolo. —Entró en ella de un solo empujón y Romina gritó de placer arqueando su cuello hacia atrás. Él sujetando su cuerpo por las nalgas la embistió una y otra vez sin darle tregua de una manera brutal que a ella la extasió de placer, hasta que con un fuerte movimiento de caderas la hizo volar.

Sintió la respiración agitada de Wyatt volviendo poco a poco a la realidad. La dejó en el suelo y tuvo que sujetarse en la pared porque aún le temblaban las piernas. Mientras, él se volvía subiéndose la cremallera del pantalón antes de girarse y mirarse al espejo, pasando las manos por su cabello negro. —No ha estado mal. —Se volvió mirándola fríamente. —Mañana desaparece. No quiero verte por aquí en todo el día. Mi familia vendrá a comer y no quiero que mis abuelos se sientan comprometidos a invitarte.

Estaba claro que no quería que la conocieran y ahí fue consciente de lo que acababa de hacer. Palideció mientras salía del baño sin dirigirle otra mirada como si fuera menos que nada. Se llevó la mano al cuello reprimiendo un gemido. Estaba claro que algo dentro de ella no estaba bien si había disfrutado tanto con un hombre que la trataba de esa manera. Sus insultos, su desprecio... Dios, solo quería utilizarla y era obvio que se había dado cuenta de que se sentía atraída por él. Le debía venir estupendamente tenerla a mano para echarle un polvo cuando le conviniera, hasta que tuviera que hacer la tarea que su retorcida mente le tenía preparada.

Entonces recordó a su hermana y se preguntó lo que le diría. Sin poder evitarlo se echó a llorar dejándose caer en el suelo del baño. Si se iba, estaba segura de que la acusaría de cualquier cosa solo por fastidiarle el plan. Se lo había dicho claramente y era obvio que era un hombre que siempre conseguía lo que quería. Y ahora la tenía a ella en su punto de mira.

Tres semanas después

Wyatt se levantó de la cama mostrando su duro trasero y se puso los calzoncillos mientras Romina se cubría con las sábanas. —Al parecer has aprovechado bien esos pedidos de maquillaje y peluquería de esa convención —dijo irónico cogiendo la camisa.

Ella prefirió no contestar porque sabía que sería peor y él se volvió con la camisa en la mano fulminándola con la mirada. —Te has gastado seis mil dólares. Ya puedes hacer caja para devolverle el dinero a mi abuelo. Entre el local, las obras y todo lo demás ya pasa del medio millón.

Romina apretó los labios dolida porque después de tres semanas conviviendo en la misma casa, seguía opinando lo mismo de ella. Se volvió dándole la espalda dispuesta a dormir como todas las noches que la había visitado, que eran casi todas.

—Romina, te estoy hablando.

—Es que estoy harta de escucharte.

Él se tensó mirando su espalda y siseó —¿Qué has dicho?

—Que te follen —dijo con desprecio.

La cogió por el hombro volviéndola con fuerza. —¿Qué has dicho?

—¿Qué te follen! Ah, no. Que lo acabo de hacer, ¡así que lárgate de una puta vez de mi habitación!

Él apretó los labios y la agarró por los mofletes. —A mí me hablas con respeto.

—Te hablo con el mismo respeto que recibo de ti. Ya me he abierto de piernas para ti, así que lárgate de una vez.

Wyatt la soltó como si le diera asco. —Sí, y te recuerdo que mientras te abrías de piernas

disfrutabas como una loca.

—Igual que tú, cariño —dijo irónica—. ¿O es que tú no te has corrido?

Él apretó los puños y Romina sonrió irónica. —¿Vas a pegarme? Era lo que te faltaba para demostrar lo cabrón que eres. Vas de nieto modelo y resulta que eres un cerdo manipulador que siempre consigues lo que quieres. —Se echó a reír. —Si tus abuelos supieran que eres un monstruo...

Muy tenso dio un paso hacia ella. —Se te ha soltado mucho la lengua esta noche.

—Como a ti reclamándome un dinero que me estoy ganando a pulso. ¿No fue lo que me dijiste, cariño? Yo me abro de piernas y el salón de belleza es mi recompensa.

—No, preciosa... aún te queda algo que hacer.

—¿Pues dime lo que es, a ver si así me libero de ti! —dijo furiosa.

Wyatt sonrió. —Tranquila, que ya no queda demasiado. Y espero que tengas mejor actitud en esa función, porque lo que es ahora no es que valgas para mucho.

Se le cortó el aliento. —Hijo de perra.

El tortazo que le volvió la cara la tomó tan de sorpresa, que la tiró de la cama golpeándose la frente con la mesilla de noche, perdiendo el sentido antes de llegar al suelo.

Wyatt palideció. —¿Nena? —Saltó la cama y la vio inconsciente en el suelo. Se agachó de inmediato. —¿Romina? —Al ver la frente que empezaba a sangrar corrió hacia el piso superior para llamar por teléfono.

Se llevó la mano a la frente y alguien se la sujetó. —No te toques, cielo. Te has pegado un buen golpe.

Abrió los ojos para ver a Eleanor sobre ella. Sonrió al reconocerla. —Hola.

—¿Estás bien?

—Me duele la cabeza. ¿Qué ha pasado?

—Te caíste en tu habitación. Menos mal que Wyatt se había levantado para ir a la cocina y escuchó cuando se cayó la lámpara.

—¿Lámpara? —Recordándolo todo se llevó la mano a la mejilla. —No me acuerdo — susurró sin poder creerse lo que había pasado y al sentir el dolor en su pecho se dio cuenta de lo enamorada que estaba de ese hombre. No sabía ni cómo había ocurrido después de todo lo que le había hecho y cómo la había hecho sentir. Lo único que sabía es que tenía que librarse de él cuanto antes o terminaría muy mal.

—Igual tropezaste al salir de la cama. No pasa nada. El médico ha dicho que seguramente no tienes nada de importancia porque esa parte del cráneo es muy dura. Te van a hacer unas pruebas para asegurarse. Pero seguro que serán unos días de descanso y como nueva —dijo con cariño.

Sus ojos se llenaron de lágrimas cogiendo su mano porque era una mujer con un corazón de oro. —Eres estupenda.

—Bah, qué tonterías. Oliver diría que a veces puedo ser una bruja de cuidado.

Sonrió mientras las lágrimas caían por sus mejillas. —No es cierto. Jamás podría decir una cosa así porque te ama con locura.

—Algún día encontrarás a alguien así, ya verás.

Esas palabras le hicieron perder la sonrisa poco a poco y decidió cambiar de tema. — Tengo mil cosas que hacer.

—Si hay que retrasar la inauguración, se hace y punto. No puedes abrir así. Además, la zona se te va a amoratar. Menos mal que te van a hacer un par de puntos de esos invisibles. El cirujano plástico que ha buscado Wyatt al parecer es muy bueno. Casi ni se te notará la cicatriz.

Era lo menos que podía hacer. En ese momento se abrió la puerta y Wyatt se tensó al ver

que estaba despierta. —¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondió fríamente solo por no preocupar a Eleanor.

En ese momento entró un hombre de bata blanca de unos cuarenta años seguido de una enfermera. —Estupendo, ya se ha despertado. Ahora vamos a coser ese par de puntos y después vamos a hacer un tac para comprobar que todo va como tiene que ir. —La enfermera le acercó un carrito de acero inoxidable y el doctor se puso unos guantes. —Por cierto, soy el doctor Clark.

—Romina Griffin, mucho gusto.

—El gusto es todo mío. —Levantó la gasa que tenía en la frente y sonrió. —Ya ha dejado de sangrar. Se podría curar solo pero igual te queda una cicatriz mayor. Mejor lo arreglo.

—Sí, doctor. Que se vea lo menos posible —dijo Wyatt.

Como si los puntos pudieran borrar lo que había hecho. Pero ella no lo iba a olvidar jamás, como otras muchas cosas.

—Yo mejor me salgo —dijo Eleanor evitando mirar su rostro—. Nunca he soportado muy bien la sangre.

—Ven abuela. —Como un buen nieto la ayudó a salir mientras Romina le miraba con desprecio ahora que Eleanor estaba de espaldas a ella.

Salieron del box y ella miró al doctor que estaba pasándole un algodón mojado sobre la frente. —Ahora que estamos solos... ¿Puedes decirme lo que ha ocurrido? —Ella se tensó mirando sus ojos castaños y él sonrió. —Tienes un golpe en el pómulo.

—No ha ocurrido nada. No quiero ser grosera, pero usted cosa que ese es su trabajo.

El doctor apretó los labios y se volvió cogiendo la aguja con unas tijeras que ya tenía preparadas en la bandeja. —A veces viene bien hablar.

—Pero es que yo no tengo nada que decir. Me cose o me voy, usted verá.

En silencio empezó su trabajo y la puerta se abrió de nuevo. Wyatt se quedó a los pies de

la cama. Ella miró al techo mientras la atendían y cuando le puso una venda sobre la frente dijo — Enseguida vendrán para hacerle el tac.

—No lo necesito. Quiero el alta.

—Romina, van a hacerte lo que haga falta —dijo Wyatt tensándose.

Le miró fríamente a los ojos y preguntó —¿Alguien puede traerme ropa? Me voy ahora mismo.

La enfermera confundida miró a uno y después a otro. Wyatt estaba muy tenso, pero no dijo nada. —Veré si puedo encontrar algo.

—Gracias —respondió Romina—. Es muy amable.

El doctor suspiró. —No lo aconsejo, pero es su decisión.

—Exacto. Es mi vida y hago con ella lo que me da la gana.

Wyatt apretó los labios. —Gracias, doctor.

—Usted verá lo que hace, pero debería denunciar. Le haré un parte médico por si cambia de opinión.

Sonrió con maldad mirando a Wyatt a los ojos. —Gracias. Puede que me sea útil si decido hacer algo al respecto.

Wyatt se tensó y el médico salió del box dejándoles solos. —Romina...

—Ni se te ocurra volver a dirigirme la palabra.

—Perdí los nervios.

—¿Igual que mi padre cuando mató a mi madre? —Wyatt palideció. —¿No salía en el informe de tu detective? Es que esa noche no había conseguido clientes —dijo irónica—. Y perdió los nervios. Menos mal que el muy cabrón murió en la cárcel y nos libramos de él. Si no ahora seguramente trabajaríamos para ese cerdo. —Se echó a reír sin ganas. —¿No es irónico que ahora sea tu puta?

—Nena, no digas eso.

—¿No lo soy? Yo creo que sí. Solo que me pagas con otras cosas, ¿no es cierto? Con tu silencio y con... un posible futuro. ¿Pero sabes lo que ocurre? Que no me fío de ti. No cumplirás tu palabra porque en algún momento puedes perder esos nervios y hacerme un lío, así que ahora seré yo la que ponga las reglas. Se te ha acabado el chollo. Como te vuelvas a acercar a mí, te denunciaré a la policía. Adiós a la presidencia de la empresa y todo lo demás, porque pienso hacer tanto escándalo que saldrá en todos los periódicos del país.

Él se tensó. —No te creerán.

—¿No? Igual que esté embarazada me da algo de credibilidad.

Wyatt dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —¿Qué dices? Solo hace tres semanas que nos acostamos.

—No, que me follas. Hablemos con propiedad para que no haya malentendidos. Y da la casualidad de que tenía que haberme bajado el periodo unos días después de la primera vez. Y no ocurrió. Hace tres días me hice la prueba, pero no te dije lo que había pasado porque dirías que era una aprovechada que quería sacar tajada de la situación. Mira, ahora voy a sacar tajada como Dios manda. Prepárate porque ahora sí que vas a saber lo que es que le sangren a uno. Empezando con que vas a poner el negocio a mi nombre. Págale a tu abuelo lo que le debo y no quiero verte más en la vida.

—¿Y el niño?

—No es problema tuyo.

Muy tenso dio un paso hacia ella. —No pienso hacer una mierda hasta asegurarme de que es mío.

—Claro, porque como soy una puta puede ser de otro, ¿no?

—Yo no he dicho eso —siseó a punto de perder los nervios.

—Contrólate, Wyatt —dijo con desprecio—. No querrás que tu abuela sepa como eres en

realidad, ¿no es cierto? Mira que está ahí fuera y se me puede escapar tu verdadera personalidad. Para ella sería una auténtica sorpresa con lo engañada que la tienes.

—Si crees que vas a extorsionarme...

—No, claro que no. Es lo que hacen todos los padres, pasar una pensión a sus hijos. —Le miró fríamente. —Solo que tú lo harás de golpe para no volver jamás.

—Te lo repito. No voy a darte una mierda hasta que sepa que es mío.

—Muy bien. Pero mientras tanto aléjate de mí. Ni me dirijas la palabra o no respondo.

—Al parecer has jugado muy bien tus cartas esta vez, preciosa.

Era increíble. Después de todo lo que había hecho con ella, en su retorcida mente era la culpable de lo ocurrido. —Estás enfermo —dijo asqueada haciéndole perder el poco color que le quedaba en la cara—. Me das asco y te juro por lo más sagrado que como te acerques de nuevo a mí o al niño, te pienso hacer la vida imposible. Y me darán igual tus abuelos y todo lo demás. Ahora desaparece de mi vista.

Wyatt la miró con ganas de pegar cuatro gritos antes de ir hacia la puerta, pero ella tenía algo dentro que tenía que sacar. —¿Sabes lo más irónico de todo? Que jamás se me pasó por la cabeza hacer daño a tus abuelos. Mi cariño por ellos fue verdadero de principio a fin porque jamás viví al lado de los míos. Es imposible no quererles y tú has conseguido que todo se haya vuelto sucio y corrupto. Ensucias todo lo que tocas y a mi hijo no vas a tocarle. Sigue con tu vida y aléjate de mí.

Él asintió saliendo del box y cerrando la puerta a su paso, mientras que a Romina se le rompía del todo el corazón porque aunque se esperaba su reacción al decir que estaba embarazada, irracionalmente deseaba que hubiera actuado de otra manera. El dolor fue tan intenso, que tuvo que cerrar los ojos para soportarlo, cubriéndose la cara con las manos porque las lágrimas fluían incontrolables.

Un roce en su brazo la sobresaltó y asustada apartó la mano para ver a Eleanor mirarla con

tristeza. —¿Qué te ocurre, mi niña?

Sorbió por la nariz antes de pasarse las manos por las mejillas. —Nada, de verdad.

—No me digas eso. A ti te pasa algo y necesitas desahogarte.

Pensó rápidamente. —Es que echo de menos a mi hermana. Eso es todo.

Eleanor sonrió. —¿Y por qué no vas a verla mientras te repones? Así volverás para abrir tu negocio con mucha más energía. Es natural que la eches de menos. Es tu familia y la quieres. En momentos así es cuando nos damos cuenta de esas cosas.

Pensó en ello seriamente. Sí, ver a su hermana era lo que necesitaba en ese momento. Salir un tiempo de Nueva York y alejarse de él. —Sí, puede que vaya a verla. Hace casi un año que no nos vemos y...

—Claro que sí. Pasa Acción de Gracias con ella. —Le acarició la cabeza con ternura. — Seguro que estará encantada de que vayas.

—Sí. Iré a pasar esos días a su lado. Lo pasaremos bien.

Capítulo 4

Salió del hospital apenas media hora después vestida con un chándal gris y unas zapatillas desechables. Eleanor la cogía del brazo como si lo necesitara y llegaron a la entrada de urgencias, donde Wyatt al verlas se levantó de inmediato de la silla donde estaba sentado. Gruñó por dentro porque al parecer no había entendido muy bien que no quería verle más, pero obviamente no dijo ni pío porque Eleanor estaba delante.

Buscó un taxi para ellos y para su desgracia tuvo que sentarse en el centro sintiendo su cuerpo pegado a su costado porque era demasiado grande. No pudo evitar estar tensa todo el camino.

—¿Estás bien? —preguntó Eleanor preocupada.

—Sí, solo que estoy algo cansada.

—Ahora podrás acostarte un rato. Pero antes comerás algo.

—No me apetece desayunar. Estoy algo revuelta.

—¿Deberíamos llevarte al médico de nuevo? —preguntó asustándose mientras Wyatt se tensaba.

—No, solo es que estoy cansada. Me pasa a veces. —Se retorció las manos sin poder evitarlo porque odiaba mentirles, pero desde que Wyatt había entrado en su vida no le quedaba más remedio.

Fue un alivio llegar a casa. Wyatt salió del taxi dejando la puerta abierta para que pasara como si fuera todo un caballero y gruñó por dentro saliendo del taxi. Sin esperarle fue hasta la puerta que se abrió mostrando a Oliver que estaba preocupado. Forzó una sonrisa. —Estoy bien.

Ha sido una tontería.

—No me digas que ha sido una tontería cuando se te han llevado en ambulancia.

Le abrazó besándole en la mejilla. —Estoy bien.

—Niña, qué susto. —Acarició su espalda antes de apartarse para mirar su frente e hizo una mueca. —¿Es mucho?

—Dos puntos. Bah, son unos exagerados.

—Oliver deja que se acueste, que está cansada —dijo su esposa.

—Baja en el ascensor. No vaya a ser que te caigas por la escalera.

—Estoy bien. —Pero haciéndole caso fue hasta la cocina. De paso abrió el frigorífico y cogió la garrafa de zumo. Estaba cogiendo un vaso cuando Wyatt entró en la cocina. Mirándole de reojo porque volvía a la carga quitó el tapón. —¿Querías algo?

—¿Podemos hablar de lo que me has dicho en el hospital?

—No. —Llenó el vaso y le tembló la mano derramando el contenido en la encimera de mármol. Wyatt apretó los labios cogiendo un paño, pero ella se lo arrebató. —No necesito tu ayuda.

Él suspiró. —Nena, ¿cómo hemos llegado a esto?

Le miró atónita y rabiosa le lanzó el vaso de zumo a la cara. —No sé cómo tienes la poca vergüenza de hacer esa pregunta. —Él se pasó las manos por los ojos. —Ahora tienes más que limpiar —dijo antes de ir hacia el ascensor. Pulsó el botón mirándole con rencor y se subió con ganas de pegarle cuatro gritos por tener tanta cara.

Cuando llegó a su habitación se tumbó en la cama de costado abrazando la almohada y suspirando cerró los ojos no queriendo pensar en nada, pero apenas dos minutos después escuchó que el ascensor se abría y abrió los ojos viendo como Wyatt se acercaba con un vaso de zumo en la mano. Se lo dejó sobre la mesilla antes de irse sin decir ni una palabra. Miró el vaso de zumo y

una lágrima cayó por su sien por sentirse emocionada por ese gesto. Era obvio que lo hacía por congraciarse con ella para que no se fuera de la lengua porque durante las semanas anteriores la había despreciado de todas las maneras posibles. Cerró los ojos sin tocar el vaso porque no quería nada de él.

Se levantó a media tarde y medio dormida fue hasta la cocina donde Pia estaba sacando los platos del lavavajillas. Sonrió al verla. —¿Cómo estás? Has dormido mucho.

—Estaba cansada.

—Voy a avisar a los señores, que ya estaban preocupándose.

Dejó caer los hombros sintiéndose agotada. —Ya voy yo.

Pia frunció el ceño. —¿Estás bien de verdad?

—Sí, claro que sí. Ya ni me duele la cabeza. Es que no estoy acostumbrada a dormir de día. —Empujó la puerta y les escuchó hablar en el salón. Caminó hasta allí para ver que los abuelos estaban hablando con Wyatt que estaba muy serio y para su sorpresa iba vestido en vaqueros y con una camisa blanca como si no hubiera ido a trabajar. Los tres la miraron. —¿Qué? ¿Qué ocurre?

—¡Pero niña cómo no me has dicho que os habéis enamorado y que me vas a dar un biznieto! —dijo Oliver levantándose, sonriendo de oreja a oreja. Atónita vio cómo se acercaba y la abrazaba con fuerza—. ¡Qué alegría más grande! —La cogió por los brazos para mirarla. — Wyatt no podías haber elegido mejor.

Con los ojos como platos pensó que estaba soñando, pero no, porque después de Oliver la felicitó Eleanor antes de que Wyatt la cogiera por la cintura pegándola a él para besarla en la sien. —¿Verdad que sí? Es que no he podido resistirme.

¿Pero qué locuras decía? Había perdido la cabeza del todo, pensó con asombro. ¡Si le

había amenazado con arruinarle y le daba igual! ¡El muy capullo había dicho a sus abuelos lo que le convenía simulando que eran pareja!

Eleanor soltó una risita por su cara de pasmo. —Wyatt nos lo ha dicho porque le comentamos que llevabas unos días un poco callada. Pobrecita... ¿Temías que nos enfadáramos? ¡Si estamos encantados! Oh, cielo... mira que pareja tan buena hacen.

Oliver sonrió orgulloso. —Y qué puntería tiene mi nieto. ¡Si llegó hace tres semanas!

Se puso como un tomate mientras ellos se reían. —Esta juventud. ¿Recuerdas que yo no dejé que me dieras un beso hasta que pasó un año?

—Eran otros tiempos, cielo.

Aún en shock porque eso sí que no se lo esperaba, miró a Wyatt de reojo y levantó un dedo. —¿Me disculpáis un segundo?

Dejándoles con la palabra en la boca corrió hasta su habitación bajando las escaleras tan aprisa que casi ni vio los escalones. Se calzó las zapatillas de deporte y cogió su bolso poniéndoselo en bandolera. Se largaba de allí porque estaba claro que ese tío había perdido un tornillo y no atendía a razones. Subiéndose a la mesilla de noche abrió el pestillo de la ventana y la levantó. Se impulsó con fuerza y con medio cuerpo fuera escuchó —Nena, estás embarazada. ¿Crees que esa es la mejor manera de salir?

Chilló dándose prisa por arrastrarse por las baldosas del patio trasero, pero la cogió por las piernas. —¡Suéltame!

—¿No crees que debemos hablar?

—¡Y una mierda! ¡Me voy directa a la comisaría!

—Uy, uy... ¿todavía estás enfadada? —Consiguió soltar una pierna e intentó patearle, pero él la agarró con fuerza. —¡No quiero hacerte daño, Romina!

—¡Socorro!

Tiró de ella cogiéndola en brazos y antes de darse cuenta estaba tumbada en la cama con él encima mirándola furioso. —Mira...

Abrió la boca para gritar, pero él se la tapó antes de que pudiera pedir ayuda. —¡Tienes que reconocer que es muy raro llegar a Nueva York y encontrar una mujer como tú viviendo con mis abuelos! ¡Y encima te pusieron un negocio cuando no eres nada suyo! —le gritó a la cara—. ¿Qué querías que pensara? ¡Y más sabiendo lo que descubrió el detective! —Los ojos de Romina se llenaron de lágrimas. —¡Y ahora estás embarazada! —exclamó como si fuera todo culpa suya—. ¡Encima aprovechas que he perdido los nervios para chantajearme! ¡Pues conmigo no vas a poder! —Una lágrima corrió hasta su mano y la miró aún más furioso. —¡Joder, no llores! —Parpadeó sorprendida y él miró sus pestañas humedecidas antes de mirar sus ojos. —Así me gusta. Ahora que estás más calmada, vamos a hablar en serio de lo que vamos a hacer. —¡Encima! —Pondré el local a tu nombre y olvidarás lo que ha pasado hoy. Y por el bien de los abuelos olvidaré tu pasado y a cambio nos casaremos para no darles un disgusto. —Abrió los ojos como platos. —Firmarás un contrato prematrimonial que especificará que no sacarás nada de este matrimonio y cuando ya no estén entre nosotros cada uno se irá por su lado. Disfrutarán de su biznieto mientras estén aquí y todos contentos. —Gritó bajo su mano y él frunció el ceño. —¿Qué más quieres? ¡Ya te llevas el negocio! —Romina gruñó levantando la rodilla de golpe y Wyatt gimió cayendo a su lado sobre la cama llevándose la mano a sus partes.

—Eso lo aprendí en el reformatorio, gilipollas. ¿Por qué iba a casarme contigo cuando puedo denunciarte y sacarte el negocio sin tener que verte la cara?

Él gimió girándose. —Porque no quieres hacerles daño a los abuelos. Por eso. Porque les quieres. Puede que me haya dado cuenta tarde, pero me has cubierto para no hacerles daño, así que no dirás nada.

Apretó los puños de la impotencia. Qué listo era el muy capullo. —No pienso casarme contigo. No tenemos por qué hacerlo y no lo haré.

—Pues a ver cómo convences a la abuela. —Cerró los ojos con un gesto de dolor. —

Joder, Romina...

—Tranquilo, ya vas a tener un hijo y con lo entusiasmado que te veo, no creo que repitas.

—Muy graciosa.

—No hay boda.

La fulminó con la mirada. —¿Asumirás sus críticas?

—¿Y por qué iban a criticarme? ¡Solo te conozco desde hace tres semanas!

—¡Están chapados a la antigua!

—Lo que pasa es que no quieres defraudarles porque eres su niño bonito —dijo con burla.

—¡Pues ya que lo dices no!

—¿Y el niño?

—¿Qué pasa con el niño?

—No crees que sea tuyo.

—¡Estaba enfadado, joder!

—Sí, te enfadas mucho. Deberías ir al psicólogo para controlar tu carácter. —Se quitó una pelusa invisible de la manga del chándal antes de mirarle altanera.

—Gracias por tus consejos.

—De nada. —Se le quedó mirando y al cabo de unos segundos soltó —Quiero más.

Él se apoyó en el codo mirándola fijamente. —¿Cómo que más?

Se miró las uñas con ganas de sacarle hasta los higadillos. —Cinco.

—¿Cinco qué? —Le miró levantando una ceja. —¿Estás loca, mujer? ¿Cinco millones? —
bramó con ganas de matarla.

—Pues me largo. A la prensa esto le va a encantar.

—Piensa en las lágrimas de mi abuela al ver la historia en boca de todos.

Le miró con odio. —Serás cabrito.

Él sonrió. —Uno y vas que chutas.

—Dos.

—Uno. Y el negocio.

—Y nada de sexo —dijo con orgullo.

—Ni hablar. Puedes irte cuando quieras.

Indignada se levantó. —Pues muy bien.

—Menudo disgusto que se van a llevar mis abuelos viendo a su nieto abandonado por el amor de su vida.... Y fue responsabilidad suya que nos conocimos. —Se detuvo en seco y se volvió lentamente viéndole sentado en la cama sonriendo de satisfacción. —Con lo mayores que son... Además, me vería obligado a pedir la paternidad en el juzgado. Querrán ver al niño.

—¡Yo no me voy a negar a que lo vean!

—Ya, pero hay que hacerlo legal.

—No niego que seas su padre. ¡Lo he dicho desde el principio! Eres tú quien lo duda.

—Pues ya no lo dudo. La abuela... Que disgusto se va a llevar...Con lo ilusionada que está con el biznieto.

—¿Quién es el extorsionador, cielo?

—Estamos a la par. Uno y el local. Y habrá sexo. —Se levantó de la cama haciendo una mueca antes de acercarse a ella. —¿Trato hecho?

Ella miró su mano extendida. No podía casarse con él. Era un empresario respetado y su pasado... Salpicaría a toda la familia. Una cosa era tener un hijo con él, pero no podía casarse. Si alguien rascaba... Su hermana se lo había dicho mil veces, su pasado siempre las perseguiría.

Dio un paso atrás mirando su mano antes de levantar la vista hasta sus ojos. —No voy a casarme contigo. —Él apretó los labios dejando caer la mano. —Podemos seguir fingiendo que

somos pareja por el bien de tus abuelos. Serás el padre del niño si todo va bien, pero no me casaré contigo. —Y para no tener remordimientos en el futuro porque se conocía bien añadió — No hace falta que pongas el negocio a mi nombre. No quiero nada. Solo seguir con mi vida como hasta que te conocí.

—¿Ante los abuelos seguiremos siendo pareja?

—Durante un tiempo. Pero nada más. —Negó con la cabeza. —No son tontos. Se darán cuenta enseguida de que pasa algo y podremos seguir con nuestras vidas tras una ruptura civilizada. Podrán seguir viendo al niño cuando quieran. Te juro que eso no será un problema.

Él asintió y se pasó una mano por la nuca desviando la mirada. —Bien. Estarás hambrienta. Iré poniendo la mesa para la cena. —Le vio caminar algo dolorido hasta el ascensor y pensativo pulsó el botón. Cuando se fue, ella se mordió el labio inferior. Lo que le faltaba. Encima se sentía culpable porque durante un segundo mientras le estaba diciendo que no se casaría, le había parecido que estaba decepcionado. Era evidente que estaba perdiendo la cabeza desde que ese hombre había llegado a la casa. De repente parpadeó y gimió dejando caer los hombros porque al final él había conseguido lo que quería. ¡Sería cabrito! ¡Había prometido que se quedaría, que cubriría sus mentiras ante sus abuelos y encima ella se había quedado sin nada! ¡Es que de verdad era tonta! No, es que él era muy listo. Y un manipulador de primera.

Minutos después subió hasta la cocina y vio a Eleanor que estaba hablando con Wyatt con una sonrisa de oreja a oreja. —Oh, ya estás aquí. Enseguida cenamos.

—Es algo pronto.

—Da igual. Así podrás acostarte temprano. ¿Cuándo te vas? ¿Lo has pensado ya?

Wyatt se tensó. —¿Irte? ¿A dónde?

—Voy a pasar unos días con mi hermana —dijo cogiendo las servilletas de encima de la

mesa de la cocina mirándole de reojo. Vio cómo se tensaba.

—No me habías dicho nada.

—Lo decidió en el hospital —dijo su abuela—. La echa de menos. Hijo, es normal. Es su única familia. —Wyatt apretó los labios. —Podrías ir con ella y tomaros unos días de descanso. —Romina se quedó de piedra y Wyatt sonrió cruzándose de brazos. —Así la conocerás. Debe ser encantadora como su hermana.

Retorció las servilletas entre sus manos sin darse cuenta. —Seguro que Wyatt quiere pasar las fiestas con vosotros.

—Cielo, los veo a menudo desde que estoy aquí. Podemos ir y así le damos la buena noticia a tu hermana. Además, tengo mucha curiosidad por ver donde te criaste. —La miró malicioso. —Mucha curiosidad, te lo aseguro.

—Os lo pasaréis muy bien. Wyatt, ¿sacas la cena del horno? Hoy tenemos canelones.

Eleanor salió de la cocina con los platos en la mano y Romina le fulminó con la mirada. —¿Qué haces? Habíamos llegado a un trato.

—Y eso hago. Seguir el trato. De momento tenemos que decir que somos pareja, ¿no? —Abrió el horno. —Pues a fingir que lo somos.

Se acercó para susurrar —Pero no vienes, ¿verdad? Te vas a otro sitio.

—No. Y si luego me interrogan, ¿eh? Además, no conozco esa parte del país. Será interesante.

—¡No hablarás en serio! ¡No quiero que vengas!

—Shuss, te van a oír mis abuelos.

—Me importa un pito.

La puerta se abrió y Eleanor les miró con el ceño fruncido. —¿Ocurre algo?

Forzó una sonrisa. —¿Ocurrir algo? No, es que ha estado a punto de coger la bandeja sin

las manoplas.

—Hijo, ten cuidado. Mira la quemadura que se hizo la niña y lo que tardó en curarse.

—Eso Wyatt, ten cuidado. No vaya a ser que salgas escaldado.

Él rió por lo bajo. —Intentaré no chamuscarme, abuela.

Capítulo 5

Durante la cena no fue capaz de decir dos frases coherentes moviendo el tenedor de un lado a otro sobre el plato. Wyatt la miró de reojo sin dejar de hablar con sus abuelos y exasperado cogió su tenedor cortando un pedazo de canelón. —Come, nena. Puede que no te apetezca, pero no has comido nada en todo el día y tienes que alimentarte.

—Claro que sí, cielo —dijo Oliver preocupado—. Piensa en el bebé.

Gruñendo por dentro se metió el tenedor en la boca. Forzó una sonrisa sabiéndole a cartón y tragó haciéndoles sonreír satisfechos. Volvió la vista a su plato e intentó buscar una excusa para que Wyatt no la acompañara, pero no se le ocurría nada aparte de que no quería. Y no quería por mil razones, pero no podía decir ninguna. Al menos no a los abuelos. Suspirando dejó el tenedor sobre el plato y al levantar la vista vio que los tres la observaban. Se sonrojó con fuerza. —¿Qué?

—Mi abuelo te estaba preguntando algo, preciosa.

Miró a Oliver con una sonrisa en el rostro. —¿Cuándo vais a casaros? ¿En Navidad? Es una fecha preciosa para una boda.

Levantó las cejas mientras su sonrisa se congelaba. —¿Casarnos?

Los dos asintieron encantados de la vida y ella le dio un puntapié en el tobillo a Wyatt que gimió por lo bajo. —¿Quién ha hablado de boda?

Se miraron los unos a los otros antes de echarse a reír. —Qué bromista la niña—dijo Oliver divertido.

¿Broma? ¿Quién había dicho que era una broma? —Wyatt...

—¿Sí, cielo?

—¿Quién ha hablado de boda?

—Los abuelos, cielo. Lo han dado por supuesto.

—No te hagas el tonto, Wyatt —dijo la abuela—. No serías capaz de dejarla escapar.

—De momento estamos bien así, abuela. Casi no nos conocemos. O no lo suficiente como para atarnos con un matrimonio. Eso es lo que dice ella.

Asombrada vio como todos la miraban y los abuelos no parecían nada contentos. Se puso con un tomate. —Es que es muy pronto para eso.

—Pero no para tener un hijo. Cuando pasan estas cosas, hay que acelerar otras. Por lo que habéis acelerado antes.

Ya no sabía dónde meterse de la vergüenza y se levantó de golpe. —Uff, qué cansada estoy. Hablamos mañana, ¿vale? —Oliver la miraba fijamente como diciéndole que no se le olvidaría el tema y nerviosa carraspeó. —Voy a darme una ducha antes de acostarme.

—Te toca el antibiótico. Y no te mojes la herida —dijo Eleanor dulcemente—. No queremos que se te infecte y tengas una cicatriz horrible el día de tu boda.

Dale, que no lo dejaban. Wyatt se levantó. —Voy a por las pastillas. Ya te las bajo yo.

—No hace falta. Si me dices donde están...

Él sonrió. —Nena, no te preocupes. Baja, que enseguida te las llevo.

Suspiró porque no tenía más remedio si no quería discutir. Este Wyatt atento la ponía de los nervios. Sobre todo porque no sabía por dónde iba a salirle. Resignada dijo —Buenas noches.

—Que descanses, cielo —dijeron a la vez. Vio cómo se miraban y sonreían de oreja a oreja. Estaba claro que no se darían por vencidos fácilmente. Levantó la barbilla. Pues ella tampoco.

Cuando llegó abajo se quitó la sudadera del chándal y los pantalones dejándolos caer al suelo. Se miró al espejo y gimió llevando la mano a la frente. —Lo siento, nena.

Sobresaltada le miró a través del espejo. —Yo te metí una patada en las pelotas.

Él apretó los labios acercándose y pasó su brazo a su lado dejando el bote de las pastillas sobre el lavabo. —Me la merecía.

Cuando sintió el roce de su aliento en su piel se estremeció y se apartó para abrir el grifo del agua. —Gracias por las pastillas, pero no vas a venir conmigo a ver a mi hermana —dijo intentando ser firme.

Él se tensó viendo como cogía una toalla y se envolvía con ella antes de girarse para mirarle a los ojos. —Busca una excusa, pero quiero ir sola.

—¿Acaso tienes algo que ocultar?

—¿Ya empiezas?

—¡Es que me parece muy extraño que no quieras presentarle a tu hermana al padre de tu hijo!

—¡No tiene por qué conocerte! Y quiero estar sola con ella. ¡Hace tiempo que no nos vemos y no me sentiría a gusto contigo allí, observándolo todo para buscar algo que echarme en cara!

Wyatt apretó los labios. —No haría eso.

—Vamos, Wyatt... Estás deseando hincarme el diente porque ya no puedes hacer conmigo lo que te dé la gana. —Le señaló con el dedo. —Te lo advierto, déjame a mi aire o si no vamos a acabar muy mal. Yo con mi vida y tú con la tuya.

—¡Creía que íbamos a simular que éramos pareja antes de romper ante todo el mundo!

—Mi hermana no tiene por qué entrar en esta charada —dijo empezando a enfadarse—. ¿Ahora puedes dejarme sola de una vez? ¡Quiero acostarme! —Muy tenso salió del baño dando un portazo. —Muy maduro, cielo.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y se acercó a ella cogiéndola del brazo para

pegarla a su cuerpo robándole el aliento, antes de que atrapara su boca besándola como si quisiera devorarla. Embriagada se sujetó en sus fuertes brazos antes de acariciarlos hasta llegar a los hombros para abrazar su cuello sin darse cuenta. Él acarició su espalda antes de apartar sus labios de golpe y la miró a los ojos susurrando con voz ronca —¿Seguro que no quieres sexo, nena? Para algo que se nos da bien. —Su mano bajó hasta su trasero y lo amasó haciéndola gemir cerrando los ojos. Wyatt besó su cuello mientras el vapor del agua les rodeaba. Romina chilló de placer al sentir sus labios atrapando su pecho, rodeando su aureola antes de chupar con ansias. — Joder, nena... Me vuelve loco como me respondes. —La elevó sacándola del baño, besándola de nuevo, y no pudo evitar dejarse llevar, loca por sentirle. Porque fuera parte de ella. Apenas la había tumbado cuando entró en su interior haciéndola gritar de placer. Wyatt moviendo sus caderas con contundencia no le dio tregua, y sintiendo que cada fibra de su ser se tensaba necesitando todo lo que le daba y exigiendo más, clavó sus uñas en sus hombros antes de estallar en un orgasmo tan intenso que la dejó sin aliento.

Él besó su cuello llegando al lóbulo de su oreja para morderlo suavemente antes de susurrar —¿Nos vamos mañana?

Sin entender aún medio mareada de placer abrió los ojos. —¿Mmm?

Wyatt sonrió acariciando su mejilla. —Nos vamos mañana. Jacob se encargará de los billetes. No te preocupes por nada. —Besó su labio superior antes de apartarse y ella gimió cuando salió de su interior. Pensó en lo que le había dicho antes de fruncir el ceño y levantó la cabeza para ver que se desnudaba. Iba a decir algo cuando él la cogió en brazos. —¿Dónde tienes ese gorro de baño tan sexy?

—¿No me vas a dejar en paz? —preguntó indignada.

—¿No me digas que tú no lo has pasado bien?

—Pues esta mañana decías que tampoco era para tanto.

—Estaba molesto. Si no me hubiera gustado no habría repetido.

Se sonrojó de gusto. —Como me tenías a mano...

—La verdad es que ha sido práctico. —Romina entrecerró los ojos y Wyatt reprimió la risa. —Me he acostumbrado a llegar a casa y disfrutar de ti.

Como un tomate y sintiéndose genial sin entender la razón, dejó que él la posara en el suelo ante la ducha.

—Nena, el gorro. No te mojes la herida.

Parpadeó comiéndoselo con los ojos sin poder evitarlo. —¿Qué haces?

Él se agachó ante el lavabo para abrir los cajones. —Buscar el gorro.

—No, ¿qué haces en pelotas?

Chasqueó la lengua en respuesta y se incorporó poniéndole el gorro con cuidado de no rozar su herida. —Comprobar que no te resbalas en la ducha. Casi no has comido y acabas de gastar muchas energías. Eso por no decir que estás embarazada y que te has pegado un golpe en la cabeza. Nena, ¿no deberíamos habérselo dicho al médico? ¿Y si algo no va bien o la medicación no es la adecuada para el bebé?

Sorprendida le miró a los ojos dejando que la metiera en la ducha. —¿Tú crees?

—Voy a llamar al doctor de la familia para asegurarme antes de que tomes esas pastillas. —Como si nada echó el gel en la esponja y alucinada vio como empezaba a enjabonarla. —Sí, será lo mejor. No vaya a ser que metamos la pata.

—Wyatt, ¿qué haces?

—Ayudarte.

Enjabonó sus pechos que ya estaban muy sensibles como para que los tocara más y le arrebató la esponja. —¡Puedo hacerlo yo!

—Bueno, pues ya que estoy me ducho contigo. Ya hemos desperdiciado mucha agua. —Cogió champú y empezó a enjabonarse la cabeza. La ducha era demasiado pequeña para que él

estuviera tan cerca y se rozaban continuamente.

Algo avergonzada se volvió pasando la esponja por el vientre cuando sintió a Wyatt tras ella. La rodeó con sus manos y cogió su esponja. —Espera nena, que te ayudo. —Romina abrió los ojos como platos cuando pasó la esponja entre sus piernas y chilló de la sorpresa sujetándose en sus brazos antes de que la rozara de nuevo estremeciéndola de placer con un orgasmo sorprendente. —Vaya preciosa, estás muy sensible. —Como si nada cerró el grifo. Salió sujetándola del brazo para que no se cayera y cogió la toalla para cubrirla con ella como si fuera una niña. Antes de darse cuenta ya la había cogido en brazos y la sentaba en la cama. Ni se dio cuenta de que le quitaba el gorro. Empezó a secarla y ella volviendo en sí pensó que aquello no estaba pasando. ¿Qué tenía ahora en la cabeza? ¿Convencerla para que se casara siendo amable? No se lo tragaba. Le miró con desconfianza y él que le secaba las piernas levantó la vista distraído. —Nena...

—¡No me voy a casar! —le gritó a la cara.

Él la besó rápidamente incorporándose y apartó las sábanas. —Mejor te acuestas que tantos golpes, tantas discusiones y tantos orgasmos te tienen un poco alterada.

Gruñó tumbándose y tapándose con rabia. —¡Largo de mi habitación!

Wyatt empezó a secarse con la misma toalla sonriendo irónico. —Claro que me voy. Tengo que llamar al médico. Tú descansa mientras tanto.

—¡Estoy bien, he dormido casi todo el día! No necesito el médico. —Se volvió dándole la espalda, pero lo pensó mejor mirándole por encima del hombro. —Pero llama por si acaso.

Reprimiendo la risa se agachó a recoger los vaqueros. —No te escapes por la ventana. — Iba hacia el ascensor con la camisa en la mano cuando vio el bolso sobre la mesa de trabajo. — Mejor me llevo esto. Para que no tengas ideas raras.

Jadeó indignada. —¡Wyatt! ¡Deja eso ahí! —Ni caso. Antes de darse cuenta había subido por las escaleras. —Será... —Gruñó tumbándose de nuevo. De todas maneras estaba agotada.

Mejor dormía que necesitaba un respiro. Ya pensaría al día siguiente como se libraba de él.

Un beso en el cuello la hizo gemir y se volvió acariciando su pecho. Suspiró de gusto pasando la pierna por encima de él y rozó su sexo. Frunció el ceño notando algo fuera de lo habitual y al mover de nuevo la pierna escuchó su gemido. —Nena, como sigas así no voy ni a dejar que te despiertes del todo.

Sorprendida abrió los ojos incorporándose para ver a Wyatt casi debajo de ella. —¿Qué haces tú aquí?

—Dormir. Bueno, hasta que me has dejado, claro. Te pegas mucho. Has dormido casi encima de mí toda la noche.

Se puso como un tomate. —¿Es que no tendrías que estar aquí!

—Mis abuelos verían raro que durmiera en mi habitación. Preciosa, vamos a tener un hijo juntos. —Acarició su espalda estremeciéndola. —Por cierto... —dijo con voz ronca—, nunca lo hemos hecho por la mañana.

En su prisa por escapar tropezó con la sábana cayendo de la cama. —¡Romina!

Se agachó a su lado y ella boca abajo levantó la vista para ver su miembro erecto ante ella. —¡Por Dios, tápate!

—¿Estás bien?

Intentó cogerla por los brazos, pero ella se apartó. —¡Deja de apuntarme con eso!

Wyatt reprimió la risa. —Ni que fuera la primera vez que la has visto. Lo siento, pero hasta que no haga algo esto no se baja.

Sentada en el suelo tapándose con la sábana le miró asombrada. —¿Y qué haces?

—¿Qué voy a hacer, nena? —preguntó con voz ronca cogiéndola en brazos para tumbarla

en la cama—. A veces lo soluciono cuando me ducho.

—¡Pues dúchate!

Él carraspeó. —¿Normalmente no te levantas de mejor humor?

—¡Wyatt, habíamos llegado a un trato!

—No preciosa, tú has impuesto lo que quieres y aquí lo que quiero yo se ha dejado de lado.

Jadeó indignada apoyándose en sus codos. —¡Tendrás cara! ¡Lo que pasa es que quieres utilizarme para bajarte eso, como llevas utilizándome desde que me conociste y de eso nada, guapo!

Él gruñó yendo hacia el baño. —Como si ella no se lo pasara bien.

—¿Qué has dicho?

Wyatt dio un portazo en respuesta. ¡Hala, ya había vuelto el sentimiento de culpa! Gruñó cruzándose de brazos mirando el techo. Dos segundos después levantó la cabeza. Se levantó decidida y fue hasta el baño, pero antes de abrir se volvió y fue hasta el armario. —Me largo de aquí antes de que pierda el norte totalmente porque con este hombre no razono. —Cogió una camiseta vieja poniéndosela a toda prisa antes de coger la maleta. Cuando Wyatt salió del baño secándose el cabello con una toalla y con otra rodeando sus caderas, ella levantó una ceja al ver que estaba más relajado.

—Nena, me dado una ducha fría. Que no tengo quince años.

—Ya. —Tiró los vaqueros dentro de la maleta y él se acercó.

—¿Qué haces?

—La maleta porque me largo cuanto antes.

—Pues no va a poder ser porque tenemos hora a las diez con un médico que me ha recomendado el doctor Foster.

Le miró sorprendida. —¿Por qué?

—Quiere explorarte y darte las vitaminas... Vamos, todas esas cosas de embarazadas.

—¡Tú lo que quieres es que me haga el análisis!

—También. —Cogió unas braguitas blancas de algodón que estaban al lado de la maleta.

—Nena, seguro que son muy prácticas, pero parecen de monja.

Se sonrojó con fuerza arrebatándose las. —Tú te animas solo.

Él sonrió satisfecho. —La verdad es que sí. Y me alegra que no tengas a otro en mente — dijo sonrojándola aún más.

—Igual se anima solo como tú.

—Provocadora.

Asombrada vio que iba hacia las escaleras. —¡Wyatt vístete!

—Sí, a eso voy.

Gruñó por lo que pensarían sus abuelos. —Estos son capaces de traerme el cura a casa para metérmelo por los ojos con lo empeñados que están en la boda. —Cogió un par de jerséis por si en casa hacía frío cuando se detuvo en seco. Claro que sí, ahora lo entendía todo. No es que no quisiera decepcionar a los abuelos, es que no quería decepcionar a su abuelo porque estaba a punto de asumir la presidencia de la empresa y necesitaba su apoyo en la junta de accionistas. Muy tensa fue hasta la maleta tirando los jerséis dentro. Su corazón dio un vuelco sentándose en la cama. Había pensado mil veces qué misión podía tener para ella cuando empezó aquella extorsión. Y en ese momento se preguntó si la presidencia tenía algo que ver. Tenía un mal presentimiento. Lo que no era normal era que después de despreciarla y tratarla fatal durante tres semanas, ahora se comportara de esa manera como si quisiera cuidarla. Por eso quería ir al pueblo donde había nacido. Para encontrar más mierda para presionarla y obligarla a casarse con él para que su abuelo estuviera contento porque eso era lo único que le importaba en ese momento. Y allí iba a encontrar muchas cosas. Tenía que alejarlo de su hermana.

Subió en vaqueros y jersey. Llevaba el plumas en la mano y lo dejó en el perchero del recibidor antes de ir hacia la cocina donde ya se olía el café.

Pia sonrió. —Buenos días. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, gracias.

—Por cierto, felicidades. —Le guiñó un ojo. —Ya me he enterado de la buena nueva.

—Gracias.

—Pillina, menuda pieza has cazado, ¿eh? Guapo, rico... Menudo ojo tienes.

En ese momento se abrió la puerta y Wyatt entró en la cocina vestido en vaqueros y con un grueso jersey negro. —Sí que tiene ojo, sí —dijo con voz grave acercándose a ella y cogiéndola por la cintura. La miró fríamente a los ojos—. ¿Verdad, nena? Es que tienes un gusto exquisito. Solo hay que verte. —La besó en la mejilla, pero a ella no le pasó desapercibida su ironía erizándole el cabello cuando se alejó para ir hasta la nevera. —Pia, hazme la maleta para Acción de Gracias. Nos vamos a Texas.

—Oh, vais a ver a tu hermana —dijo la mujer encantada.

—Sí, nos vamos esta tarde —respondió él dándose la vuelta con la botella de zumo de manzana en la mano. Sirvió dos vasos para llevarlos a la mesa—. ¿Mis abuelos no se han levantado?

—No. —Miró el reloj de la cocina que iba a dar las nueve de la mañana. —Aunque estarán a punto.

—Nena, ¿no te sientas? —preguntó cogiendo el periódico y mirando la primera plana.

Se sentó a su lado y susurró —No quiero que...

La fulminó con la mirada. —Eso ya no entra en discusión. Si tienes algo que ocultar, más

vale que te sinceres ahora para que no me pille por sorpresa.

—¿Acaso no te lo ha dicho todo ya el detective? —preguntó con mala leche cogiendo el vaso.

—Eso ya lo veremos —siseó—. Tengo la sensación de que eres una cajita de sorpresas.

—Lo mismo te digo, cariño.

En apenas dos minutos Pia les sirvió el desayuno y como él no hablaba con ella leyendo el periódico decidió hacerlo con la asistenta. —¿Cómo está tu madre? ¿El nuevo medicamento le va mejor?

—Oh, sí. Al menos puede dormir por las noches.

—Una de mis clientas me ha hablado de una unidad del dolor que hay en el Lenox —dijo con la boca llena haciendo que su supuesto prometido la mirara, pero ella le ignoró—. Me han dicho que hacen estudios de pacientes e intentan evaluar su dolor para darles las medicaciones adecuadas a sus necesidades.

Pia la miró interesada. —¿Y tengo que ir al hospital a preguntar? Su artrosis casi ni la deja caminar y es mayor. Igual no les interesa.

—El marido de esta clienta trabaja allí y estaba en casa cuando lo estábamos hablando. Le expliqué el caso y me dijo que tenía las características para un estudio que están haciendo de esa enfermedad. No os costará nada porque está subvencionado. —Miró a su alrededor. —Cariño, ¿y mi bolso?

—En mi habitación, nena.

Sonrió a Pia. —Me ha dado un número de teléfono para que le llames.

Pia gritó de la alegría y se acercó besándola en la coronilla. —Tienes un corazón de oro. Cuando se lo diga a mi madre...

—Eso no garantiza que se vaya el dolor —dijo sonrojada.

—Pero al menos la mirarán bien y seguro que es un especialista. Yo mientras la miren...

—Pia, ¿el seguro de tu madre no cubre estas cosas? —preguntó Wyatt sin levantar la vista del periódico.

A Pia se le cortó el aliento mirando a Romina, que masticó más lentamente. —Sí, claro que sí. —Volvió a la cocina para limpiar la encimera diciendo —Gracias, Romina.

—No ha sido nada. Y el seguro que tiene su madre es una mierda.

Pia jadeó con el paño en la mano mirando preocupada a Wyatt, que levantó la vista lentamente mirando a Romina a los ojos. —¿De veras?

—No cubren todos los tratamientos que su madre necesita. Está jubilada y ha trabajado toda su vida. Merecería que la atendieran como debe y por supuesto los especialistas son de risa.

Wyatt miró a Pia. —Habla con Jacob, que amplíe tu seguro médico para que atienda a tu madre.

Los ojos de Pia se llenaron de lágrimas. —¿De verdad?

—Claro que sí. La diferencia será mínima. ¡Nena, come que ayer casi no probaste bocado! —Sin decir palabra cortó un pedazo de beicon y él frunció el ceño. —¿Puedes comer eso?

—¿Qué?

—Bueno, da igual. Ya me lo dirá el médico —dijo doblando el periódico y dejándolo a un lado para empezar a desayunar.

Romina vio de reojo como Pia se secaba las lágrimas y sonrió cogiendo la tostada. —Yo tampoco tengo seguro médico.

La miró como si fuera un desastre. —Sí, ya me di cuenta ayer en el hospital.

—Oh... —Soltó una risita. —No me acordaba. ¿Fue mucho?

—Podía haber sido peor. Por eso si nos casáramos...

—Sí, ya, ya. Paga, que tienes pasta de sobra.

Él gruñó antes de meterse el tenedor en la boca. —Tener un hijo es muy caro y mi seguro es de primera —dijo con la boca llena.

Lo miró divertida. —¡Serás roñica!

Él rió acercándose y dándole un suave beso en los labios. Se le cortó el aliento viendo cómo se ponía a comer de nuevo. La había besado como si realmente fueran pareja y durante un segundo se había sentido como si lo fueran de verdad. Miró el plato para seguir desayunando. Ese hombre la volvería loca. Qué bien fingía que le importaba. Si no tenía cuidado podía llegar a creérselo.

Sentados en la sala de espera ella bufó dejando la revista sobre la mesa antes de mirar a su alrededor. Wyatt sonrió al ver como se quedaba con la boca abierta cuando pasó ante ella una mujer embarazadísima que caminaba como un pato, mientras gemía agarrada al que debía ser su marido, quejándose de que estaba harta de aquello.

—Madre mía, pobre mujer —susurró.

—Tranquila, está embarazada de gemelos —dijo la mujer que tenía al lado que también tenía una panza en condiciones.

Forzó una sonrisa. —¿No me diga?

—Dos niños como dos toros. Tendrán que hacerle cesárea. Han salido al padre —dijo haciendo una mueca.

Miró a Wyatt con los ojos como platos. —Tú eres mucho más alto que ese canijo.

Él reprimió la risa. —¿No me digas? Ni me he fijado.

Empezando a ponerse nerviosa le cogió por el antebrazo. —¿Y si me pasa eso? Soy muy activa, mucho. ¡Acabo de poner un negocio! Me moriría si me encuentro en ese estado. ¿La has

visto? Esa no puede correr. Y esto es Nueva York. ¡No eres útil en esta ciudad si no te responden las piernas!

Wyatt rió por lo bajo. —Tranquila, nena. No vas a tener gemelos.

Frunció el ceño. —¿Eso crees?

—No hay gemelos en mi familia. ¿Y en la tuya?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos azules. Dios, no lo sabía. ¿Pero qué diablos le había dicho ese detective? ¿Solo que había estado en el reformatorio y quienes eran sus padres? Perdió parte del color de la cara porque entonces le quedaba por descubrir mucho más de lo que creía. Wyatt frunció el ceño. —¿Nena? ¿Estás bien?

—Oh, sí —respondió forzando una sonrisa—. Seguro que no tenemos tan mala suerte. — Escucharon un grito y sobresaltada cogió su antebrazo para ver entrar a la mujer en una silla de ruedas sujetándose la barriga con una cara de sufrimiento que no podía con ella.

—¿Ves, nena? Ya le queda menos.

Pálida le miró. —No soporto el dolor. —Él levantó una ceja. —Reacciono muy mal cuando algo me duele. Muy mal.

—Entonces la frente no te ha dolido mucho, preciosa. Es un alivio.

—¿Te haces el gracioso? —preguntó levantando la voz.

Él carraspeó. —Nena, relájate. No pasa nada.

—Estoy relajada. Esto no es nada.

—Claro que sí.

Se acercó para besar sus labios y ella se inclinó hacia atrás. —¿Qué haces? No estamos en casa.

Suspiró dejando la revista justo cuando llegó la enfermera con una sonrisa de oreja a oreja mirando a Wyatt como si fuera un Adonis. —¿Señores Ainsworth?

Él cogió su mano para levantarse. —Somos nosotros.

—No, es él. Yo sigo apellidándome Griffin.

—Oh, disculpe.

Escuchó gruñir a Wyatt. —Hay que decírselo, no vaya a ser que me medique algo y haya confusión con los apellidos —dijo dulcemente.

—La señorita tiene razón. Lo corregiré de inmediato.

Los acompañó a una consulta y para su sorpresa el médico que había al otro lado de la mesa era un tipo que podía estar en Mister Universo. Ambos se quedaron en la puerta mientras aquel tipo sonreía como para promocionar un anuncio de dentífrico. Se levantó y alargó la mano. —Buenos días. ¿Son los Ainsworth?

—No están casados —dijo la enfermera encantada de la vida—. Ella se apellida Griffin, doctor Maxwell.

—¿Usted es el ginecólogo? —preguntó Wyatt algo tenso.

—Y tocólogo.

Un mechón de su impecable cabello rubio le cayó sobre la frente y ella miró sus preciosos ojos verdes. ¡Ese tipo no podía verle el chirri! ¡Se moriría de la vergüenza!

El médico perdió la sonrisa poco a poco dejando caer la mano. —¿Ocurre algo?

Algo sonrojada miró a Wyatt de reojo. —No, claro que no. —Forzó una sonrisa dando un paso adelante, pero Wyatt la cogió por la cintura caminando a su lado.

El doctor sonrió al ver como se sentaban. —¿Está herida?

—Ayer tuve un accidente de nada. No tengo que desnudarme, ¿verdad? —Los tres la miraron y se sonrojó. —Es que me da vergüenza. ¿Qué pasa?

Wyatt sonrió cogiendo su mano. —Cielo, es médico.

Chasqueó la lengua antes de mirar al doctor. —¿Me hace el análisis? Tengo algo de prisa.

—Antes voy a hacerte algunas preguntas.

Bajo la atenta mirada de Wyatt tuvo que soportar que aquel guaperas al que no conocía de nada le preguntara sobre su vida como si tuviera todo el derecho del mundo. Cuando le preguntó cuántas parejas había tenido ya hervía de furia. —¿Y a usted qué le importa?

El médico levantó una de sus cejas rubias a punto de reírse. —¿Enfermedades de transmisión sexual?

—¿Pues no! ¿Me hace el maldito análisis de una vez? Aunque ya sé el resultado al parecer tengo que pasar por esto.

El doctor reprimió la risa. —Te quedan unos meses de pasar por esto.

Gruñó mirando a Wyatt como si todo fuera culpa suya.

—¿Cuántos compañeros sexuales?

Jadeó mirando a aquel matasanos de nuevo. —¿Otra vez?

—Es importante para un estudio que estoy haciendo y...

—Nena, contesta de una vez. Perderemos el avión.

—Dos, ¿contento?

—¿Solo? —preguntaron los tres a la vez sonrojándola. Dios, aquello era humillante.

—¿En la universidad?

—No he ido a la universidad —siseó con ganas de matar a aquel preguntón.

—Oh...

Lo apuntó en su hoja y clavó las uñas en la mano de Wyatt que dijo de inmediato—
Tenemos algo de prisa, doctor.

—Sí, ya he oído lo del vuelo. Jenny sácale sangre. Y que haga una prueba de orina para agilizar el resultado de embarazo.

—Sí, doctor. Si viene por aquí...

Se levantó casi de un salto y salió con ella de la consulta. Tuvo que hacer pis en un palito de nuevo después de que le sacaran sangre. Cuando regresó estaban hablando y se quedaron callados cuando la vieron entrar. —Positivo, doctor.

—Muy bien. Te voy a dar unas vitaminas puesto que tu prometido me ha dicho que tenéis un viaje previsto de varios días, pero en cuanto regreses a Nueva York, quiero que te pases por aquí para hacerte una exploración completa y darte el resultado de los análisis.

—Entendido. —Se sentó al lado de Wyatt, que sonrió como si estuviera satisfecho. De hecho parecía encantado.

Le puso un montón de folletos sobre la mesa y un frasco de píldoras. —Estas son las pastillas que tienes que tomar. Una en el desayuno. ¿Te duele el golpe de la frente?

—Bah, no es nada.

—Muy bien. Cuando regreses de Texas hablamos.

—Bien. —Se levantó de golpe cogiendo los folletos encantada porque se había librado de la exploración. —¿Nos vamos, cielo?

—Gracias por atendernos tan rápido —dijo dándole la mano.

—Ha sido un placer. Jenny dales cita para después de Acción de Gracias.

—Sí, doctor.

Salieron de la consulta y ella le dijo —No pienso volver.

—¿Por qué? Es uno de los mejores tocólogos de la ciudad. Me lo ha dicho el doctor Foster.

—No me gusta —refunfuñó.

—¿No? —Sonrió de oreja a oreja. —No tiene que gustarte, nena. Tiene que atenderte.

—¡No voy a estar cómoda con él! ¡Y es mi embarazo! ¡Busca una mujer! —gruñendo fue hasta el coche y el chófer abrió la puerta.

Él se sentó a su lado diciéndole que los llevara a casa de sus abuelos. Cuando el hombre cerró la puerta siseó —¿No puedes conducir como todo el mundo?

—Nena, te aseguro que todo el mundo querría tener chófer.

—Yo no.

—Pues vaya. Romina, ¿quieres discutir?

—¡No quiero que me atienda él!

—Te da vergüenza porque es un hombre, pero es médico.

—También hay doctoras, ¿no? ¡Pues busca a una! Bah, ya la buscaré yo. —Se cruzó de brazos mosqueada. —No tengo por qué estar incómoda en cada revisión.

—¿Otro amante aparte de mí, preciosa? —preguntó divertido.

Ella le miró de reojo con rencor. —¡Y tú porque me pillaste desprevenida! ¡Y me obligaste!

Wyatt se tensó. —Retira eso.

No pensaba retirar nada y él la cogió por la barbilla obligándole a mirarle a los ojos y se le cortó el aliento al ver que estaba asustada. —¿Nena?

—Déjame ir sola a ver a mi hermana —dijo casi con desesperación.

Él entrecerró los ojos y la soltó. —No.

Frustrada se volvió a mirar por la ventanilla. Se apretó las manos de los nervios. Ni siquiera había avisado a Celia. No sabía cómo se iba a tomar que él fuera a su casa. Tenía que llamarla.

En cuanto llegaron a casa ella entró a toda prisa y sin hablar con nadie corrió a su habitación. Sacó el móvil del bolso y pulsó el uno apartándose el cabello de la cara. Seguramente estaba en la peluquería y no lo oía. Pensando en cómo se lo diría, decidió contarle que era su novio, así no se preocuparía. O al menos vería que iba en serio. Más adelante le decía que se

había acabado y punto. Su hermana respondió cuando iba a colgar —¿Celia?

—Hola, me has pillado yendo a por un café para la jefa.

—Celia, vamos a ir a verte unos días.

—¿Vamos? —preguntó divertida.

No sabía cómo explicárselo. —Mi novio y yo.

—¿Tienes novio? —preguntó sorprendida.

—Es algo muy breve. Muy breve.

—Ah, entonces no. Si no es algo serio no quiero ni conocerle... —dijo divertida.

Gimió por dentro antes de decir —Estoy embarazada.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. —Será una broma.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ni se cómo ha ocurrido.

—¿Quieres que te lo explique yo? —gritó su hermana al otro lado de la línea.

Hizo una mueca. —¿Te importa que él vaya?

—No, claro que no —dijo furiosa—. ¡Quiero verle la cara a ese capullo que no te ha cuidado como mereces! Que venga, que venga. ¡Éste no sabe dónde se ha metido! ¡Seguro que no tiene ni idea! ¡Pero ya le dejaré yo las cosas claras! —gritó antes de colgar.

Gimió tapándose los ojos. Estaba que trinaba. Era capaz de recibirles a tiros. Sobre todo a Wyatt.

—¿Nena?

Sorprendida apartó la mano para verle en la escalera. —¿No puedes dejarme sola?

—Venía a por la maleta —respondió muy serio acercándose—. El coche nos espera.

—Quédate.

—No. Y cuanto más insistas, más interés voy a tener en ir. ¡Así que si quieres contarme

algo, soy todo oídos!

Apretó los labios mirando sus ojos. —Tú te lo has buscado —siseó con ganas de matar.

Asombrado la observó ir hacia las escaleras. —¡No creo que lo que vea me vaya a sorprender tanto!

Se volvió furiosa. —¡Cómo avergüences a mi hermana, te capo! —gritó a los cuatro vientos.

—¡Yo tengo educación!

—Sí, ya he conocido la educación que tienes.

Él la vio desaparecer por las escaleras y gruñó mirando la maleta. La cogió jurando por lo bajo por lo que pesaba. Con curiosidad fue hasta el armario y lo abrió para ver que estaba vacío. Entrecerró los ojos preguntándose qué se le estaba pasando por la cabeza.

Capítulo 6

Pasaron por el pueblo que estaba precioso. La calle mayor llena de casitas de ladrillo rojo tenía flores rojas en los balcones como tenían costumbre en Acción de Gracias. Nerviosa se mordió el labio inferior al ver al sheriff saliendo de la comisaría hablando con su ayudante.

—Es un pueblo precioso —dijo Wyatt mirando a su alrededor mientras reducía la marcha del coche de alquiler que habían cogido en el aeropuerto.

—Sí —susurró ella viendo la cafetería de Molly que seguía con los cristales empapelados porque no habían conseguido traspasar el negocio. Apartó la mirada viendo que llegaban al final de la calle—. Ahora gira a la derecha para rodear el pueblo.

Le hizo tomar una desviación y avanzar dos kilómetros. A medida que se acercaban a la casa se fue poniendo más nerviosa. Empezaba a oscurecer y seguro que su hermana ya estaba en casa. Ver el edificio en el que habían crecido la hizo mirar de reojo a Wyatt, que fue estirando el cuello hacia la luna delantera para verlo mejor a medida que se acercaban. La enorme mansión que había sido la hacienda más grande del condado en otros tiempos necesitaba una capa de pintura, pero seguía siendo una casa preciosa. Las ventanas relucían con la luz del atardecer y el segundo piso también tenía las flores rojas de la época que su hermana se afanaba por cuidar para esas fechas. Podía ser la casa que saliera en cualquier revista de decoración, con sus muebles de mimbre blanco que habían repintado el año anterior.

—Nena, ¿esa es tu casa?

—Sí. Era la casa de mi abuela.

Detuvo el coche en la cuneta mirando la casa. —Vaya, al parecer ese gilipollas del detective no se ha enterado de nada, ¿no es cierto? —La fulminó con la mirada. —¿Eres rica?

—No. —Miró la casa. —Pero mi familia lo fue. Nosotras no tenemos dinero.

—¿Y cómo mantenéis esa monstruosidad?

Se encogió de hombros. —Trabajando.

—Trabajando —siseó volviendo a la carretera.

Estaba frenando ante la casa cuando su hermana salió al porche, preciosa con su cabello suelto. Estaba algo más gordita lo que le dio una inmensa alegría y chilló saliendo del coche y corriendo hasta ella para abrazarla con fuerza. Se echaron a llorar aferrándose la una a la otra y Wyatt salió asombrado del coche al ver a las gemelas y todo lo que se habían echado de menos. Celia le miró por encima del hombro de su hermana y le fulminó con la mirada sin soltar a Romina. Vio como en sus ojos verdes mostraba que la defendería hasta la muerte y que no había nada más importante para ella que su hermana. Romina se apartó para mirarla.

—¿Estás bien? —Celia llevó su mano a su frente y Romina hizo una mueca.

—No es nada.

—¿Seguro?

Asintió cogiendo su mano y ambas miraron a Wyatt. —Él es mi novio, Cel. Wyatt Ainsworth.

—¿Ainsworth?

—Es el nieto de Eleanor y Oliver. —Tiró de ella hacia los escalones y su hermana fue a regañadientes.

—Bienvenido a Rose Hill —dijo alargando la mano sin soltar la de su hermana como si no quisiera separarse de ella.

—Mucho gusto. —Wyatt estrechó su mano, pero se dio cuenta de inmediato que no le gustó tocarle, apartando la mano casi como si le quemara. Celia apartó la mirada y sonrió a su hermana.

—Te he preparado la habitación de la abuela.

—No tenías por qué.

—Vamos —dijo yendo hacia la casa tirando de ella—. Wyatt puedes entrar las maletas.

Romina le miró sobre su hombro y sin poder evitarlo le pidió disculpas con la mirada. Wyatt le hizo un gesto sin darle importancia y cuando entraron miró la casa. Estaba claro que le esperaban un montón de sorpresas.

Sentados a la mesa en la cena después de ducharse y vestirse informales, Wyatt las observaba mirarse y entenderse sin decir ni una sola palabra. Había escuchado que eso podía pasar con los gemelos, pero verlo era increíble.

Celia sentada frente a ellos dejando la cabecera libre le preguntó —¿Quieres judías, Wyatt?

—No, gracias.

—¿Y a qué te dedicas?

—Celia... ¿quieres patatas?

—¿Qué, no puedo preguntar? Si va a ser mi cuñado quiero saberlo todo sobre él. —Con la misma mirada que su hermana cuando estaba cabreada le miró a los ojos. —Supongo que eres un yupi.

Wyatt sonrió. —Sí, algo así. Trabajo en la empresa de la familia.

—Un niño rico —dijo con ironía.

—Exacto.

—¿Y al niño rico no se le ha ocurrido ponerse condones? Porque no será porque te falte la pasta.

—Fue un error de los dos. Pero a mí no me importa.

—¡Espero que estés sano!

—¡Celia!

—Vamos a hablar claro, porque es evidente que no te gusto nada. —Se limpió la boca con la servilleta mientras Celia apretaba los labios.

—Pues tienes razón. No me gustas nada.

Romina suspiró dejando el tenedor. —¿Podemos hacer una tregua?

—¡No! —respondieron los dos a la vez antes de mirarse de nuevo.

Wyatt sonrió irónico y Romina se dio cuenta enseguida de que se iba a poner chulo. Celia se lo iba a comer con patatas.

—Para tu información tu hermana no podía encontrar un pretendiente mejor.

—Déjame que lo dude mucho —dijo con desprecio—. Te debes creer la leche, pero solo tengo que verla para darme cuenta de que está atrapada en esta relación. Conozco a mi hermana mejor que nadie y sé que tú no eres el hombre que le conviene.

A Romina se le cortó el aliento mirando de reojo a Wyatt que se había tensado.

—No solo eres un pijo que se cree la leche si no que no la conoces. Y solo tu cara al verme me lo ha dejado claro. No te interesa conocerla. No sé qué está pasando aquí, pero te juro que voy a enterarme. —Cogió el cucharón y le echó en el plato una buena cantidad de judías retándole. —Y te aseguro que como no me guste lo que está pasando, tengo muy buena puntería.

Romina gimió y él pasó el brazo por su espalda acariciándola. —Tranquila, nena. Es como enfrentarse a la suegra multiplicada por tres.

—Muy gracioso. —Señaló a Romina con el dedo. —Tú no te vas a casar con éste.

Wyatt se tensó. —¿Y se puede saber por qué?

Ignorándole la miró a los ojos. —Si quieres podemos criar al niño solas. No le necesitas y no tienes que casarte con él solo porque todo el mundo diga que es lo correcto. Nosotras no nos

guiamos por lo que opina la gente.

—Oye, guapa...

Romina negó con la cabeza mirando a su hermana. —No te metas en esto.

—Y una mierda. Eres lo único que me importa en este maldito mundo y no voy a dejar que este estúpido que se cree la leche te arruine la vida. —Romina sintió como la mano de su espalda se tensaba cuando su hermana se levantó. —Hablaremos mañana. Tengo que levantarme al amanecer para darle de comer a los animales. Buenas noches.

—Buenas noches, Cel —susurró viéndola salir del comedor. Miró a Wyatt que no parecía nada contento—. Te dije que no vinieras.

—Al parecer tienes unos cuantos secretillos. ¿Celia es tu hermana pequeña? —preguntó con ironía.

—Nació veinte minutos después.

—Oh, todo un récord.

—¡Mira, quería venir para despejar un poco y me lo has fastidiado por completo! ¡Así que ahora no te quejes!

—No, cielo... Si no me quejo. —Cogió el tenedor gruñendo al ver las judías. —Las odio.

—Celia no es tonta. Lo supo en el mismo momento en que te las sirvió la primera vez. Lo ha hecho a propósito. —Alargó la mano para coger su plato tirando las judías al suyo. —Hala, ahora cena y si es calladito mucho mejor.

—Menudo concepto que tiene tu hermana de mí —dijo indignado—. ¡Si no me conoce de nada! —Levantó las cejas escurriendo el bulto, pero él se dio cuenta. —¿Qué? ¡Soy un partido de primera! —Sin poder evitarlo se echó a reír por su indignación. —¿Qué? ¿Qué pasa?

—Wyatt, da igual como seas. Ha visto que no hay amor entre nosotros y para ella eso es suficiente. Podrías ser el mejor hombre del mundo que no te querría.

—Ya la haré cambiar de opinión —siseó antes de pinchar el filete y cortarlo como si quisiera matar a alguien.

—No, no lo harás.

—¡Claro que sí!

Le miró alucinada. —¿Y a ti qué más te da la opinión que tenga mi hermana si esto no es real?

Parpadeó girando la cabeza para clavar sus ojos en ella. —¡Pues lo que tienes ahí dentro es de lo más real!

—Sabes a lo que me refiero. No te hagas el tonto. En cuanto consigas de mí lo que quieres me darás puerta. Y al bebé también. —Suspiró levantándose y cogiendo el plato de su hermana y el suyo, sin darse cuenta de que le había dejado de piedra. Pasó la puerta abatible de la cocina y dejó los platos en la pila. No le gustaba desperdiciar la comida. Se la daría a los perros.

—¿Y qué crees que quiero de ti, nena? —preguntó tras ella sobresaltándola.

Le miró sobre su hombro. —No sé. Dímelo tú. Tenías un plan o algo así cuando nos acostamos la primera vez. Dímelo ya y acabemos con esto.

—Ese plan ha cambiado. —Dejó el plato a su lado y Romina se estremeció al sentir como la cogía de la cintura para que le mirara. —¿No te has dado cuenta todavía?

Su corazón saltó en su pecho. —En el hospital...

—Nena, me tomaste por sorpresa. Desde el principio. De hecho, no recuerdo un momento desde que estoy contigo en que no me hayas sorprendido. —No sabía si creerle y en sus ojos verdes Wyatt pudo ver su desconfianza. —¿Qué tal si estos días nos relajamos? Unas vacaciones sin pensar en nada.

—¿Me dejarás a sola con mi hermana?

—Sí. Tienes cuatro días para estar con ella todo lo que quieras y despellejarme a gusto.

—¿No temes que se lo cuente?

Él hizo una mueca. —Sé que se lo dirás. —Le miró sorprendida. —Estáis demasiado unidas para que intente impedir que se lo cuentes todo a tu hermana. Tarde o temprano te sincerarás.

—No tenía que haberle mentido. No lo había hecho nunca.

—No le has mentido. —Apartó su cabello de su hombro. —Estás embarazada y estamos comprometidos.

Romina sintió miedo. Miedo por lo que pensaría cuando se supiera todo y miedo porque nunca podría estar con él. Se apartó agachando la mirada. —Nunca me casaría contigo.

Wyatt se tensó viéndola salir de la cocina y siseó apretando los puños —Eso ya lo veremos.

Mirando el techo de la habitación suspiró escuchando la respiración pausada de Wyatt a su lado. Cuando había llegado a su cuarto, ella había fingido dormir y no la había molestado, lo que había sido un alivio. Escuchó como su hermana se levantaba y lentamente salió de la cama caminando en silencio por el pasillo para bajar las escaleras. Le sorprendió un poco entrar en la cocina y encontrarse con que estaba recogida. Su hermana estaba con la cafetera vacía en la mano. Se acercó y la besó en la mejilla. —Buenos días.

—Te has levantado temprano.

—No podía dormir. —Se sentó a la mesa de la cocina mirándola a los ojos y Celia apretó los labios. —Siéntate, tenemos que hablar.

Celia dejó la cafetera en el soporte y la encendió para acercarse a ella. Sacó la silla y se sentó ante Romina cogiendo sus manos como si necesitara sentirla. —Empieza desde el principio. Todo lo que has omitido estas semanas en las que me has mentido.

—Lo siento. No sabía cómo contártelo. —Agachó la mirada. —Empezaré desde que conocí a Wyatt porque ese momento cambió toda mi vida.

Wyatt bajó las escaleras y fue hasta la cocina. Se tensó al ver a Celia sentada a la mesa con la mirada perdida. —Buenos días.

Le miró como si le quisiera traspasado por un rayo. —Serán para ti.

—Vaya, empezamos bien la mañana. ¿Y mi novia? ¿Ha desayunado ya?

Celia se levantó lentamente. —Mira, podría hacerme la tonta y soltarte una trola sobre dónde está mi otra mitad, pero nunca me ha gustado irme por las ramas. Has venido buscando algo para presionarla y que haga lo que tú quieras, ¿no es cierto?

Él se tensó. —Veo que ya te lo ha contado todo.

—Al parecer el que no lo sabes todo eres tú. No sé cómo tienes la vergüenza de hacerle daño simplemente por ser agradable con tus abuelos. ¡Con tu sangre!

Wyatt salió de la cocina. —¡Romina!

—No está. Y no vas a volver a verla.

Él se detuvo en seco en la escalera y miró hacia la cocina. Celia estaba en la puerta con la escopeta en la mano. —Yo que tú bajaba eso.

—¡Y yo que tú me largaba cagando leches de mi propiedad!

—¡No me voy a ningún sitio sin ella! —Subió los escalones y Celia escuchó como entraba en todas las habitaciones llamándola a gritos. Cuando bajó furioso recorrió la casa antes de regresar al hall.

—No la vas a encontrar. Y no pienso dejar que le hagas más daño. —Él dio un paso hacia ella, pero Celia levantó la escopeta apuntándole a la cabeza. —Da un paso más. Lo estoy

deseando, cabrón retorcido.

—Quiero verla. ¡Quiero hablar con ella!

—¡Lárgate de mi casa!

—¡No es lo que piensas! Cometí un error...

—¡Cometiste muchos errores! ¡La utilizaste! ¡La convertiste en tu puta solo por lo que creíste de ella! ¡Y le pegaste cuando se reveló!

Palideció. —No fue...

—¿Intencionado? —preguntó con burla—. ¡La dañaste! —gritó con rabia—. Siempre ha sido ella la que me ha protegido a mí, pero te juro por lo más sagrado que esta vez voy a ser yo la que dé la cara por ella.

—No sé de qué me hablas.

—¡Porque no la conoces! —gritó dolida. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. No la conoces. No tienes ni idea de quién es.

—Pues cuéntamelo.

—¿Y que lo utilices para hacerle más daño? —dijo con desprecio mientras una lágrima caía por su mejilla.

—Dices que siempre te ha protegido. ¿De qué?

—¡Lárgate de mi casa! —Disparó al aire y Wyatt dio un paso atrás.

—Puede que ahora me echés, pero no la vas a separar de mí.

—Nunca ha estado a tu lado. Nunca has sido su pareja. Solo eres un cabrón que se ha aprovechado de su miedo a terminar en prisión de nuevo. Nos pasamos dos años allí y un pijo como tú ni se imagina lo que es eso.

La miró impresionado. —¿Os pasasteis? ¿Las dos? ¡Joder, explícamelo!

—Esa puta... ¡Teníamos que haberla matado por todo lo que nos hacía! —Disparó a sus

pies. —¡Lárgate antes de que pierda la paciencia!

Wyatt vio en sus ojos que estaba a punto de perder los nervios y él levantó las manos. —
Me voy.

—¡Más te vale! ¡Y como te vea de nuevo por aquí, te meteré un tiro entre ojo y ojo!

Fue hasta el coche mientras Celia no dejaba de apuntarle. Vio como la vigilaba por la luna delantera como si no confiara en que le pegara un tiro mientras arrancaba el coche, antes de acelerar a tope levantando polvo en su salida.

Celia bajó el arma al ver cómo iba hacia la carretera y cuando su coche desapareció miró a su derecha. Romina dio la vuelta a la esquina aún en camisón con los ojos llenos de lágrimas.

—Has hecho bien. Si hubieras vuelto a Nueva York con él, dominaría tu vida totalmente amenazándote con el niño y ya no tendrías escapatoria. Tienes que cortarle cuanto antes y separarte de él todo lo que puedas.

—Lo sé. —Su hermana la abrazó con fuerza al verla llorar. —¿Por qué siempre nos pasan estas cosas? —preguntó sollozando.

—No lo sé. Estaremos malditas como decía la abuela. Las hijas del pecado.

Oliver sentado tras su escritorio levantó la vista del montón de papeles que le había llevado su nieto y se pasó la mano por el cuello aún impresionado. —Es increíble.

—Te lo cuento porque es demasiado importante para ocultártelo y más en estas circunstancias.

—No te preocupes por la empresa, hijo. Tu puesto te lo has ganado a pulso. Ve a por ella y tráela a casa.

Wyatt apretó los labios. —Ya está en casa.

—No, hijo. Por eso regresó a Nueva York mientras que su hermana se quedó. Porque necesitaba huir de esto. Quería empezar de nuevo sin que la miraran por lo que se vio obligada a hacer. Celia es distinta. Considera que aquel es su hogar y después de sufrir su violación quiso regresar a lo que conocía. Allí se siente más segura. —Su nieto se levantó para ir al mueble de las bebidas y se sirvió un whisky. Oliver le miró fijamente. —¿Qué has hecho con esa niña para que tuviera necesidad de regresar a eso?

—Joder, abuelo... —Bebió su whisky de golpe y se sirvió otro antes de mirarle. —Metí la pata desde el principio. No sé si va a perdonarme lo que le he hecho. Lo que le he dicho.

Oliver se levantó y se acercó a él. —No dejes que piense que no es importante, Wyatt. Necesita sentirse querida. Necesita que la protejan por primera vez en su vida. Si no vas a ser ese hombre, olvídate de ella porque esa niña tiene derecho a ser feliz. —Caminó hacia la puerta. —Me parece increíble que con todo lo que han pasado sea una mujer tan maravillosa. —Su abuelo se detuvo en la puerta. —¿Cómo es su hermana?

—Celia la protegería con su vida, pero hay algo en ella... En sus ojos... Ellas son iguales por fuera, pero a la vez muy distintas. Tiene la mirada triste, dura. No es feliz, pero me dio la sensación por la alegría de Romina al verla, que la encontró mucho mejor.

—Pobre muchacha. Ella ha sufrido más y su violación es relativamente reciente. ¿Le encontraron? Ese informe no lo pone.

—Sí. Le dejaron en libertad bajo fianza antes del juicio y murió apuñalado y degollado en un callejón.

Oliver levantó una ceja. —Menuda casualidad, ¿no crees? —Se echó a reír. —Estas niñas... —Le guiñó un ojo. —Has tenido mucha suerte, ¿no te parece? Me pregunto por qué. Quema esos papeles y encárgate de borrar sus pasados.

Asintió viéndole salir y se sirvió otro whisky sentándose en el sillón de su abuelo. Vio sus fichas policiales y la foto de la hija de puta que las había cuidado después del fallecimiento de su

madre. Tenía la cara amoratada. Con rabia arrugó el papel en su mano dejando a la vista la fotografía de la madre de las gemelas que había sido detenida por prostitución. Era igual que ellas. Apartó la foto para ver la de su padre y se bebió el whisky de golpe. Menudo cabrón. Pero el verdadero culpable de todo no era él. La foto de la abuela apareció bajo la suya. Su rictus mirando la cámara mostraba una mujer de carácter. Aquella bruja había echado a su hija de casa con diecisiete años por no querer casarse con un vaquero de la zona. Terminó mudándose a Houston y allí conoció al cabrón con el que se casó. James Griffin le daba continuas palizas y después de unos años juntos le echaron del trabajo que tenía en la construcción. Así que la obligó a prostituirse. Una noche ella volvió a casa y él borracho como una cuba, le dio una paliza que la mató al desnucarla. Las niñas tenían siete años. En manos de su abuela, ésta las odiaba. Pero ante el pueblo aparentaba que no era así. Como era mayor para atenderlas, contrató a una mujer para que cuidara a las pequeñas y ahí empezó su otro calvario porque los castigos eran muy duros. Vio una foto de las gemelas con sus vestidos azules iguales y su melena por la cintura. Se cogían de la mano sonriendo a la cámara, pero en sus ojos había vacío. Un vacío aterrador.

Terminaron en el reformatorio después de que aquella zorra pegara a Celia más de lo habitual. Romina que también estaba molida a golpes, temiendo por su hermana, se tiró sobre la mujer y le dio patadas en la cabeza casi matándola. El sheriff de entonces las detuvo a las dos porque ambas dijeron que lo habían hecho, pero los informes psicológicos demostraron que Romina fue la que se defendió. A pesar de eso la fiscalía alegó que ellas lo habían hecho intencionadamente para matar a la mujer con la excusa de la paliza, porque Romina en su diario escribió que la mataría. Que mataría a esa bruja y a su abuela en cuanto pudiera. Eso fue lo que las condenó y ambas acabaron en el reformatorio dos años. Allí fue donde aprendieron un oficio. Ambas aprendieron una profesión y tenían informes excelentes de sus profesores. Se habían metido en líos un par de veces, pero precisamente por los informes de sus cuidadores las dejaron en libertad en cuanto cumplieron dieciocho años. Ahí es cuando fueron a Nueva York y no les fue mal. Habían iniciado una nueva vida mientras su abuela se había convertido en una paria en el

pueblo hasta que falleció de una embolia. Parecía que iban a salir adelante cuando sucedió lo de Celia.

Wyatt apretó el puño sobre la mesa pensando en aquella maldita bofetada y tiró el vaso de whisky a la chimenea encendida. No le perdonaría. Nunca lo olvidaría como nunca olvidaría lo que le pasó. C cogió los informes y los tiró a la chimenea. La cara de Romina sonriendo mientras se consumía por las llamas le encogió el corazón, porque puede que nunca más volviera a verla y miles de sonrisas, miles de palabras que habían salido de su boca acudieron a su memoria. Solo que no habían sido sonrisas ni palabras dirigidas a él. Todas habían sido dirigidas a sus abuelos. Frunció el ceño mirando el fuego. Era hora de cambiar el pasado.

Capítulo 7

Romina guiñó un ojo a la clienta y gritó —¡Dos hamburguesas con queso y patatas!

—Marchando —dijo Carl desde la cocina.

Ella le sonrió dejando la comanda sobre la encimera de acero para entrar en la barra y servir las dos colas. De paso llenó la taza del sheriff. —¿Un día duro, jefe?

—Malditos turistas. Una caravana se ha salido de la carretera. Me he pasado toda la mañana intentando ayudarles.

—Eso merece que al café te invite la casa. —Le sonrió mientras escuchaba a Carl protestar desde la cocina.

Rió por lo bajo. —¡Calla, tacaño!

—¡Se lo diré a Molly!

—Bah, me adora. —Molly entró en ese momento caminando con la muleta e hizo una mueca al ver la cafetería casi llena. —¿Ves?

El sheriff se echó a reír. —Cierto, ¿Molly cómo te ha ido?

—Esa maldita fisioterapia... Seis meses ya. Maldito accidente de coche y maldito ciervo y maldito todo.

—Molly te espero en misa el domingo —dijo el padre McAdams divertido.

—Padre no me agobie. ¡Tengo cuarenta y siete años, cuatro hijos y estoy lisiada! Deme un respiro.

Todos en la cafetería se echaron a reír. —Molly cuando quieras me caso contigo, ya lo sabes. —dijo el viejo Matt desde su mesa de siempre.

—¡Lo que me faltaba!

Las risas continuaron y ella le guiñó un ojo. —¿Cómo te va, cielo? —Se sentó en un taburete al lado del sheriff y se apartó un mechón negro de la mejilla.

—Muy bien. Deberíamos pensar en abrir más horas.

—Eso son otro cocinero y más camareras. No hay tantos vecinos para eso. —Y levantó la voz —¡Además consumen muy poco! —Los vecinos protestaron haciéndola reír. —Igual cuando esta pierna me funcione en condiciones. Aunque va para largo. —Cogió la taza de café que Romina le acababa de servir. —Además, ¿para qué quieres más horas si en nada tendrás a ese retoño que estás esperando?

Se sonrojó con fuerza. —¿Quieres hablar más bajo?

—Niña, ya lo sabe todo el mundo —susurró el sheriff.

Como un tomate se volvió pasándose la mano por el vientre. Ella creía que no se le notaba. Solo estaba de tres meses y no tenía barriga. Los miró por encima del hombro. —¿Quién se ha chivado?

El sheriff tragó un sorbo de café. —Tu hermana que está deseando verle la carita. —La mataba. —No hace más que hablar de ello.

—¿No me digas?

—No tienes que avergonzarte —dijo Molly bien alto para que la oyera todo el mundo—. Con un hombre así pecaba cualquiera, ¿verdad, padre?

—Haré la vista gorda.

Se volvió con la jarra de café en la mano. —¿Qué has dicho?

—Que es guapo para morir y rico, eso se nota. Y esos ojos azules... Niña, hasta la zorra de tu abuela se levantaría para darle el visto bueno.

El sheriff asintió dejándola de piedra. —¿Le habéis visto? ¿Habéis visto a Wyatt?

—Claro. —Media cafetería miró hacia la calle a través del escaparate y ella atónita miró hacia allí para ver un cuatro por cuatro negro aparcado al otro lado, enfrente de la tienda de ultramarinos.

—Le he alquilado una habitación —dijo Molly—. Es un amor.

—¿Que has hecho qué? —preguntó sin aliento.

En ese momento entró el chico de la floristería con un ramo más grande que él. De hecho, casi no podía pasar por la puerta. —Jo, tía. Dile a tu novio que haga otro tipo de encargos que estos me desloman. —Dejó el ramo de pie en el centro de la cafetería y todas las mujeres suspiraron al ver las rosas de todos los colores rodeando una sola rosa roja. Mierda. Miró por el escaparate de nuevo hacia el coche, antes de levantar la vista hacia el piso de arriba de la casa de Molly.

—¿Y mi propina? —preguntó Joe de mala leche.

En ese momento vio pasar a su hermana corriendo por delante del escaparate y gimió porque ya se había enterado. Entró en la cafetería con la respiración agitada. Todos se la quedaron mirando y se sonrojó un poco. —¿Qué pasa? Vengo a por un café.

—Sí, ya —dijo el sheriff divertido.

Se acercó a su hermana y siseó —Ese cabrito ha vuelto.

—Lo sé. Me ha enviado flores —dijo con ironía.

Su hermana miró atónita el enorme ramo. —¿Eso no se utiliza en los funerales?

Joe jadeó indignado. —¡Mi madre ha hecho un trabajo de primera, hermosa! Este ramo sería la envidia de cualquiera. —Varias suspiraron dándole la razón. —¡Mi propina!

Molly reprimió la risa. —Toma, chico. Nadie pide las propinas de manera más delicada.

—Es que si no se escaquean. —El chico se sacó la gorra del bolsillo trasero del pantalón y se la puso antes de coger los cinco pavos.

—Te aprovechas porque tu madre es la única florista en treinta kilómetros —dijo Celia sin cortarse.

—Pues sí —dijo con descaro antes de salir de la cafetería.

Vieron como saludaba a alguien y todos miraron al otro lado de la calle. A Romina se le cortó el aliento al ver a Wyatt, que sonriendo a Joe bajaba en ese momento la mano después de saludarle. Estaba tan guapo... Su corazón brincó en su pecho sin poder evitarlo. Cuando miró hacia allí sus ojos coincidieron, pero ella se apartó rápidamente sintiéndose estúpida.

—Le mato —dijo su hermana entre dientes—. Vete a casa.

—No puedo estar huyendo toda la vida.

—Trae tarjeta. —Se volvieron hacia Molly que sin cortarse un pelo estaba sacando la tarjeta del sobrecito.

—Eh, ¿qué haces?

—Es que sino no nos enteramos.

—¿Qué pone? —preguntó el sheriff estirando el cuello.

—Sé que no me lo merezco, pero tengo que hablar contigo. —Hizo una mueca dándole vuelta a la tarjeta. —No es muy romántico.

—¡Es que Wyatt tiene de todo menos romanticismo! —exclamó ella arrebatándole la tarjeta—. Celia tira el ramo a la calle.

Su hermana sonrió con malicia agarrando el ramo por el extremo superior y tirando de él. Juró por lo bajo cuando las flores de arriba se desprendieron y Molly puso los ojos en blanco cuando los pétalos de las rosas se esparcieron por el suelo de linóleo. —Niña, ¿no puedes doblar el espinazo? ¡Lo vas a poner todo perdido!

Ni corta ni perezosa su hermana se agachó levantándolo. —Esto pesa un quintal.

—Los dineros que le habrá costado al pobre —dijo el sheriff—. Estas mujeres no

aprecian nada.

Jadeó asombrada viendo que toda la cafetería estaba de su parte. —¡No sabéis de lo que habláis!

—Como no nos lo cuentas... —Molly se encogió de hombros. —Luego no te quejes si sacamos conclusiones por lo que vemos.

Furiosa fue hasta la cocina donde el cocinero estaba poniendo la oreja con descaro. —¿Y las hamburguesas?

—Hostia. —Se volvió a toda prisa.

—¡Cómo las hayas quemado por cotillear te las descuento del sueldo!

—Uy, uy, qué mala leche se te está poniendo. ¡Celia, no puedes dejarlo ahí! —protestó el sheriff—. ¡Estorba en la vía pública!

Su hermana entró satisfecha, limpiándose las palmas de las manos. —Pues detenme.

El sheriff gruñó cogiendo su taza de café. —Por no rellenar los papeles...

Con curiosidad miró al escaparate para ver que Wyatt muy serio observaba el ramo en la acera antes de sonreír de medio lado. Celia jadeó ofendida. —¿De qué se ríe este idiota?

Levantó una ceja mirándolas y se volvió entrando en la casa de huéspedes de Molly. Frunció el ceño porque eso no era propio de Wyatt.

—¿Qué hace? —preguntó su hermana con la mosca tras la oreja pensando lo mismo que ella.

—Ni idea.

—¡Las hamburguesas!

Se volvió hacia el mostrador y cogió los dos platos. Sin poder evitar mirar a la acera de enfrente sirvió a los chicos antes de regresar a la barra. Distraída cogió la jarra de café y sirvió al sheriff. —Niña, ya me he tomado tres. ¿Quieres matarme?

—Oh, perdona.

Celia se sentó al lado de Molly. —Menuda mala leche que tienes dándole una habitación.

—Niña, déjame divertirme un poco. Estáis muy misteriosas con ese guaperas.

—Ahora soy el entretenimiento del pueblo —dijo Romina irónica.

—Siempre lo habéis sido. —Molly se dio cuenta de lo que había dicho y perdió la sonrisa de golpe. —Lo siento, yo no quería decir...

—Déjalo, Molly. Sé que no lo has dicho con mala intención.

Su socia suspiró del alivio mientras ella miraba el escaparate de nuevo y Celia apretó los labios antes de que fuera a quitar los platos de una de las mesas y decirles que les llevaría la cuenta.

—Está de los nervios —susurró Molly—. ¿Le echo?

Celia miró sus ojos castaños pensando en ello fríamente. Si le echaban de la casa de huéspedes ese ricachón era capaz de alquilar una casa. —No, deja que muestre sus cartas. En tu casa podemos controlarle.

Molly asintió entrecerrando los ojos. —No le perderé de vista y pegaré la oreja.

—Bien.

—Celia, ¿no tienes trabajo? —preguntó su hermana desde la caja.

—¡Mierda! ¡Le he dejado las mechas puestas a la señora Worth!

Salió corriendo y Molly se echó una carcajada. —Pobre mujer, si ya le quedan cuatro pelos.

—Pues seguro que ahora estarán chamuscados. Se pondrá muy contenta. —Miró hacia el escaparate de nuevo y el sheriff miró sobre su hombro para ver que no había nadie.

Cuando Romina se puso a limpiar una mesa con vigor, Molly y Robert se miraron antes de que él susurrara —Estaré por aquí. Si ves algo raro, avísame.

—Claro, cielo. No te preocupes. —Le guiñó un ojo haciéndole sonreír y él se acercó para besar sus labios. —Venga, que estás de servicio —dijo divertida.

—No fuerces la pierna.

Sonrió viéndole salir de la cafetería y Romina se acercó a la barra para recoger su taza. —¿Te lo ha pedido? —preguntó ella viéndola coger la muleta.

—Niña, yo no me caso más y Rob lo sabe de sobra. Prefiero vivir en pecado.

—Te he oído, Molly. No faltes el domingo a misa. Voy a hacer un sermón especialmente dedicado para ti.

Molly rió guiñándole un ojo al cura. —Cuida del fuerte, Romina.

—Yo me encargo. Descansa que siempre estás agotada después de la fisio.

—Eres un cielo —dijo empujando la puerta de cristal

Se pasó nerviosa toda la tarde deseando que llegaran las cinco, que era cuando cerraban porque no abría para las cenas. Tenía los pies molidos. Cuando habló con Molly para llevar el local mientras ella se recuperaba no se imaginó que caminaría tanto todo el día. Pero era el único trabajo que podría conseguir allí y la verdad es que ganaba más de lo que ganaba haciendo uñas, así que no era todo malo. Necesitaba ahorrar para cuando tuviera el bebé porque necesitarían llevarle a la guardería. Cerrando la puerta del restaurante miró de reojo al otro lado de la acera. ¿Qué rayos estaría haciendo allí? ¿Qué iba a querer? Utilizarla. Seguro que ahora estaba cabreado porque su abuelo había invertido el dinero para nada.

Preocupada caminó por la acera en dirección a la peluquería cuando la cogieron del brazo metiéndola en el callejón. Sin aliento miró los ojos azules de Wyatt. —Hola, nena —dijo mirándola de una manera que le cortó el aliento porque parecía que la deseaba más que a nada.

Dio un paso atrás soltando su brazo, odiándose a sí misma por lo que sentía cuando la tocaba. —¿Qué haces aquí?

Él apretó los puños enderezándose. —Quiero que vuelvas.

—Tú no estás bien de la cabeza. —Intentó volverse, pero él la cogió pegándola a la pared. —Suéltame —siseó mirando hacia la calle mayor.

—Sé que metí la pata desde el principio y que no te creerás nada de lo que te diga, pero venía a disculparme.

Era cierto, no se creía una palabra, así que entrecerró los ojos. —¿Por qué te disculpas exactamente?

—Por ser un gilipollas que no vio lo que tenía delante. Por dejarme llevar por las apariencias. Por ignorar cómo eras con mis abuelos para seguir teniendo la opinión que ya me había formado de ti y no sentir remordimientos cuando te trataba como una mierda y tú me respondías con rebeldía. —Los ojos de Romina se llenaron de lágrimas pendiente de cada una de sus palabras sintiendo que su corazón volaba. —Pero sobre todo quiero que me perdones esa bofetada, nena. Esa maldita bofetada que no me deja dormir por las noches y que me tortura cada vez que cierro los ojos porque por un momento, por un maldito momento me creí con derecho a hacer lo que quisiera contigo y me arrepiento cada minuto de cada día. —Las lágrimas rodaron por su mejilla. —Joder, preciosa no llores —dijo preocupado—. Odio hacerte llorar y no es la primera vez que lo hago.

Ella sorbió por la nariz pasándose las manos por las mejillas. —Tengo que irme. Celia... —Agachó la mirada dando un par de pasos fuera del callejón y susurró —Te perdono, pero vete de aquí.

Wyatt apretó los puños viéndola alejarse a toda prisa como si tuviera miedo de él y cerró los ojos impotente antes de llevarse las manos a la cabeza.

Romina caminó rápidamente por la calle y miró sobre su hombro. Cuando llegó a la

peluquería entró a toda prisa para ver a su hermana cogiendo su bolso y al ver su rostro se tensó.
—¿Qué ocurre?

La miró a los ojos temblando por dentro porque aún no se lo podía creer. —Me ha mirado como si me quisiera. Como si me amara. —Dos lágrimas cayeron por sus mejillas. —No quiero ser como mamá.

Celia tomó aire y llamó suavemente a la puerta. —¿Sí? —preguntaron desde dentro.

—Soy Celia.

—¿Has traído la escopeta?

Gruñó poniendo los brazos en jarras. —¿Abres o no? ¡Tendrás que arriesgarte!

La puerta se abrió y se encontró con Wyatt en vaqueros y camiseta. No parecía el pijo que había conocido. De hecho, tenía mala cara con ojeras alrededor de sus ojos. Él se puso a un lado y ella entró en silencio mirando a su alrededor para ver dos envases del restaurante de las afueras del pueblo. —No quería incomodarla en la cafetería —dijo él recogiendo los envases y tirándolos al cubo de la basura—. ¿Una cerveza?

—Esto no es una visita social. —Decidió ir al grano para que no se confundiera. —Vete del pueblo.

Él suspiró volviéndose para mirarla a los ojos. —¿Romina quiere que me vaya?

—¿No te ha quedado claro ya? ¿Qué pasa, que necesitas un croquis?

—Mira, no quiero cabrearte, pero no me voy a ningún sitio hasta que mi mujer se dé cuenta de que va a volver a casa conmigo.

—¿Tu mujer? —preguntó con desprecio—. ¿Acaso es propiedad tuya?

—No lo tomes por ahí. ¡Yo no soy como tu padre!

Celia palideció. —Pues ahora mismo tienes toda la pinta.

—Perdona si tengo carácter. ¡Fui un cabrón, lo reconozco! ¡Pero no soy un maltratador!

—¡Le pegaste!

—Fue sin pensar, me insultó y...

—Claro, no querías hacerlo.

Wyatt se enderezó. —Sé que no tengo justificación.

—¡No, no la tienes!

—Esto te viene de perlas, ¿verdad?

A Celia se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Ya tienes a tu hermana de vuelta en un trabajo que odia y en un pueblo que aborrece. —

Celia palideció. —¿Y sus sueños? ¿Y su profesión?

—Huye de ti. ¡No me echas a mí la culpa! Y tus palabras me demuestran que eres un cerdo manipulador.

—¿Manipulador? ¿Qué le dijiste esa mañana? ¡La convenciste para que lo abandonara todo cuando hasta hacía solo un día antes estaba dispuesta a luchar por su salón de belleza! ¡Si no le hubiera importado se hubiera ido de Nueva York desde que me conoció cuando amenacé con denunciarla! ¡Pero se quedó! ¡Y puede que la presionara, pero cada vez que estábamos juntos no se resistía a mí porque lo deseaba tanto como yo! ¡Puede que después se arrepintiera! ¡Puede que se sintiera sucia por mi comportamiento con ella! ¡Pero mientras estábamos juntos, mientras nos amábamos no había nada más fuera de ese dormitorio! —La señaló con el dedo. —¡Y voy a hacer lo que sea para que vuelva conmigo y para que me perdone! ¡Cómo si me cuesta toda la maldita vida y tengo que quedarme aquí! ¡Pero yo no me voy de este pueblo sin mi mujer!

Celia apretó los labios. —¿Qué le tenías preparado? —La miró sin comprender. —Cuando la convertiste en tu amante le dijiste que más adelante haría un trabajo para ti.

Wyatt juró por lo bajo y se sentó en la cama apoyando los codos sobre sus rodillas mirando al suelo como si estuviera agotado. —¿Tan malo es? —preguntó irónica.

—Llego a casa de mis abuelos y me encuentro una mujer preciosa que vive en el sótano por una renta de risa. Y encima me entero de que mi abuelo ha comprado un local para ella para su salón de belleza. Comían de su mano y por nada del mundo quería que nada les hiciera daño, así que la amenacé para que se fuera.

—Pero no te hizo caso.

—No. Lo vi todo rojo y más después de lo que me había dicho el detective.

—Que había estado en el reformatorio y que nuestra madre era una puta.

Él se apretó las manos con fuerza. —Estaba tan furioso... —Negó con la cabeza sin levantar la vista. —Todavía no me creo lo que le dije. Cuando me di cuenta de que me deseaba... No sé. No tengo excusa. Le mentí.

—¿Le mentiste?

Wyatt levantó la vista mirándola con tristeza. —Le dije que nos acostaríamos y que después haría un trabajo por mí a cambio del salón de belleza. Pero no era cierto. Lo dije sin pensar y cuando me exigió aquella noche que me dijera que tenía que hacer para librarse de mí, no sabía por dónde salir y cuando me insultó... —La miró a los ojos. —Pero te juro por lo más sagrado que era mentira. Todo me tomó por sorpresa.

Celia se quedó sin palabras viendo la tortura en su rostro y más cuando agachó la mirada avergonzado de sí mismo. —Su pasado siempre estará entre vosotros.

—Eso no me preocupa.

—Tu posición...

—Nadie sabe en Nueva York su pasado y nadie lo sabrá nunca. —La miró a los ojos. — Me he encargado de ello.

—¿Qué has hecho?

—Solo tienes que saber que si alguien hurga en vuestro pasado de nuevo no encontrará nada.

—¿Lo has hecho por la empresa o por mi hermana?

—Lo he hecho por nosotros —respondió sinceramente—. Porque tu hermana se vuelve conmigo y no quiero que ningún cabrón periodista aproveche esto para sacar tajada. No quiero que tu hermana vea su nombre en los periódicos ni quiero que los accionistas se tiren sobre mí para hincarme el diente como algunos están deseando. Puede que me consideres un niño pijo, pero he trabajado muchísimo por el puesto que tengo ahora y no voy a dejar que me lo quiten.

Celia respiró por la nariz mirándole fijamente. —Si vienen por aquí...

Él negó con la cabeza. —Nacisteis en Houston. No darán con el pueblo, o al menos eso creo.

—Lo sabes todo, ¿verdad? —Él la miró a los ojos y asintió haciéndola palidecer. —En el pueblo no saben nada de esa maldita noche —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Y nunca lo sabrán si tú no quieres. Eso te lo juro. —Celia asintió yendo hacia la puerta. —Fue ella, ¿verdad? Ella tuvo algo que ver en la muerte de ese cabrón, ¿no es cierto?

No se hizo la tonta porque sabía de sobra de que hablaba. —Te juro que como lo utilices contra ella...

—Gracias.

Le miró sorprendida. —¿Por qué?

—No tenías por qué decírmelo.

—No soportaba la culpa. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Se sentía responsable por lo que me ocurrió. Siempre ha cuidado de mí. —Él asintió. —Todo siempre ha sido culpa mía. Si no me hubiera protegido...

—Eres su hermana. La única familia que tiene. Te quiere más que a sí misma.

—Por eso le dije que se fuera a Nueva York. Se volvía a sacrificar por mí y no podía soportarlo. —Él apretó los labios. —Pero no estabas equivocado. Me alegré de su vuelta.

—La echabas de menos.

—Como has dicho es la única familia que tengo, pero creía que lo hacía por su bien. Nunca he querido perjudicarla y todavía no sé si eres lo mejor para ella.

Wyatt sonrió. —¿Tengo que conquistarte a ti también?

—Si no la haces feliz, te juro que te corto las pelotas.

Salió de la habitación y Wyatt suspiró del alivio porque sabía que acababa de pasar una prueba durísima. Aunque todavía le quedaba convencer a Romina y no iba a ser fácil.

Capítulo 8

Romina salió al porche con su café descafeinado y se sentó en la barandilla viendo como amanecía. Su hermano salió en ese momento y la observó sentándose en la silla de mimbre. — ¿Una mala noche?

—¿Qué te ha dicho? —Giró la cabeza para mirarla. —Sé que fuiste a verle después de que me fuera a la cama. ¿Se ha ido?

—¿Quieres que se vaya? —Romina la miró sorprendida. —¿Realmente quieres que se vaya de tu vida?

Sintió un nudo en la garganta y apartó la mirada hacia el horizonte. —Es el único hombre por el que he sentido algo.

—Sí, aquel gilipollas de cuando llegamos a Nueva York fue un error total. —Sonrió sintiendo como se acercaba a ella y le acariciaba la espalda. —Eres la persona más valiente que conozco.

La miró emocionada. —Esa eres tú.

—No, yo soy de esas personas que se dejan llevar por la corriente y tú luchas, patealeas hasta perder las fuerzas para intentar conseguir lo que quieres. —Acarició su mejilla para que la mirara. —Te quiero más que a nada en la vida. Y lo que más deseo en este mundo es que seas feliz. —Los ojos de Romina se llenaron de lágrimas. —Si eres feliz con ese gilipollas, yo lo comprendo, ¿sabes? —Se echó a reír sin dejar de llorar. —Oye, hay gustos para todo. No tienes que avergonzarte porque tuvo una mala reacción en un momento y le perdones por eso. Además, te conozco muy bien. Si se pasara tres pueblos, le cortarías los huevos como lo hiciste antes para protegernos.

La miró con miedo. —No le temo a él. Temo lo que siento cuando estoy a su lado.

Acarició su espalda. —Porque hasta ahora lo más importante en tu vida he sido yo y te asusta entregarte a un hombre que nunca ha demostrado que le importas. Igual tienes que descubrir por qué está aquí. Que es lo que le interesa tanto de ti para regresar a buscarte cuando tu pasado podría perjudicarlo. —Se miraron a los ojos. —Eres la persona más maravillosa que conozco, pero tienes que reconocer que nuestro pasado siempre estará ahí y por mucho que él intente ocultarlo, cualquiera puede averiguar lo que nos ha sucedido si tiene el suficiente interés.

—Así que lo sabe todo. —Suspiró mirando la silueta del sol que empezaba a asomar a lo lejos.

—Sí, lo sabe todo. —Hizo una mueca. —O casi todo. Ha supuesto que tú mataste a ese cerdo y eso no le ha asustado para venir hasta aquí cuando podía olvidarse de ti y de vuestro hijo para seguir con su vida como si no existieras.

Sorprendida se volvió. —¿Estás loca? ¡Puede utilizarlo para presionarme! ¡Podría ir a la cárcel!

—Se lo imaginaba, Romina. Y el hombre que vi ayer en esa habitación parecía torturado por cómo se había comportado contigo y lo suficientemente desesperado por tu perdón como para hablar conmigo y darme explicaciones cuando no tenía por qué.

—Quiere algo. ¡Tiene que querer algo! —gritó desesperada.

La miró incrédula y sintió pena por ella. —No puedes creerte que él te quiera, ¿verdad? No quieres sufrir cuando te rechace como cuando la abuela nos recibió en su casa. Tú estabas ilusionada por nuestra nueva vida y cuando en este mismo porche nos dijo que éramos las hijas del pecado y que jamás seríamos sus nietas, que solo nos acogía por lo que diría la gente, vi tu reacción. No me dijiste nada, solo me consolaste, pero tú sufrías mucho más que yo porque te habías hecho ilusiones.

—¡Esa zorra! —siseó con rabia—. ¡Si hubiera podido habría quemado la casa para que no

la heredáramos!

—Echó a su propia hija de casa. ¿Qué esperabas?

Levantó la barbilla. —Pues si ese antecedente debía haberme puesto en guardia respecto a la abuela, no pienso ignorar todo lo que ha pasado con Wyatt para llevarme otro chasco cuando descubra que es lo que quiere con mi regreso a Nueva York, porque si tanto le interesaba ha tardado dos meses en volver.

Entró en la casa toda prisa intentando reprimir las lágrimas y Celia apretó los labios porque se negaba a darle una oportunidad y lo entendía perfectamente. Porque abrir su corazón suponía que él pudiera hacerle daño de nuevo. Lo que su hermana no entendía era que ya estaba sufriendo porque las veces que la había escuchado llorar por las noches indicaban que no le había olvidado.

Romina estaba colocando los servilleteros sobre las mesas y escuchó que se abría la puerta. Se volvió sonriendo para ver que Wyatt entraba como si tal cosa. —Buenos días, nena. No sabía que abrías tan temprano. Son las ocho.

Se tensó perdiendo la sonrisa de golpe. —¿No te dije que te largaras de aquí?

—No fueron exactamente tus palabras.

—Ah, ¿no?

Se sentó en una mesa como si nada y miró a su alrededor. —Está abierto, ¿no? Como no hay nadie... ¿Dais desayunos?

—¡Claro, amigo! —gritó Carl desde la cocina—. ¡Marchando un desayuno completo!

Ella apretó los labios. —Esto no tiene gracia.

—Tengo hambre. ¿Le vas a negar comida a un hambriento?

En ese momento llegó Molly y sonrió. —Buenos días. Vaya, forastero... te has levantado temprano.

—No he dormido muy bien —dijo sin dejar de mirar a Romina.

—Espero que no fuera el colchón.

—No, la habitación es perfecta.

—Romina, ¿no sirves café a este hombre tan atractivo?

Gruñendo se alejó para rodear la barra y cogió la cafetera que acababa de llenarse. Cogió dos tazas y sirvió primero a Molly, que ya estaba sentada en su sitio en la barra, y le dijo por lo bajo —A ti ya te daré lo tuyo.

Su socia rió con ganas sin cortarse. —Lo estoy deseando.

—Nena, ¿qué tal el embarazo?

Acercándose a la mesa se tensó fulminando a Wyatt con la mirada. —¿Qué has dicho?

—Como no he podido ir a las revisiones contigo... ¿Es niño o niña?

—Todavía no lo sabe.

—¡Molly!

—Hasta dentro de una semana no le hacen la ecografía.

—Está claro que la discreción es lo tuyo.

—¡Se lo puede contar cualquiera! ¡Tu hermana lo cuenta a los cuatro vientos! —dijo indignada.

—Otra con la que tengo que hablar.

—Es que algo tiene que contar en la peluquería. A ella le cuentan sus cosas y ella tiene que corresponder.

—¡Pues que cuente su vida!

Molly hizo una mueca. —Es que no tiene vida. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Es que esta niña... —Negó con la cabeza. —Da la sensación de que no se fía de los hombres. Y eso que la han pretendido la mitad de los solteros del pueblo.

Muy tensa miró a Wyatt que apretó los labios. —Será que no ha encontrado el hombre de su vida —dijo él como si nada antes de mirarla a los ojos—. Cuando le encuentre nada les separará. Nada.

Se le cortó el aliento y ni se dio cuenta de cómo se derramaba el café sobre la mesa. —
¡Niña!

Sobresaltada miró a Molly antes de mirar la taza de Wyatt. —¡Mierda! —Cogió la bayeta limpiando el estropicio y sonrojándose con fuerza.

—¿Cómo te gustan los huevos? —preguntó Carl desde la cocina.

—Fritos. ¡Le gustan fritos!

Wyatt sonrió. —Qué bien me conoces, preciosa. ¿Cuándo libras?

—El domingo. Es cuando cerramos. Aquí no abre nada el domingo. Si quieres llevarla por ahí tiene que ser al restaurante de las afueras del pueblo.

—Gracias por la información, Molly —dijo divertido mientras Romina parecía a punto de gritar—. Como pasado mañana es domingo, podíamos ir a Houston a dar una vuelta.

—Tengo mucho que hacer, pero gracias por la invitación. ¿Dónde está ese desayuno? —
gritó a los cuatro vientos.

—No tengo prisa.

—¿Y el trabajo? ¿No deberías estar atendiendo esa empresa en la que estás obsesionado?
—preguntó con mala leche.

—Pueden arreglarse sin mí. Además, está el ordenador. Si hay algo urgente siempre pueden localizarme. Mi ayudante está a todo. Tengo mucha suerte con él.

—Sí, ten cuidado no se canse y te dé la patada por algo mejor.

Sonrió por la indirecta. —De momento no ha encontrado otra cosa mejor como no lo encontrarás tú, preciosa.

Molly silbó. —Haya paz.

En ese momento entró Ashley McAdams, el sobrino del cura, que tenía el rancho de caballos más grande de la zona. Sonrió mirando sus ojos grises. —Buenos días, Ashley.

—Buenos días, Romina. —Se quitó el sombrero dejándolo sobre su mesa mostrando su cabello rubio impecablemente cortado. —Molly...

—Ashley, ¿conoces al novio de Romina? —preguntó con cachondeo.

Frunció el ceño mirando a Wyatt. —No sabía que tenías novio, Romi.

Wyatt se tensó levantándose y alargando la mano. —Wyatt Ainsworth.

—Ashley McAdams.

—Mucho gusto.

Se hizo un silencio incómodo mientras se evaluaban. —No es mi novio —dijo Romina rápidamente haciendo que los dos la miraran. Se sonrojó con fuerza—. Bueno, pero es el padre de mi bebé.

—¿Tienes un bebé? —Ashley no salía de su asombro.

—Éste no se entera de nada metido todo el día entre caballos. —Molly sonrió. —Romina está embarazada.

Ashley sonrió encantado. —¡Felicidades! —Su expresión relajó a Wyatt antes de que le mirara y le diera una palmada en el hombro. —Es estupendo. ¿Y has venido para quedarte en el pueblo?

—No, he venido a convencerla de que regrese a Nueva York —dijo sin cortarse.

Levantó sus cejas rubias antes de carraspear. —Ah, que se te resiste.

—Debe ser de familia, ¿verdad Ashley? —preguntó Molly con recochineo—. Las Griffin son un poco cabezotas.

—¿Le has tirado los tejos a mi hermana? —preguntó Romina con asombro.

—¿Yo? —Miró a Molly como si estuviera loca. —¡Solo la invité a un café un día que la vi aquí! ¿Es que estás loca, mujer?

—¿Qué pasa? ¿Que no te gusta? Les gustan a todos.

—¿No me digas? —preguntó Wyatt molesto—. Nena, ¿tienes algo que contarme?

—¡No! ¡Y no tienes derecho a reclamarme nada! ¡A saber lo que has hecho tú en Nueva York!

—¡Trabajar como un cabrón para conseguir la presidencia!

Le miró ilusionada. —¿Ya eres presidente?

Wyatt sonrió. —Sí, preciosa. Desde hace dos semanas.

—¿Y cómo se te ocurre irte ahora? —preguntó indignada—. ¡Ahora es cuando más tienes que trabajar para demostrar lo que vales!

—¡Será que tenía a mi mujer a cientos de kilómetros, y embarazada además, sin saber nada de ella!

Se sonrojó de gusto y levantó la barbilla. —Tu abuelo tiene que estar muy contento.

—¡Lo sabrías si le llamas!

—¡El desayuno!

Avergonzada por el reproche se volvió cogiendo el plato mientras Ashley carraspeaba. —
¿Me sirves uno de esos?

—¡Marchando! —gritó Carl.

Se acercó a Wyatt que de pie seguía observándola. —No les he llamado para no complicar más las cosas.

—Y el salón de belleza sin inaugurar.

Abrió los ojos como platos. —Ya sabía yo que ibas a echármelo en cara.

—¡Será porque ha costado casi un millón de dólares! ¡Por cierto ya ha llegado el carísimo letrero que encargaste como todo lo demás! ¡Solo faltas tú!

—Niña, ya puede ser un salón de primera —dijo Molly asombrada.

Wyatt asintió. —¡Lo es!

Furiosa le tiró el contenido del plato sobre la cabeza. —¡Serás idiota! —gritó mientras él daba un paso atrás. El huevo cayó por su mejilla lentamente hasta que fue a parar sobre su hombro —. ¡Largo de aquí!

Él entrecerró los ojos mientras Molly se tapaba la boca con la mano y Ashley reprimía la risa. —Nena...

—Ni se te ocurra, Wyatt... que llamo al sheriff.

Él gruñó y cuando vio la decisión de su mirada, Romina chilló antes de salir corriendo. Antes de que pudiera esconderse tras la barra él la cogió por el brazo volviéndola. Cuando sus labios atraparon los suyos sintió como si la traspasara un rayo y la abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo para saborearla como si fuera lo más sabroso del mundo. Se separó lentamente mirando sus ojos y susurró —Vuelvo en diez minutos y espero que no me manches la camiseta, nena. No me he traído muchas. —Besó su labio inferior suavemente antes de apartarse de ella para ir hacia la salida.

Recuperándose suspiró sin poder evitarlo antes de sonrojarse porque Molly y Ashley la miraban reprimiendo la risa. —Tienes manchado el uniforme —dijo su socia como si nada.

Se miró la pechera del vestido para ver una tira de beicon enganchada en la plaquita con su nombre. La cogió como si nada levantando la barbilla. —¡Carl otro desayuno! ¡Con huevos fritos!

—¡Marchando!

Ashley sonrió sentándose en la mesa de Wyatt. —Me gusta ese tipo.

—Y a ella, aunque intente disimular.

Gruñó volviéndose para ir a por la escoba. —¡Meteos en vuestros asuntos!

Media hora después observaba desde la barra como Ashley y Wyatt charlaban animadamente. La cafetería ya tenía a los parroquianos de siempre que habían ido a desayunar y todos les observaban deseando saber lo que se estaban contando.

Gruñó limpiando la barra al ver que sonreían. Celia entró en ese momento y se detuvo en seco al ver quien estaba con Wyatt. Romina vio cómo se sonrojaba ligeramente antes de ir hacia Molly, sentándose a su lado. Miró a su izquierda levantando una ceja hacia su socia. —¿Qué haces tú aquí?

—Lo de medio pueblo. Intentar cotillear a ver si me entero de algo.

Romina se acercó sirviéndole un café.

—¿Qué hace hablando con McAdams?

La manera en que lo preguntó la tensó. Como si no confiara en lo que Wyatt pudiera decirle. —Parece que se llevan bien.

Celia miró sobre su hombro y cuando Ashley la miró distraído sin dejar de hablar con Wyatt, apartó la vista de golpe diciendo algo sonrojada —¿Me pones un sándwich?

—¿No quieres un desayuno?

—No, me lo comeré en la peluquería. Tengo trabajo. Y un café para llevar.

Romina asintió algo preocupada. Parecía que Celia se sentía atraída por Ashley y que estaba huyendo. Pensando en ello siguió trabajando de manera automática. Su hermana se fue en cuanto pudo sin despedirse siquiera y cuando Romina pasó al lado de la mesa de Wyatt él la cogió

de la muñeca. —Nena, ¿qué pasa?

—Nada —respondió sorprendida—. ¿Me dejas? Tengo trabajo.

—Eso nunca, preciosa. —Le guiñó un ojo soltando su mano y ella puso los ojos en blanco haciéndole reír. Al parecer se lo estaba pasando estupendamente y eso que había tenido que ducharse dos veces esa mañana. Gruñó porque se había puesto after shave otra vez. Qué bien olía el muy capullo.

La gente se fue yendo y vio como Ashley se despedía de él dejando cincuenta pavos sobre la mesa mientras Wyatt negaba con la cabeza antes de sonreír.

—Te llamaré —dijo Ashley pensativo antes de irse.

Con curiosidad se acercó. —¿Para qué tiene que llamarte?

—Cielo, son negocios. —Le cogió la mano. —¿Te vengo a buscar a las cinco para ir a dar una vuelta?

—¡No! —exclamó molesta porque no se lo contara.

Se alejó a toda prisa escuchándole reír. —¿Si te lo cuento saldrás conmigo?

Se detuvo en seco antes de volverse para mirarle con desconfianza. —¿Ya empiezas, Wyatt? ¿Siempre tienes que sacar algo a cambio?

Él hizo una mueca mientras empujaba la puerta de la cocina y la perdió de vista. —Joder —siseó levantándose.

—¿Quieres una pista?

Miró a Molly que con el dedo le indicó que se acercara. Él miró hacia la puerta antes de acercarse a toda prisa. —Me he dado cuenta de que eres un buen chico. Has metido la pata, ¿no?

—Hasta el fondo.

—Y quieres repararlo.

—Más que nada en esta vida.

Molly sonrió. —Cómprale regalitos, escríbele poemas, déjale una flor aquí y allá. Puede que penséis que está pasado de moda, pero a las mujeres nos encantan los cortejos como los de antes. Y cuando caiga llévala a bailar. Nada de sexo.

—No fastidies.

—Tiene que ver que te importa. Qué impacientes sois los jóvenes. —Negó con la cabeza.
—¿Sabes qué le encanta?

—¿El qué?

—Siempre que pasa por delante de la tienda de la señora Hobson, mira un tiovivo precioso que hay en el escaparate. Aunque es una apasionada de esa tienda porque tiene de todo. Desde antigüedades hasta una Tablet si la necesitas. Muchas veces después de cerrar, si su hermana aún no ha terminado, se pasa por allí.

—¿Está en esta calle?

Ella sonrió porque antes de contestar ya estaba saliendo por la puerta. Romina salió de la cocina y miró a su alrededor. —¿Se ha ido? —preguntó sorprendida y sin querer algo decepcionada.

—Tenía algo que hacer.

—Ah... —Se encogió de hombros como si le diera igual, pero sin poder evitarlo miró por el escaparate sintiendo un hueco en el estómago. Bueno, si se había ido mejor. A ver si había ido a hacer la maleta y no le volvía a ver en la vida.

Se estuvo diciendo eso hasta la hora de las comidas y en ese momento llegó Joe con una cajita. —¿Vas a hacer un reparto? ¿Quieres un sándwich para llevar?

—Esto es para ti. —Dejó la caja sobre la barra.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida—. ¿Quién te lo ha dado?

—La señora Hobson.

—Ah, igual es que ya han llegado las nuevas tarjetas de visita. —Fue hasta la caja y cogió cinco pavos para dárselos a Joe que sonrió cogiéndolos, pero no se movió del sitio. —¿Qué?

—¿No lo abres?

—Ya lo abriré después. Tengo mucho trabajo.

Todos se la quedaron mirando y sonrió incómoda por ser el centro de atención. —¿Qué pasa?

Su hermana pasó corriendo por delante del escaparate. ¿Qué estaba pasando allí? Abrió la puerta fatigada y preguntó —¿Qué te ha regalado?

Se puso como un tomate. —¿Es de Wyatt?

—¡Sí! —respondió todo el restaurante.

Emocionada porque nunca le había regalado nada miró la caja cogiéndola y metiéndose en la cocina. No sabía por qué, pero era algo íntimo que no quería compartir con nadie. Miró a Carl y le dijo —¡Desaparece!

—No fastidies. Se me van a quemar las patatas —protestó con la espátula en la mano.

—Que te largues te digo.

Todos vieron salir a Carl de repente de la cocina y se quedaron en silencio expectantes. Celia se acercó lentamente hasta la encimera de los pedidos y metió la cabeza para ver a su hermana parpadeando mientras miraba el interior de la caja. Sonrió al ver que se llevaba la mano al pecho como si estuviera impresionada y era todo lo que tenía que saber. Sacó la cabeza y se volvió carraspeando. —Volved a vuestras vidas, cotillas.

—¡Vamos! —protestó el padre McAdams.

Se sonrojó antes de salir del restaurante a toda prisa porque tenía que depilarle el bigote a la señora Moore y la cera se le debía haber quedado petrificada en los morros.

Emocionada Romina sacó el pequeño tiovivo de la caja para colocarlo sobre la encimera

con mucho cuidado tocando suavemente los detalles de esmalte que imitaban a los tiovivos antiguos. Giró la palometa y la música del tiovivo la hizo sonreír. Le encantaba y no sabía quién se había chivado, pero si quería regalarle algo eso era lo que menos se esperaba y lo que más ilusión le hacía. Había un tarjetón dentro y lo sacó impaciente para leerlo. Se le cortó el aliento al ver que estaba escrito por él. Nunca había visto su letra y era preciosa.

“¿Recuerdas cuando pensé que eras la cuidadora de mis abuelos?” —Romina soltó una risita. —*“Durante un segundo pensé que vaya suerte que tenían algunos.”* *“Preciosa, no sabes cómo me gustaría regresar a ese instante y poder cambiarlo todo.”* —Sus ojos se llenaron de lágrimas mirando su firma antes de que sus ojos fueran a parar a la posdata. —*“Mira dentro del cajón.”*

Sorprendida miró el tiovivo que daba vueltas mucho más lentamente hasta detenerse del todo y dejando la tarjeta lo giró con cuidado para ver que la base tenía una pequeña rendija. Tiró de ella para ver una preciosa pulsera de plata con granates. La había visto en el mostrador de la tienda cuando fue a encargar las tarjetas y la señora Hobson le había dicho que si quería podía probársela y sin poder evitarlo lo hizo. Era tan hermosa que tuvo que preguntar el precio, pero costaba doscientos dólares así que no tuvo más remedio que dejarla porque no podía derrochar el dinero en esas cosas. La acarició porque seguro que la mujer se lo había chivado a Wyatt. Entonces jadeó llevándose la mano al pecho antes de salir corriendo de la cocina. Todos la observaron mientras chillaba corriendo hacia la puerta.

Molly con los ojos como platos la vio pasar ante el escaparate. —Pero si le encantaba.

Sin aliento corrió hasta la puerta de la tienda y tiró de ella hacia el interior, pero no se abrió. Empujó de nuevo antes de ver el letrero que decía que cerraba por motivos personales. ¿Qué motivos personales tenía esa mujer? ¿Si lo único que le importaba en la vida era esa tienda? Sin creerse una palabra miró por el cristal poniendo las manos al lado de su cara para que el reflejo no la impidiera mirar en el interior. Nada, no estaba. Como se hubiera chivado del anillo la mataba. Miró a un lado y a otro por si estaba escondida. Dejó caer los hombros decepcionada

dando un paso atrás y se chocó con alguien. —Oh, lo siento —dijo volviéndose para encontrarse con los ojos azules de Wyatt—. Oh... —Se sonrojó con fuerza.

—Nena, ¿no deberías estar trabajando?

—Sí, claro. —Caminó por la acera mientras él la observaba sonriendo de esa manera que la volvía loca. Ella aceleró el paso hacia la cafetería y sin poder evitarlo miró sobre su hombro.

Wyatt le guiñó un ojo. —Te voy a buscar a las cinco.

¿Debía hablar con él? ¿Pero es que estaba tonta? ¿Por un tio vivo? Esa mañana no quería ni verle. No quería ni verle desde hacía meses en realidad. ¿Iba a perdonarle por una fruslería para él? —¡No! —gritó abriendo la puerta de la cafetería.

Su risa la hizo sonreír pasando ante los clientes sintiéndose mejor que en mucho tiempo antes de gritar —¿Qué miráis, cotillas?

Capítulo 9

A las cinco menos cinco estaba en el baño del restaurante mirándose al espejo. Menudo desastre de pelo. Se quitó la goma y se cepilló con brío. Decidió dejárselo suelto y miró en su bolso sacando un brillo de labios. Gimió porque no se maquillaba desde hacía siglos. No es que en Nueva York se maquillara mucho porque nunca iba a eventos, pero al menos se ponía lo básico. Se echó el brillo por los labios y suspiró cerrando el envase antes de meterlo en el bolso. — Bueno, hora de cerrar.

Salió del baño y cruzó la cafetería ya a oscuras para ver una rosa sobre la barra. Sonrió cogiéndola. Era hermosa y perfecta. Se la acercó a la nariz y aspiró su aroma. —Hola preciosa— susurró a su oído.

Se volvió de golpe para verle ante ella guapísimo con una cazadora de piel y un jersey negro que con los vaqueros negros que llevaba estaba para morir de la impresión.

Él cogió la cazadora del respaldo de la silla y Romina le miró insegura. —Vamos, nena. Solo pido una oportunidad. Demos un paseo en coche.

—¿No será hasta Nueva York?

Sonrió divertido. —No me atrevería. Tu hermana me perseguiría hasta allí con la escopeta cargada.

—No te burles de ella —dijo muy seria arrebatándole la chaqueta.

Perdió la sonrisa de golpe. —Nunca me burlaría de ella. Intentaba relajar el ambiente porque estás nerviosa.

—¡No estoy nerviosa!

—¿No? ¡Pues yo creo que sí! —le gritó a la cara. Él miró sus labios provocando que a Romina se le cortara el aliento—. Nena... —dijo con voz ronca acercándose, pero antes de llegar se enderezó de golpe y carraspeó —Bueno, ¿nos vamos?

Romina se sonrojó confundida. —Todavía lo estoy pensando.

—Mejor lo piensas por el camino. —La cogió por la muñeca tirando de ella fuera del restaurante y cuando salieron no esperó.

—¡Wyatt, tengo que cerrar! —Gruñó como si fuera una molestia e impaciente se puso a su lado mientras sacaba las llaves del bolso. —¿Qué prisa tienes?

—Dos meses, preciosa... Te aseguro que tengo mucha prisa por arreglar esto.

—¿Arreglar esto? ¿Y qué es esto exactamente?

—Uy, tú quieres discutir para acabar teniendo sexo como hace meses, pero eso no va a pasar. —La cogió por la muñeca tirando de ella de nuevo para cruzar la calle.

Romina como un tomate jadeó indignada. —Menuda mentira.

—Y no me parece mal. —Llegaron al coche a toda prisa. Romina casi tenía que correr para estar a su altura. —Te aseguro que en otro momento ya te habría comido entera de arriba abajo. —Abrió la puerta del pasajero mientras ella sentía como le subía la temperatura. —Pero antes nuestra relación se basaba en el sexo y eso hay que cambiarlo. Tiene que haber más comunicación.

Sentada en el asiento del copiloto vio asombrada como cerraba la puerta como si nada y le observó rodear el coche. Cuando se sentó a su lado levantó una ceja. —Cuando nos hayamos contado nuestras vidas y todo eso nos acostaremos. No te preocupes.

—¡No estoy preocupada para nada!

—No creo que mentir sea bueno para nuestra relación.

—¡Serás imbécil!

—Nena, controla tus hormonas, ¿quieres?

—¡Mis hormonas en este momento te matarían! —dijo frustrada.

—¡Te aseguro que las mías no están muy contentas tampoco!

—¡Pues te fastidias!

Él gruñó apretando el volante. —Tengamos la fiesta en paz...

—¿Qué fiesta?

—¡No lo sé! ¡Se dice así! ¡Romina me estás poniendo de los nervios! —Ella abrió la boca. —Y como digas te fastidias de nuevo la vamos a tener. ¡Estás muy rebelde! —La miró como si quisiera matarla. —Sé que las mujeres os alteráis con el embarazo y queréis más sexo...

—¡Puedo tenerlo cuando quiera!

—Pues será sola porque como te vea con otro...

Ella se cruzó de brazos y levantó la barbilla. —Los tengo a patadas. —En ese momento pasó uno de los trabajadores de Ashley y ella sonrió saludándole con la mano.

—Me cago en la leche —siseó Wyatt haciendo que se sintiera genial por dentro—. Romina... quiero hacer las cosas bien.

—¿No me digas? ¿Y yo qué tengo que ver?

—Muy graciosa. —La miró de reojo. —¿Te gustó?

Se hizo la tonta. —¿El qué?

—¡Todo! Está claro que no vas a ponerme las cosas fáciles, pero al menos contesta sinceramente.

Miró al frente pensando en ello. ¿Quería sinceridad? Pues ahí iba porque ya estaba harta. —Te quiero. —Wyatt frenó el coche en seco mirándola como si no se lo creyera. —Pero no me fio de ti y no creo que lo haga nunca. Estoy segura de que tienes un plan oculto por ahí que implica a tus abuelos seguramente. ¿Quieren que vuelva, no? ¿Qué pasa? ¿Fue una de las condiciones para

que tu abuelo te apoyara en la presidencia? ¿Tienes que recuperar a Romina y a ese niño que es un Ainsworth? ¿O tiene que ver con ese plan oculto que tenías desde el principio en que yo te sería útil? —preguntó levantando la voz—. ¿O es por el salón de belleza? —Frunció el ceño. —No, podríais venderlo y sacaríais más pasta de lo que costó. Es otra cosa. ¿Qué es? —preguntó desgañitada—. ¡Dímelo de una vez para acabar con esto!

Él la cogió por la nuca y besó sus labios como si estuviera desesperado. Con los ojos como platos porque no se lo esperaba gimió cuando entró en su boca saboreándola y Romina cerró los ojos poco a poco sin poder evitar disfrutar de lo que le hacía. Un golpecito en el cristal les sobresaltó y el sheriff reprimiendo la risa dijo —Circulen por favor.

—Enseguida, sheriff —contestó Wyatt sonriendo muy satisfecho.

Sin saber dónde esconderse de la vergüenza siseó —Arranca de una vez.

A punto de reírse aceleró. —Nena, acabas de darme una alegría.

—Pues felicidades —dijo molesta cruzándose de brazos de nuevo a la defensiva.

La miró de reojo perdiendo algo la sonrisa. —No te enfades. No hay ningún plan oculto. Te quiero en Nueva York conmigo. Quiero que vuelvas.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Porque eres mi mujer!

Se le cortó el aliento y giró la cabeza para mirarle. —¡No, no lo soy! ¡Y no digas esas cosas!

—¿Por qué? ¿Te molesta? ¡Pues asúmelo, cielo, porque lo eres! ¡Estás loca por mí y vamos a ser padres! ¡Eres mi mujer, aunque no esté escrito en ningún sitio! —Apretó el volante.

—Pero tranquila, que en cuanto regresemos a Nueva York lo vamos a formalizar.

Ignoró el brinco que su corazón pegó en su pecho. —¿Estás loco?

—¿Quieres dejar de discutirlo todo? ¡Lo haces desde que te conozco y me pones de los

nervios!

—¿Qué pena no haberte hecho caso y haberme largado cuando te conocí!

—Retira eso...

—¡Y una leche! ¿No querías sinceridad?

Él sonrió sorprendiéndola. —Me vuelves loco, preciosa. Necesito que vuelvas.

Su pecho se calentó de gusto. —¿De veras?

Wyatt alargó la mano y cogió la suya. —Te echo de menos. Odio llegar a casa de los abuelos y que no estés. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Odio no saber lo que haces ni si estás bien. Odio que no puedas ni verme y odio que te hayas sentido obligada a huir de mí. Sé que no lo entiendes y podría decirte mil cosas, pero no sé si me creerás. De momento solo voy a pedirte que vuelvas conmigo y que me des una oportunidad. Siempre puedes regresar. Piénsalo, ¿vale? Ahora solo disfrutemos de nuestro primer encuentro solos desde hace meses.

Emocionada no pudo evitar sorber por la nariz y él sonrió. —Tienes pañuelos en la guantera.

Soltó su mano para abrirla y se quedó de piedra al ver un montón de paquetitos muy bien envueltos como la señora Hobson siempre los envolvía para los cumpleaños. —Son para ti, preciosa. Ábrelos. Me muero por ver tu cara.

—¿Por qué?

Él frenó en la carretera que llevaba a la casa de su abuela y apagó el motor. —Me han dicho que así se cortejaba antes y pienso seguir sus consejos a rajatabla. —Pasó su brazo por el respaldo del asiento. —Vamos, quiero saber si te gustan.

—No tenías que hacerlo.

—Es que tenía que redimirme por haberme perdido nuestras primeras navidades juntos. Por cierto, los abuelos te echaron mucho de menos en esas fechas.

—Yo también a ellos. —Sin poder evitarlo una lágrima rodó por su mejilla cogiendo el primer paquete. Él se pegó a ella abrazándola mientras lo abría y chilló de la alegría al ver un sonajero de plata que tenía pinta de ser antiguo. Era precioso, lleno de grabados hasta por el mango. —Pero es muy pronto todavía.

—No va a pasar nada, nena. Todo va bien, ¿no es cierto? —Ella asintió. —¿Te gusta?

—La señora Hobson debe estar muy contenta contigo. —Le miró de reojo. —¿Por qué cerró la tienda?

—No sé, dijo algo de que tenía prisa.

Gruñó por dentro porque la muy bruja no quería dar la cara por chivata y Wyatt rió por lo bajo. —Abre el rojo.

Sacó el paquetito rojo y arrancó el papel impaciente. Eran unos prendedores antiguos con esmeraldas que eran una hermosura. —Wyatt... —dijo impresionada.

—Esa mujer tiene auténticas obras de arte en venta. ¿No es increíble que tenga de todo? Cuando entré me di cuenta de que estaba llena de tesoros. A los abuelos les encantaría.

—Esto es muy...

—Shuss. —Cogió uno de los prendedores y apartó un mechón de su cabello para ponérselo. —Me ha dicho que hace invitaciones de boda. —La besó en la sien. —¿Te gustaría que nos las hiciera ella, nena? Abre el azul.

—Wyatt...

—El azul te va a encantar.

Cogió el paquetito azul y lo abrió aprisa mientras él acariciaba su nuca volviéndola loca. Al levantar la tapa chilló de la impresión viendo una barra de labios antigua llena de piedras preciosas. —Me ha dicho que la acaba de recibir de una subasta —susurró él observando su emoción—. Es de oro y puedes poner dentro la barra de labios que tú quieras. ¿Te gusta, nena?

Emocionada porque ese regalo demostraba mucho más que un simple presente, demostraba que la conocía, acarició la barra de labios con ternura. —Te dejaste en casa todo tu maquillaje y tenía la sensación de que por mi culpa habías querido apartar de tu vida algo que te encantaba. Tu vida está allí, nena. Y puedes cumplir tu sueño si quieres, aunque lo nuestro no salga bien. —Le miró a los ojos y él sonrió metiendo la mano en el bolsillo interno de la cazadora para sacar unos papeles. —Es tuyo, cielo. El salón es tuyo. Se lo he comprado al abuelo y lo he puesto a tu nombre.

Jadeó del asombro. —¿Por qué?

—Porque sé que te hace feliz. Porque era tu sueño y no quiero que lo dejes atrás.

Esas palabras provocaron que todo lo que sentía en su pecho la hiciera llorar y Wyatt la miró impotente sin saber que hacer, así que la abrazó. —Romina, no llores. No hay ningún plan oculto ni nada así, te lo juro. —Ella lloró más fuerte sobre su pecho. —¿No quieres el salón? No pasa nada. Puedes hacer lo que tú quieras. Pero conmigo, nena. Hazme un sitio en tu vida y te juro que no te defraudaré de nuevo.

—Te quiero —balbuceó haciendo que él cerrara los ojos y la abrazara más fuerte.

Feliz apretó la mano de Wyatt que esperaba impaciente a su lado, mientras el doctor Maxwell, que era su tocólogo por insistencia de su marido, le hacía la ecografía.

—Vamos a ver si vemos algo esta vez —dijo el doctor pasando el ecógrafo por su amplia barriga de siete meses.

—Sí, porque después de tres ecografías ya estoy de los nervios —dijo Wyatt haciéndola reír.

—Bueno, sabíamos que es un parto gemelar. Algo es algo. —Su marido gruñó mirando la pantallita y contenta ella hizo lo mismo. —¿Se ve el sexo? Tenemos que decorar la habitación,

¿sabe? La abuela no deja de perseguirme con la carta de colores.

—¿Y por qué no la pintan de amarillo? —El doctor rió por lo bajo. —Muchos lo hacen en estos casos.

—Muy gracioso —dijo Wyatt entre dientes—. Son niños, ¿no? Tengo un presentimiento.

—Sí, a él le hace ilusión que sean niños. A mí me da igual la primera vez. —Ella entrecerró los ojos intentando ver algo en aquella pantalla, pero todo le parecía muy confuso.

—¿Ven esto? —preguntó el doctor pasando el ecógrafo por un lado sonriendo satisfecho.

—Sí, ¿pero qué es? —Wyatt estaba a punto de explotar.

El doctor Maxwell se echó a reír. —Felicidades, van a tener... —Frunció el ceño. —A no, esperen.

Bufaron mirándose a los ojos. —Tranquila, nena. Nos enteraremos el día del parto.

—Voy a hacer una ecografía en tres dimensiones —decidió el doctor.

—¿Y por qué no la ha hecho antes, hombre? —protestó ella. El doctor se echó a reír—. ¿Nos está vacilando, Wyatt?

—Sí, nena. Tengo esa sensación —dijo a punto de pegar cuatro gritos—. Y me estoy poniendo de muy mala hostia.

—Me encanta ver esas caras. Felicidades, son chicos. Y están muy sanos.

Emocionada miró a su marido que se había quedado de piedra. —Niños, como tú querías.

—Espera nena, que me estoy mareando.

Chilló sentándose sobre la camilla cuando dio un paso atrás. —¡Wyatt!

La enfermera le cogió del brazo acercándole la silla que tenía detrás. —Tranquila, pasa a menudo. Por eso tengo esta silla aquí.

—¿Cariño? —Preocupada alargó la mano y él se la cogió de nuevo. —¿Estás bien?

—Ha sido la sorpresa, eso es todo.

—¡Tómele la tensión! ¡Haga algo! —le gritó al médico—. ¿Y si le está dando un infarto?

—Romina, tranquila. No le va a pasar nada —respondió el doctor acercándose a él poniéndole los dedos sobre el cuello—. Tiene el corazón a mil. Eso es todo. Ha sido la impresión.

Asustada bajó los pies de la camilla y Wyatt sonrió. —Estoy bien, nena.

—Te llevo a urgencias. Este gracioso no tiene ni idea de lo que hace.

El doctor Maxwell se sonrojó. —Era una broma.

Le señaló con el dedo. —¡Cómo a mi marido le pase algo ya puede correr! —le gritó a la cara—. ¡Ojito conmigo! —Cogió a su marido del brazo tirando de él. —Mi amor ayúdame un poco que pesas mucho.

Wyatt a punto de reírse se levantó. —Nena, estoy bien.

—Sí, pero vamos a urgencias por si acaso. Tienes un seguro buenísimo, ¿recuerdas? —dijo preocupada.

Miró al doctor cogiéndola por la cintura. —¿Podemos irnos?

Él asintió. —Sí, todo va estupendamente. Regresen en un mes.

—¿Regresar? —gritó ella a los cuatro vientos—. ¡Usted no vuelve a vernos el pelo, puñetero matasanos!

—Nena, relájate.

—¿Qué me relaje y casi te mata, el muy gilipollas? —dijo yendo hacia la puerta—. ¿No te dije que no me gustaba? ¡Y ahora me gusta todavía menos!

—Ya, pero es uno de los mejores de Nueva York. Y quiero que tengas lo mejor. ¿Estás contenta? Dos niños.

Ella sonrió mirándole con amor. —Sí, ¿y tú? Espero que salgan a ti.

El doctor sonrió viéndolos alejarse por el pasillo. —Menudo carácter tiene la señora

Ainsworth —dijo la enfermera impresionada.

—Es que los he visto tan impacientes que no he podido resistirme. —Se echó a reír. —La cara que pusieron cuando dije lo de la ecografía en tres dimensiones.

—Un día se va a ganar una demanda, doctor.

—Bah, en cuanto se les pase el enfado se reirán. —Cuando desaparecieron de su vista entró en el despacho mirando distraído el ecógrafo. —Y es algo que recordarán siempre. Jenny...

—¿Si, doctor?

—Quiero que la señora Ainsworth pueda llamarme en cualquier momento, ¿me has entendido? Aunque esté fuera de la ciudad o en el hospital.

—¿Ha visto algo raro, doctor? Ha dicho que todo iba bien.

—Y va bien, pero el tamaño de los gemelos es bastante grande para el tiempo que tienen y temo que se le adelante el parto. Estemos atentos.

—Bien, doctor.

Llegó a casa algo apurada y ni saludó, corriendo mientras se sujetaba la barriga para llegar al baño más cercano.

—¿Cielo? —preguntó el abuelo.

—¡Ahora no puedo! —gritó de la que corría—. Maldita sea. —Entró en el baño bajándose los pantalones premamá lo más rápido que podía. Suspiró de alivio al sentarse en el wáter y cuando estaba subiéndose los pantalones de nuevo sonó su móvil. Lo sacó a toda prisa del bolso y sonrió al ver que era su marido antes de pulsar el botón verde. —Ya estoy en casa.

—Nena...

Su tono de voz la tensó y se pasó la mano por la frente apartándose el cabello. —¿Qué

ocurre?

—A mi tío Martin le ha dado un infarto en la oficina. Ha sido fulminante.

Jadeó llevándose la mano al pecho y lo primero que pensó es que a Oliver y a Eleanor les iba a dar algo cuando se enteraran. Ni sabía qué decir. —Dios mío, cielo. Lo siento.

—No han podido hacer nada por él. Cuando llegaron los sanitarios solo pudieron certificar su muerte. Todavía no se lo que va a pasar, pero a mi padre ha tenido que atenderle un médico por la impresión. Joder, nena...

—¿Qué hago con tus abuelos? —preguntó sabiendo que ahora la familia la necesitaba y tenía que apoyar a su marido en todo por mucho que quisiera salir corriendo de esa situación.

—Quiero que machaques dos tranquilizantes y que les des una pastilla a cada uno en algo que beban. Si te preguntan, diles que estoy en el trabajo todavía pero seguro que alguien no tardará en llamar y...

—Sí, lo entiendo.

—Iré en cuanto se lleven el cadáver y alguien me diga lo que debo hacer.

—Cariño, lo siento...

—Iré cuanto antes. Tengo que dejarte.

—Te quiero.

Su marido colgó antes de que pudiera escucharla y nerviosa se mordió el labio inferior. No tenía el número del médico de la familia en su lista de contactos y si se lo pedía preguntarían la razón. Dios, ¿por qué se tenía que comer ella ese marrón? Pensó angustiada.

Llamaron a la puerta sobresaltándola. —Cielo, ¿estás bien?

La voz de Eleanor casi la hizo llorar porque sabía que le iba a doler muchísimo la noticia.

—Sí, sí. Es que venía algo apurada —contestó a toda prisa.

—Pia te ha preparado la merienda.

Abrió la puerta forzando una sonrisa y Eleanor sonrió. —¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro. —Se acarició el vientre por encima de su camisa premamá.

Pasaron por el hall para ir hasta el salón e hizo que dejaba el bolso sobre el aparador. —¿Qué tal el día? —preguntó Eleanor mientras ella hacía que buscaba algo en su interior mientras descolgaba el teléfono que tenía detrás. Hizo una mueca porque con los móviles no podía hacer nada.

—Bien... —Se volvió para mirarla. —Me han ofrecido maquillar en un desfile.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó encantada.

Sí, ella también lo había visto maravilloso hasta ese momento. Entraron en el salón y se acercó a Oliver dándole un beso en la mejilla. El abuelo la miró fijamente. —¿Qué ocurre?

—Nada. —Nerviosa fue hasta el sofá donde la bandeja con su merienda estaba preparada como todos los días. Cogió el cuenco de fruta preocupada. ¿Dónde tenían los sedantes? ¿Tenía que dárselos ya? Se metió un pedazo de manzana en la boca y forzó una sonrisa mientras masticaba.

Oliver miró a su mujer. —¿Te ha dicho algo? No habrá discutido con Wyatt...

—Estoy bien. Estamos bien. No hemos discutido.

Eleanor se sentó ante ella en el sofá de enfrente. —Cielo, ¿qué pasa? ¿Son los niños? ¿No te encuentras bien?

Entonces se le encendió la bombilla y se levantó de golpe. —¡Sí! Tengo unos gases... —Se acarició el vientre preocupada por cómo iba a salir de esa. —Voy a llamar al doctor Maxwell. Para charlar con él a ver si es normal.

Los abuelos se miraron aliviados. —Niña, es normal. No te reprimas por nosotros.

—Voy a llamar por si acaso. —Salió del salón con el móvil en la mano y corrió al piso de arriba llamando a su tocólogo. La recepcionista la pasó de inmediato.

—Gracias a Dios que me lo coge.

—¿Tiene molestias? ¿Dolores? ¿Sangrado? ¿Está de parto?

—No.

—Ah. ¿Y qué se le ofrece?

—Necesito que venga a mi casa. Bueno, es la casa de los abuelos de mi marido, pero tiene que venir ya.

—¿Pero no se encuentra bien?

—Sí, yo estoy muy bien, pero ellos son muy mayores...

—Como no se explique...

Ella lo hizo rápidamente y nerviosa miró hacia la puerta para asegurarse de que no la oía nadie. —No puedo ir, señora Ainsworth.

—No fastidie.

—Tengo a una paciente de parto.

—Seguro que me lo dice para no venir —dijo angustiada.

—Es una situación muy dura. Lo siento muchísimo, pero mi paciente me necesita. Y no aconsejo que usted pase por ese estrés. No le conviene.

—¡Pero es que aquí no hay nadie más!

Escuchó un grito en el piso de abajo y ella corrió lo que pudo sujetándose el vientre. Cuando llegó al salón Oliver abrazaba a su mujer que estaba desgarrada y la miró a los ojos angustiado antes de decir —Nuestro hijo Martín ha muerto.

Viendo el dolor de esa mujer y la fortaleza de Oliver que a pesar de su dolor estaba ahí para ella, supo que eso era lo que ella quería en su relación con Wyatt y también supo que él estaría ahí si ella le necesitaba. Se acarició el vientre sintiendo miedo por sus niños y supo que ese miedo no se le iría jamás.

Consiguió darles unos sedantes a los abuelos. Eleanor estaba rota de dolor y se negaba a tomar nada, pero su marido la convenció muerto de miedo por ella. A Oliver le convenció ella y tuvo que suplicarle —Por favor... No quiero que te pase nada.

No es que les tranquilizara mucho y odió estar sola intentando consolarles en un dolor que era imposible de mitigar. Pasaron dos horas antes de escuchar la llave en la puerta y fue un alivio ver a Wyatt que entraba en el salón pálido. —Cariño... —Fue hasta él y le abrazó. —Lo siento...

La abrazó a él y le susurró al oído —¿Les has dado los sedantes?

—Sí. —Se apartó para mirarle a los ojos. —Ha llamado tu prima para contárselo. Les llamó al móvil.

Apretó los labios mirando a sus abuelos y se acercó a ellos acuclillándose ante su abuela que no dejaba de llorar. —¿Fue rápido? Y no sufrió, ¿verdad?

—No, abuela. Murió en el acto. —Eleanor se echó a llorar más fuerte. —Voy a llamar al doctor para que te dé algo que te haga descansar.

—Sí, hijo. No ha querido que lo hiciera la niña, pero creo que lo necesita.

Wyatt miró a su abuelo y asintió incorporándose para sacar su móvil de la chaqueta del traje. Con el teléfono al oído vio como su mujer se apretaba las manos y se acercó a ella de inmediato porque estaba sufriendo por los abuelos. —Nena, sube a acostarte.

—No, yo... —Vio como Eleanor lloraba y se sintió impotente porque no podía aliviar su dolor.

—Sube a acostarte. No quiero que te estreses. Yo me encargo de los abuelos. Sí, doctor Foster necesito que venga a casa de inmediato —dijo al teléfono alejándose hacia sus abuelos hablando con él de lo que había pasado. —¡Nena, por favor vete a la habitación! —exclamó al darse cuenta de que todavía estaba allí.

Ella sin poder evitarlo se sintió dolida por el tono, pero saliendo del salón sin dejar de

mirarles se dio cuenta de que querían estar solos.

Capítulo 10

Fue una noche muy larga porque preocupada no se pudo dormir hasta que su marido se acostó a las tres de la mañana. —Nena, duérmete. Todo va bien.

Pero nada iba bien porque al día siguiente varios familiares aparecieron por la casa y ella se sintió una intrusa. No conocía a nadie y puede que fuera culpa suya porque como se habían casado en Rose Hill rodeada de los suyos no había tenido la oportunidad de conocerlos. Simplemente forzaban una sonrisa cuando la presentaban y hablaban con Wyatt que era el que se estaba encargando de todo lo relacionado con el funeral. Y ahí fue consciente de que Wyatt era el pilar de la familia. Todos iban a él y les atendía con cariño. Pero lo peor fue conocer a sus suegros en esas circunstancias. Su suegro la miró fríamente y su suegra que parecía sacada de una revista de moda para mayores de cincuenta levantó una ceja teñida de rubio mirando su vientre. Para sentirse útil ayudó a Pia en lo que pudo. La sorprendió un poco el trato a la mujer que había estado tantos años en esa casa porque la trataban como a una criada, ordenándole cosas y a veces no de muy buenas maneras. Como la prima de Wyatt, que la regañó porque en su vaso había hielo cuando tenía la garganta irritada de tanto llorar.

En la cocina la miró mientras ponía unos canapés sobre una bandeja. No parecía afectada pero aun así preguntó —¿Estás bien? Steffani es idiota. No dejes que te afecte.

Se encogió de hombros volviéndose. —No me afecta. Ya sé cómo son.

—No lo entiendo. Como de unos abuelos así ha podido salir esa panda de...

—¿Pijos? Lo han tenido todo durante toda su vida. Por eso. —Fue hasta la nevera y cogió unos limones acercándose a la encimera. —Que no te engañen—susurró—. Los abuelos ahora son muy agradables, pero antes eran como ellos.

La miró sorprendida. —¿Qué dices?

—Oh, sí. No fue hasta que el señor se jubiló hasta que le mejoró el carácter y al verse solos fueron conscientes de lo que habían hecho. Ellos son los responsables. Así que ya sabes lo que no tienes que hacer con tus hijos. —Le guiñó un ojo. —Aunque tú no eres así. Es imposible que eduques así a los niños. Serán guapísimos y muy listos. Como sus padres.

—Pero Wyatt...

Pia apretó los labios. —Él ha cambiado desde que te conoce.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Siempre ha cuidado de sus abuelos y les quiere mucho. Pero también era altanero como ellos. Aunque te conoció a ti y algo cambió en él. No sé explicarlo. Ahora es más considerado. Me alegro muchísimo de que hayas entrado en sus vidas.

Eso la preocupó aún más. ¿Y si en el futuro volvía a cambiar? Siempre había pensado que el hombre que conoció era producto de las sospechas que tenía sobre ella, pero si realmente era así y el Wyatt que ahora estaba a su lado era un espejismo... Fue hasta el salón con la bandeja de canapés y su marido la observó mientras hablaba con su otro tío en voz baja al lado de la chimenea. Se acercó a sus suegros con la bandeja de canapés y sonrió. —¿Os apetece? Estaréis hambrientos.

—No, gracias —dijo su suegro con desprecio—. Y no deberías hacer eso. ¿No hay servicio?

Se sonrojó ligeramente. —Pia está muy ocupada y...

—Nena, deja esa bandeja y vete a descansar un rato. Te vendrá bien una siesta. Ayer no dormiste mucho.

—Pues no sé por qué —dijo Steffani con su gin-tonic en la mano—. Mi padre no era nada suyo. Mejor vete a descansar —añadió con burla.

—Puede que Martin no fuera nada suyo —dijo Oliver muy serio—. Pero Romina fue la

que estuvo aquí consolándonos cuando nos diste la noticia de la muerte de tu padre de esa manera tan delicada. La muerte de nuestro hijo.

Steffani tuvo la decencia de sonrojarse. —Abuelo, estaba muy afectada y...

—¿Y todavía no se te ha pasado? Porque sino no entiendo la razón para tanta grosería —añadió Eleanor—. ¡Y te recuerdo que Romina es la esposa de Wyatt y forma parte de la familia, aunque nadie haya tenido la cortesía de pasarse por aquí para conocerla y eso que ya se casaron hace cuatro meses!

Todos se quedaron en silencio y Wyatt preocupado se acercó a ella que estaba pálida. Cogió la bandeja de sus manos para dejarla sobre la mesa. —Ven, nena. Te acompaño arriba. —Dejó que la cogiera por la cintura para ir hasta las escaleras y le susurró —No pasa nada.

—No querían conocerme, ¿verdad? Por eso accediste a la boda en Rose Hill.

—La abuela está alterada y...

Se detuvo en mitad de las escaleras para mirar sus ojos. —Wyatt, la verdad.

Él apretó los labios. —Mi padre no se tomó muy bien esta boda, pero no me importa porque es lo que yo quiero. Con mi vida hago lo que me da la gana. —La cogió en brazos impaciente. —Será mejor que te acuestes.

—¿Qué vas a hacer? ¿Obligarme ir a la habitación cada vez que vengan por aquí?

—Como te has dado cuenta ya no es que vengan mucho por aquí.

—Muy gracioso. —Entrecerró sus preciosos ojos verdes. —Tu madre me ha mirado de una manera...

Entró en la habitación y la sentó en la cama acuclillándose ante ella para coger sus manos. —Nena, contrólate. Esperaban otra cosa de mí, eso es todo.

—¿Que me controle? ¿Por qué no les dices a ellos que se controlen? ¡Yo no he hecho nada malo!

Wyatt suspiró. —Acaba de morir mi tío. ¿En serio crees que es el mejor momento para una discusión familiar?

—Pues esa pija no se corta.

—Y como has visto, mis abuelos le han parado los pies.

Le miró sin poder creérselo. —Ya, pero es que estoy casada contigo. Tú tenías que haberme defendido.

Wyatt se tensó incorporándose para mirarla fríamente a los ojos. —Siento haberte defraudado de nuevo.

Romina se sintió culpable. —No es eso, es que... —Su marido salió de la habitación antes de que pudiera añadir nada más. Agotada se pasó la mano por los ojos. —Estupendo, Romina. Lo has hecho muy bien y justo en el momento apropiado. Te has cubierto de gloria.

Al día siguiente en el multitudinario funeral se sintió más sola que nunca. Los abuelos estaban arropados por toda la familia como si alguien les hubiera puesto las pilas y su marido atendía a medios, amigos y familiares para recibir el pésame. Después del entierro al que solo acudió la familia y donde nadie le dirigió una sola palabra, fueron hasta la casa de los abuelos que es donde se hizo una pequeña recepción para los más allegados. La casa estaba a rebosar y como nadie hablaba con ella y no podía ayudar a Pia decidió escabullirse a su sótano que aún utilizaba para hacer pruebas de maquillaje o cuando quería tener su espacio. Bajó los escalones con un zumo en la mano y se quedó helada al ver a Steffani sentada en su cama registrando la mesilla de noche y sacando el recorte de periódico del cajón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó furiosa dejando caer el vaso al suelo y acercándose a ella para arrebatarse el recorte rompiéndolo en dos. Respiró de alivio porque allí no mencionaban el nombre de su hermana y furiosa siseó —¿Cómo te atreves a curiosear en lo que no es tuyo?

—Esta es la casa de mis abuelos —dijo indignada levantándose.

—¿Y eso te da derecho a ir abriendo cajones y tocar lo que no es tuyo? ¡Este es mi espacio! ¿Qué haces aquí?

—¡No tengo que darte explicaciones!

—¡Por supuesto que sí! ¡Y me las vas a dar!

Dio un paso a un lado impidiéndole pasar y Steffani la miró con odio. —Apártate de mi camino.

—¿Qué buscabas?

—¿Qué buscaba? ¡Nada, zorra paranoica! ¡Lo que me indica que tienes algo que ocultar!

La miró como si quisiera matarla. —¿Qué me has llamado?

—Tú has tenido algo que ver en convencer al abuelo para apartar a mi padre de la presidencia, ¿verdad? Menudo braguetazo casándote con Wyatt. Mis abuelos han perdido la cabeza, pero a mí me funciona muy bien. La jugada os has salido estupendamente.

—¡No sé de qué me hablas!

—¿No? Igual los demás creen que fue una casualidad que aparecieras por aquí unos meses antes de Wyatt, pero yo no. Una manera de empezar a convencer a los abuelos de que él era el apropiado para el cargo, ¿verdad? Y de repente puf, aparece mi querido primo con buenos negocios de Dubái. El momento perfecto. Y claro, el embarazo fue la puntilla perfecta para forzar un matrimonio y así que los abuelos estuvieran encantados y más viviendo aquí con ellos para controlar sus participaciones.

—¡Eres más estúpida de lo que pensaba y no has dado una!

—¿No? Lo dudo. Sobre todo porque hace un año yo misma vi como el abuelo ordenaba a Wyatt que fuera buscando pareja, porque para dar estabilidad ante los accionistas era mejor un hombre casado que uno soltero.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

Steffani se echó a reír. —Qué bien te haces la tonta. Felicidades, eres una actriz de primera. —Perdió la risa de golpe. —Dios mío... Tú no sabes nada, ¿verdad? Tú no tienes ni idea de lo que te estoy hablando.

—¡Quiero que te vayas! —gritó muy nerviosa.

Abrió los ojos como platos como si se hubiera dado cuenta de algo importante. —Solo eres una pardilla que se han buscado los abuelos para su chico de oro y te has tragado el anzuelo con el pez gordo.

Teniendo un mal presentimiento tuvo que sentarse. —Realmente los gin-tonic te han sentado fatal.

Se echó a reír de nuevo. —¿En serio creías que mis abuelos buscaban compañera de casa? Cuando me lo contó Wyatt no me lo podía creer. ¿Has visto cómo viven?

—¡Necesitaban compañía! ¡Qué es algo que vosotros no les dais!

—¡Será por todo el amor que nos dieron toda la vida! ¿Sabes a cuántos de mis cumpleaños asistieron cuando era pequeña?

—Ahora han cambiado. Son mayores y... —Se apretó las manos nerviosa. —¡Vete!

—Puede que ahora se vean solos, pero solo recogen lo que han sembrado toda la vida. Puede que tú veas a dos ancianitos delicados que se sienten solos y tristes porque su familia les ha abandonado, pero la realidad es que nunca les importamos. ¡La empresa es lo más importante para ellos!

—Mientes. ¡Ahora no son así!

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué el abuelo se presentó en la empresa con Wyatt para echar a mi padre de la presidencia? —Romina palideció. —Su niño de oro. Siempre le han adorado. El primer nieto y tenía todo lo que querían para dirigir la empresa.

—¡Pues si lo has sabido siempre, no sé de qué te sorprendes!

—No, si a nadie le sorprendió. Todo el mundo esperaba sus avances en cuanto regresó de Dubái. Y lo consiguieron con el apoyo de la mayoría de los accionistas. Como siempre consiguen todo lo que quieren. Como te consiguieron a ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y por qué iba a quererme a mí? Yo no soy nadie. Puede tener mujeres mucho mejores que yo.

—Tú tienes algo que ellos quieren más que nada. —Miró su vientre sonriendo irónica y ella se pasó la mano por la barriga intentando protegerles sin darse cuenta. —No es de mí de quien debes tener miedo —dijo con desprecio—. Están ahí arriba. Remordiéndose la conciencia por la muerte de mi padre y preguntándose si sus manipulaciones han tenido algo que ver. Alguno de ellos te ha mentado desde el principio. —Se le cortó el aliento viendo cómo se alejaba. —Te deseo suerte, pardilla. Bienvenida a un mundo de tiburones y tú eres un pescadito demasiado inocente para sobrevivir entre ellos.

Cuando se fue, se pasó la mano por el vientre de nuevo gimiendo cuando sintió una patada. Miró su habitación y supo que Steffani tenía razón. Hasta ella misma pensó que era una broma al ver aquella casa. Le habían alquilado la habitación para conocerla antes de metérsela por los ojos a Wyatt, que viviría allí cuando regresara. Eso si él no lo sabía y la había dejado embarazada a propósito para presionarla con la boda. Recordó la conversación con él en ese baño el día después de que le conoció y después de que Oliver la convenciera de que no pasaría nada. La acusó de aprovechada y le echó en cara lo de sus padres, lo del reformatorio... Ni habían pasado veinticuatro horas desde que él había llegado de Dubái, ¿y su detective ya sabía todo eso? La había tratado con desprecio hasta que se enteró de su embarazo. Ahí todo cambió. Y cuando su hermana le echó de casa no regresó hasta dos meses después. Si tanto le importaba... No, pero ahí había luchado por la presidencia y como había dicho Steffani eso era lo único que les importaba. Después fue a buscarla cuando ya estaba hecho. Miró al techo. Allí había muchas dudas que resolver. Una lágrima cayó por su mejilla porque tenía la sensación de que su matrimonio acababa

de llegar a su fin.

Molesta se dio la vuelta en la cama cuando escuchó que la puerta se abría y vio como entraba su marido que suspiró al ver que tenía los ojos abiertos. —Estás despierta.

—Te estaba esperando.

—Nena, ahora no quiero hablar —dijo agotado quitándose la chaqueta del traje negro.

—Pues es una pena porque yo sí quiero hablar. —Se sentó en la cama apoyando la espalda en las almohadas antes de mirarle. —¿Sabías que vivía aquí antes de que llegaras de Dubái?

Se detuvo en seco echándole un vistazo antes de seguir quitándose la chaqueta. —¿A qué viene esa pregunta?

—¿Lo sabías?

—No.

Parecía sincero pero la desconfianza ya había calado en ella. —¿Cuándo te enteraste?

—Cuando te conocí. ¿No estabas allí? —preguntó exasperado—. Nena, acuéstate. Te aseguro que ha sido un día muy largo.

—Se equivocaron, ¿no es cierto? Se dieron cuenta tarde que yo tenía mucho más detrás cuando me conocieron. —Después de darle vueltas durante las últimas horas se dio cuenta de algo. —Recuerdo la primera cena con tus abuelos. Les dije que solo tenía una hermana que vivía en Houston. ¿Qué pasa? ¿Que así sí que encajaba en el plan?

—¿Qué plan? —preguntó entre asombrado y molesto.

—¡No lo sé, dímelo tú! —gritó de los nervios.

Él se tensó. —Voy a llamar al médico. Estás muy alterada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Solo quiero saber la verdad. ¿Me quieres? ¿Me has

querido alguna vez?

—Preciosa, me estás asustando. —Se acercó a toda prisa y se sentó a su lado.

—¡Contéstame! —le rogó sin dejar de llorar.

—¡Sí que te quiero! —le gritó a la cara.

Parpadeó asombrada mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. No era la declaración más romántica del mundo, la verdad, pero increíblemente le creyó. —Nena, no quería decírtelo así, pero me estás poniendo muy nervioso. ¿Se puede saber por qué estás llorando? —Acarició su cuello como si necesitara tocarla. —¿Alguien de mi familia te ha dicho que no te quiero? No me conocen, preciosa. No te creas una palabra. Ya sabía yo que no era buena idea que les conocieras. No tienes nada que ver con ellos. Tú tienes corazón y...

Se le cortó el aliento. —Fue cosa tuya mantenerme alejada de ellos.

—No quería que te hicieran daño.

—Nadie queríamos que te hicieran daño —dijo el abuelo desde la puerta sorprendiéndola. Sonrió con tristeza—. Os hemos oído. —Eleanor apareció a su lado aún vestida de negro y cogió el brazo de su marido. —Al parecer ha llegado la hora de las explicaciones.

—¿Abuelo?

Ahí se dio cuenta de que Wyatt no sabía nada y más cuando su abuelo hizo una mueca. —Llevamos esperando años a que Wyatt estuviera preparado, pero...

—No quería casarse —le ayudó Eleanor hablando tímidamente.

A su marido se le cortó el aliento mirándolos sin entender nada. —Hijo, te dije que era importante que estuvieras casado para ocupar ese puesto y no solo era por lo que pensarán los accionistas. Era porque estar en la cima solo es muy duro. Así que como no hacías nada, lo hicimos nosotros por ti. Pero si no fueras tan cabezota...

Wyatt les miró asombrado, pero Romina reaccionó primero. —¿Cuántas pasaron por esa

habitación antes que yo?

Eleanor sonrió. —Dieciséis.

—¿Dieciséis? —gritó Wyatt atónito—. ¡Estáis locos!

—Bah, una no duró más que una noche —dijo su abuela sin darle importancia—. Era muy mona, pero... —Giró el dedo en la sien haciendo círculos. —Le faltaba un tornillo. Pertenecía a una secta satánica de esas.

—¡Por eso te reíste cuando dije que eras muy confiada! ¡La confiada era yo!

Oliver reprimió la risa. —Niña, alquilarte la habitación es lo mejor que hemos hecho nunca. Aunque debo reconocer que cuando te investigamos nos sorprendimos un poco. Menudo carácter tienes cuando te cabreas.

Se sonrojó con fuerza mientras Wyatt siseaba —Cuando te enseñé su informe ya lo sabías todo.

—Claro que sí. Hago mis deberes. Iba a ser tu esposa y necesitábamos una mujer fuerte que sepa hacerte frente y que cuando ame lo dé todo. Y esa es Romina. Hermosa, con un corazón enorme que se entrega totalmente aunque no se dé cuenta, amable, nada egoísta... ¿Tengo que continuar?

—Su único fallo, si puede llamarse así, porque la ha hecho lo que es...

—Es mi pasado.

—Bah —dijo Eleanor sin darle importancia—. Tienes ovarios niña, no te avergüences por proteger a los que amas.

—Aunque durante unas semanas temimos que no funcionara —añadió el abuelo—. Porque aunque os acostabais juntos casi no hablabais. De hecho parecía que Wyatt siempre estaba furioso contigo y eso es lo que nos llamó la atención. Sabía que creía que eras una aprovechada y nosotros lo potenciamos, por supuesto.

—¡Me ofrecisteis el salón a propósito para cabrearle en cuanto llegara!

—Claro, si pasaba eso por alto era que le gustabas mucho —dijo Eleanor como si fuera tonta—. Pero no lo pasaba por alto, aunque se acostaba contigo. Eso nos confundió un poco.

—Pero de pronto nos dijisteis que estabas en estado —dijo Oliver emocionado—. Aquello iba viento en popa.

—Querido, antes pasó lo de los puntos en la frente.

—Oh. —Miró a su nieto como si fuera a echarle la bronca. —¡Cómo se te ocurre perder los nervios de esa manera! La niña estaba confundida por tu actitud y no me extraña nada. Le hacías el amor durante horas y después...

—¡Nos espiabais! —gritó escandalizada.

—Claro que sí, al no enterarnos de nada pusimos una cámara. Dos días antes de ese desgraciado incidente.

—¡Vosotros no estáis bien de la cabeza! —gritó Wyatt mirando a su mujer asombrado—. Nena, vístete que nos largamos.

—¡Qué no vimos nada! —protestó su abuela mirándose las uñas—. Eso lo pasábamos rápidamente.

—Dios mío, qué vergüenza —gimió roja como un tomate.

—Hijo, qué aguante tienes. —Su abuelo sonrió orgulloso. —No me extraña que la embarazaras y con todas las horas que trabajas, además.

—Es joven, cielo. Recuerda cuando tenías su edad.

—Sí, yo también era un toro.

—¡Abuelo!

—Imagínate nuestra sorpresa cuando vuelve solo de vuestro viaje. —Eleanor miró a su nieto como si fuera un desastre. —Pero claro, después de los puntos, el embarazo sorpresa y que

vio a su hermana, todo se le vino encima. No me extraña porque parecías un chiflado queriendo estar con ella con esas amenazas absurdas cuando ella se hubiera entregado desde el principio.

—¡Ya, pero es que yo no quería nada con ella! ¡La creía una aprovechada gracias a vosotros!

—Sí, acostarte conmigo sí que querías.

—Nena, no entres al trapo que al final te convencen de que han hecho lo correcto. ¡Y ya me has perdonado mi estupidez!

—Tienes razón. Son unos manipuladores. —Sonrió de oreja a oreja. —Gracias.

—¡Romina!

—Cariño, tienes que reconocer que tenían razón. —Le cogió del brazo tirando de él para que se sentara a su lado. —Eres perfecto para mí.

Los abuelos sonrieron. —Pues hasta mañana.

—¡Un momento! —exclamó Wyatt cuando se iban y ya cerraban la puerta. Los abuelos gimieron volviéndose—. ¿Por qué no me dejaste ir a buscarla cuando yo quería?

El abuelo hizo una mueca. —Porque si ya eras el presidente cuando te casaras con ella, ya nadie investigaría a fondo su pasado antes de darte el visto bueno.

A Romina se le cortó el aliento. —Tuvisteis que cambiar vuestros planes cuando me descubristeis.

—Exacto, precisamente porque eras perfecta para él y para nosotros, ya que estamos. Hala, a dormir.

—¿Fue culpa nuestra?

Oliver se volvió para mirar a su nieto a los ojos. —No, hijo. A Martin le diagnosticaron una cardiopatía hace un año, por eso era hora de que regresaras. Tu padre es muy bueno en su trabajo, pero no tiene la fortaleza necesaria para llevar la empresa. Era hora de un cambio. Martin

se mantuvo en silencio respecto a su enfermedad para que las acciones no cayeran en picado. Le hicieron una intervención en Suiza hace unos meses, pero no había dado resultado. La única solución era el trasplante y esa era otra de las razones por la que no pudiste ir a buscarla antes. No podíamos esperar más para que le sustituyeras. —Eleanor con los ojos llenos de lágrimas cogió su brazo.

—Pero Martin seguía trabajando —dijo impresionada.

—Ese es un defecto que espero que corrijas en los Ainsworth. La empresa es lo primero, como te ha dicho mi nieta. Buenas noches. Vamos, cielo. Estás agotada.

Asombrada miró a Wyatt que hizo una mueca. —¿Y se lo ocultó a su propia hija?

—Nena, tengo la sensación de que se lo ocultó a todos excepto a los abuelos —dijo algo tenso.

Entrecerró los ojos. —¿Cómo algún día me ocultes algo así, te mato! ¡No habrá que esperar a que te llegue el infarto!

Wyatt sonrió. —Ni se me ocurriría.

—¡No tiene gracia! —gritó acariciándose el vientre mientras apartaba las sábanas.

—Nena, ¿a dónde vas? Es muy tarde y...

—Al baño.

Pero fue llegar a la puerta y tocarse el costado de nuevo volviéndose con los ojos como platos. Su marido se estaba desabrochando la camisa y ella gritó —¡No!

La miró asombrado. —¿No? Ya entiendo. Ha sido un gas de los tuyos. Tranquila, nena.

—¡Llama al doctor!

—Que estoy bien...

—¡Pero yo no!

Wyatt entrecerró los ojos. —Preciosa, no me asustes que estás de poco más de siete

meses. ¡Todavía queda mucho!

Le miró angustiada. —Cariño, llama al doctor Maxwell porque hay algo que no está bien.

Su marido se acercó de inmediato cogiéndola en brazos para sentarla en la cama. —Muy bien. Voy a llamar a una ambulancia, ¿de acuerdo?

—No soporto el dolor —dijo a punto de llorar mientras su marido cogía sus manos preocupado.

—Eres la persona más fuerte que conozco, nena. Puedes con esto y más.

—¡No! No lo entiendes. —Se acercó a su cara asustada. —¿Y si mato a alguien?

—Nena, solo te defiendes cuando dañan a los que quieres.

Sin ser consciente de que estaba llorando sorbió por la nariz. —¿Eso crees?

—Sí, esa bruja te pegó antes de que le dieras una lección. Solo fue cuando temiste por tu hermana cuando reaccionaste.

—No sé si Albert estaría de acuerdo contigo.

—Nena, no sé quién es ese, pero seguro que no tiene importancia. Voy a llamar a una ambulancia, ¿de acuerdo?

—Y eso que tampoco me hizo tanto daño, aunque me acosté con él. Fue el otro, ya sabes. Le rompí el brazo cuando me dejó. —Wyatt que se iba a incorporar la miró sin poder creérselo y ella hizo una mueca. —Le tiré por las escaleras.

—Seguro que era un gilipollas. No tiene importancia.

—Y con Carlos...

—¿Quién coño es Carlos? —preguntó intentando controlarse.

—Me clavó el tenedor en el comedor del colegio. Le rompí un diente al pegarle con la bandeja en la cara.

—Un gilipollas, lo que yo decía. —Ella tiró de sus manos impidiendo que se enderezara.

—¡Nena, eso no es que no soportes el dolor! ¡Eso es que tienes mala leche! —Jadeó indignada y más cuando le vio sonreír. —Yo te he hecho daño y sigo vivo.

Parpadeó entendiendo lo que quería decir. —Pues tienes razón.

—Ahora voy a llamar a una ambulancia.

—Pero es que a ti te quiero. Mucho.

La miró a los ojos antes de besarla en los labios suavemente. —Y yo a ti, preciosa. Ahora vamos a ver qué es lo que pasa con los niños.

—Sí, dile al matasanos que vaya al hospital. —Asustada cogió sus manos de nuevo. —¿Por qué nunca me has dicho que me querías hasta hoy?

Él sonrió. —¿Me sueltas una mano?

Ella gruñó. —Vale, pero solo una.

Su marido alargó la mano y abrió su mesilla de noche. Metió la mano, pero parecía que no encontraba lo que quería, así que tiró del cajón impaciente. —No te lo dije antes porque quería darte una sorpresa, cielo. Lo tenía todo preparado para el próximo fin de semana. Haríamos un viaje romántico a los Hamptons y... —Ella sorbió de nuevo. —Sorpresa. —Miró hacia el suelo y vio como levantaba la mano con una cajita de nácar en ella. Se le cortó el aliento. —Te lo compré en el pueblo. La señora Hobson me dijo que lo adorabas. Que siempre se te iban los ojos cuando ibas a la tienda y que te quedaba perfecto. Recordó que le habías dicho que si algún día te casabas sería el anillo de compromiso que te gustaría que te entregaran. —Él abrió la cajita mostrando el anillo de sus sueños con un diamante amarillo en forma de rombo montado en platino. El diamante que siempre había deseado. —Quería dártelo cuando estuvieras segura de que te quería, porque si lo hacía cuando fui a buscarte al pueblo, temía que no te lo creyeras. Por eso no te dije que te amaba, cielo.

Emocionada dejó que se lo pusiera en el dedo al lado del anillo de casada. —Es perfecto.

—La verdad es que he tenido mucha ayuda.

Ella rió antes de hacer un gesto de dolor doblándose hacia adelante y Wyatt perdió todo el color de la cara mientras la sujetaba por los hombros hasta que el dolor cesó segundos después. —Muy bien, nena. Lo haces muy bien. —Alargó la mano para coger el móvil de Romina y sin perderla de vista habló con emergencias antes de buscar el número del doctor. Saltó el contestador, pero había un móvil para las emergencias. Juró por lo bajo levantándose. —Espera, necesito un bolígrafo. —Se agachó buscando un bolígrafo entre lo que había en el cajón y ella mirando la mesilla cogió el que usaba para los crucigramas antes de ponérselo ante la cara. — Eres la mejor.

—Se mueven —dijo sonriendo mientras acariciaba su vientre.

—Eso es estupendo. —Vio como de los nervios tuvo que escuchar el número dos veces mientras se lo apuntaba en el brazo.

Al verle marcar negó con la cabeza. —Cielo es un seis y has marcado un nueve.

—Joder.

—¿Se puede saber qué os ocurre? —preguntó su abuelo al otro lado de la puerta.

—¡Abuelo!

Oliver entró en pijama apoyándose en su bastón. —No te asustes, ¿vale? —dijo ella a toda prisa—. Tengo un dolor en el costado.

—Oh... —Dio dos pasos hacia ellos. —Han sido tantas emociones, pero seguro que no es nada.

—¿Doctor Maxwell? ¿Cómo que no es su teléfono? ¡Lo he marcado tres veces, así que tiene que ser el suyo! —gritó Wyatt al teléfono muy alterado—. Ah, que es su enfermera. Soy Wyatt Ainsworth. ¡Mi mujer tiene dolores! ¡Qué vaya al hospital cuanto antes! La ambulancia está a punto de llegar.

—¿No estáis exagerando? —preguntó Oliver asombrado—. Antes se cogía un taxi y se iba uno al hospital con la parienta.

Eleanor entró en ese momento con un chándal rosa arremangándose los brazos. —Bien, vamos a allá.

—¿A dónde vas? —preguntó su nieto asombrado.

—Al hospital. Cielo, ¿vas en pijama?

—No, vosotros os quedaréis aquí. —Tiró el teléfono sobre la cama sin colgar siquiera.

—Ahora me cambio. Cielo, donde está mi chándal —dijo como un chaval.

—Hombres, nunca saben dónde está nada.

Wyatt se apretó las manos mirando la puerta del quirófano donde el doctor Maxwell le estaba practicando una cesárea de urgencia.

—Cielo, no te preocupes. Está en buenas manos.

Él asintió sin ser capaz de hablar. Tragó saliva mirando los ojos azules de su abuela. — Todavía no me puedo creer lo que está pasando. Hace unos días éramos tan felices. — Su abuela le miró emocionada. — Le acabo de decir que la quiero por primera vez. He perdido tanto tiempo...

—Se lo dirás durante muchos años más —dijo su abuelo sentado al otro lado intentando consolarle—. Es fuerte y los niños también. Todo va a salir bien. ¿Has llamado a su hermana?

—Sí. Cogerá el primer vuelo que pueda. —Muy tenso miró la puerta de nuevo. —Se ha puesto a llorar en cuanto se lo he dicho. Seguro que está muy asustada. —Se pasó la mano por los ojos agachando la cabeza. —Cuando Romina se entere se enfadará conmigo.

Eleanor sonrió. —Sí, seguro que sí. Y te pegará cuatro gritos bien dados, pero te sabrán a gloria.

En ese momento se abrió la puerta y salió el cirujano sonriendo, lo que fue un alivio. — ¿Está bien? ¿Los niños están bien?

—Aún hay que hacerles pruebas y se pasarán tiempo en la incubadora hasta que tengan el peso adecuado, por supuesto, pero todo está bien. No espero complicaciones. Romina saldrá enseguida.

Justo en ese momento se abrió la puerta y apareció una camilla. Nunca se sintió más aliviado que en ese momento al ver salir a su mujer y dos incubadoras detrás. Se quedó impresionado por lo pequeños que eran, aunque intentó no demostrarlo. Romina sonrió alargando la mano. —Mírales. Son iguales que tú.

Su abuela se echó a llorar acercándose al igual que Oliver que también estaba emocionado, pero ellos no se dieron cuenta porque solo podían mirarse a los ojos. Wyatt sonrió y se acercó para besar sus labios suavemente disfrutando de su contacto. Se separó unos centímetros y susurró —¿Has matado a alguien ahí dentro?

—No he sentido nada. —Sonrió acariciando su mejilla. —Gracias.

—¿Por qué, cielo?

—Porque me quieres tanto que me proteges de tu propia familia, me cuidas y te preocupas por mí. Me amas.

—Tanto que he envejecido diez años. Y te amaré siempre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas emocionada y apretó su mano antes de que él besara sus labios suavemente. —Siempre, nena.

—Señor Ainsworth, lo siento, pero nos la tenemos que llevar a la habitación —dijo la enfermera—. Las incubadoras pasaron a su lado. —Los niños van a la UCI neonatal. Allí estarán muy bien cuidados.

—¿Pero están bien?

—No se preocupe, señora Ainsworth. Les van a hacer pruebas para asegurarnos de que todo va bien. Podrá verlos cuando se encuentre mejor.

Asustada vio cómo se llevaban las incubadoras. —¿Cariño?

—Nena, están bien cuidados.

—Oh, Romina... son tan preciosos —dijo Eleanor emocionada.

—¿Verdad que sí?

—Algo pequeñitos, pero ya crecerán —dijo Oliver orgulloso palmeando la espalda de su nieto—. Ahora a criarlos. Nosotros os ayudaremos.

La enfermera carraspeó. —Señores, tenemos que llevarnos a la señora Ainsworth. Si quieren seguirnos...

Dejaron que movieran la camilla mientras Wyatt sin soltar su mano la siguió. Hizo una mueca porque igual tenía que llamar a Celia, pero a esas alturas seguramente ya estaría en el aeropuerto. Una visita a Nueva York no le vendría nada mal. Así rompía el hielo después de lo que había pasado. Eso la animaría a regresar. Su mujer la quería a su lado. Ya iba siendo hora de que dejara ese episodio atrás.

—¿Qué has hecho qué? —gritó su mujer con ganas de matarle.

—La he llamado cien veces, pero no me coge el teléfono. —Frunció el ceño viendo como apretaba el tenedor del desayuno. —Nena, deja eso y recuerda que me quieres, que luego alguien puede salir herido y...

En ese momento se abrió la puerta de golpe y entró su hermana con cara de susto. Cerró la puerta aliviada y se echaron a llorar alargando los brazos. Celia corrió hasta su mujer para abrazarla con fuerza.

Después de unos minutos de lágrimas, su esposa le miró con rencor por encima del hombro de su hermana y por precaución, solo por precaución, dio un paso atrás cruzándose de brazos y sonriendo.

—¿Estás bien? —preguntó Celia sin soltarla.

—Sí, algo dolorida pero bien. Ha sido por cesárea. Pero todo ha ido bien, no te preocupes.

Celia se apartó para mirar su rostro como temiendo preguntar. —¿Los niños?

Romina sonrió. —El médico dice que tienen que crecer un poco, pero que están muy bien. Tienen que estar en la incubadora un tiempo. Son guapísimos.

—Como yo.

Ambas le miraron antes de gruñir y él carraspeó. —Que conste que te he llamado muchas veces.

—¡No tengo batería! ¡Se me olvidó el cargador en casa con los nervios!

—Me voy a ver a mis hijos antes de que alguna se tire sobre mí. —Abrió la puerta y Romina jadeó indignada. Wyatt sonrió. —Cielo, vuelvo enseguida.

—¿Y?

Le guiñó un ojo. —Te quiero, preciosa.

Sonrió viéndole salir y Celia al verla tan feliz apartó la mesa del desayuno para coger sus manos. —Me alegro muchísimo por ti.

Acarició su mejilla. —Solo deseo que conozcas este tipo de amor. Tanto el que siento por mi hombre como el que sentí al ver a mis hijos por primera vez. Es lo más maravilloso que vivirás jamás.

Celia agachó la mirada y Romina le levantó la barbilla para mirar sus ojos verdes. —No te escondas, cielo. Eso no es vivir. Y quiero que vivas. Necesito que seas feliz. Que sientas mil emociones y no solo lo que es el miedo porque te estás perdiendo mil cosas maravillosas que nos rodean.

Celia sonrió con tristeza. —Sé que quieres que me quede.

—Estás equivocada. Quiero que seas feliz y si no lo eres aquí, vete donde lo seas porque nuestro vínculo es mucho más fuerte que cualquier distancia. Siempre seremos una estés donde estés y si quieres regresar al pueblo pues muy bien, pero date una oportunidad. Por favor, date una oportunidad.

Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas. —No sé si puedo hacerlo. Cada vez que se acercan... Que lo recuerdo...

—Sé que has vivido un infierno. Necesitas consejo profesional, cielo. ¿Qué tal si te quedas aquí unos meses con nosotros para que disfrutes de tus sobrinos? Estaremos encantados de que estés aquí y es un momento único en la vida. Los niños te curarán, ya verás. —Acarició su cabello castaño. —Solo necesitas ayuda. Deja que te ayudemos.

—Te quiero. Eres lo mejor que he tenido en la vida.

La abrazó con fuerza. —No, cielo... Lo mejor está aún por venir.

Romina sonriendo colgó el teléfono y su marido la cogió por la cintura arrastrándola hasta él. Rió tumbándose sobre su cuerpo. —¿Qué quiere, señor Ainsworth?

—Están dormidos. —Acarició su trasero. —Los abuelos también y tenemos toda la noche para nosotros.

—Bueno, toda la noche... —Besó su labio inferior. —Hasta dentro de dos horas que les toca la siguiente toma, pero es tu turno, marido.

Él gruñó besando su cuello. —Como estaré despierto me dará igual. Y tú también lo estarás, así me ayudas.

Riendo se apoyó en sus hombros para mirar su rostro. Estaba radiante de felicidad. —Ha cambiado.

Wyatt sonrió. —Supongo que hablas de tu hermana.

—Sí, gracias.

—¿Por qué, cielo?

—Por molestarte en buscar a esa psicóloga que la ha ayudado tanto. Gracias. Moviste tus hilos para que la atendiera y es algo que te agradeceré siempre.

—Nena, porque seas feliz haría lo que fuera. Sois lo más importante en mi vida.

—¿Cómo has podido cambiar tanto desde que conocí a ese yupi tan borde que me miraba como si fuera la responsable de las siete plagas?

Wyatt se echó a reír. —Es que tienes una sonrisa que me conquistó desde la primera vez que te vi.

—Serás mentiroso —dijo riendo.

Se volvió llevándosela con él y besó sus labios apasionadamente antes de apartarse y mirarla de una manera que le dio un vuelco el corazón. —¿Qué?

—Eres lo mejor que me ha regalado la vida, mi amor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —¿De veras?

—Ya no sé qué haría sin ti.

—Nunca tendrás que descubrirlo, mi vida. —Acarició su nuca atrayendo su rostro. —
Porque nunca he sido más feliz que a tu lado.

Capítulo 11

Celia gimió apartando las sábanas y empapada en sudor se forzó a levantarse. Menuda noche. Sentada en la cama se pasó las manos por la cara apartando su cabello castaño y tomó aire. No pasaba nada. Había sido una mala noche y la doctora le había dicho que ese tipo de cosas podían pasar cuando menos se lo esperara. Hacía un mes que no tenía pesadillas, pero si ocurría no debía agobiarse y tenía que ignorar lo que había pasado para no derrumbarse de nuevo. La vida continuaba. Le había asegurado que si seguía los pasos, poco a poco las pesadillas se irían espaciando e iría recuperando su vida.

Se levantó para salir al pasillo y jadeó viendo el charco que había en el suelo de madera. Chilló corriendo hasta el baño y cogió unas toallas para tirarlas encima. ¡Mierda, se le iba a estropear el parquet! Miró hacia arriba y jadeó al ver la enorme gotera. —Estupendo. Lo que te faltaba. —Lo limpió lo más rápido que pudo y puso más toallas en el suelo antes de bajar las escaleras para coger la olla más grande que tenía. Miró por la ventana que tenía ante el fregadero y juró por lo bajo porque llovía a cántaros. Tendría que buscar a alguien que le arreglara el tejado porque ni loca se subía allí arriba con la altura que había. Además, no tenía ni idea de cómo se arreglaba aquello.

Después de organizar el piso de arriba con varias ollas para asegurar el parquet, de dar de comer a las gallinas y a los perros, y de desayunar, decidió limpiar un poco el polvo porque aún era temprano para ir a la peluquería.

Estaba limpiando las fotos de encima de la chimenea del salón y sonrió viendo la foto de la boda de su hermana, que estaba preciosa con su sencillo vestido blanco, cogida del brazo de Wyatt que la miraba como si fuera lo más importante de su vida. Y había demostrado que lo era.

Había ignorado totalmente cómo había sido su pasado porque lo único que quería era vivir su futuro con ella.

Apretó los labios recordando la sesión familiar con la doctora Neus. Wyatt había estado fantástico animándolas a hablar sobre su vida con May y su abuela. De su experiencia en el reformatorio y sobre cómo se habían sentido por su violación. De lo único que no habían hablado era de la venganza a su atacante, porque era algo que los tres habían decidido no volver a hablar con nadie por el bien de Romina. Wyatt temía por ella y Celia también como para hablarlo con su psicóloga que al fin y al cabo era una desconocida. Precisamente esa era la pesadilla que había tenido esa noche y cerró los ojos porque no quería pensar en ello.

Besó la foto de su hermana antes de sonreír para ver las fotos de los gemelos vestiditos de azul en cuanto salieron de la incubadora. Levantó la ceja viendo los treinta portafotos de distintos tamaños con fotos de sus sobrinos y eso que aún no tenían ni cuatro meses. Pero es que estaban para comérselos. Wyatt y Oliver eran tan preciosos con su pelito negro y sus ojitos verdes que no podía evitarlo. Foto que le enviaba su hermana foto que enmarcaba. Sonriendo los limpió uno por uno y cuando llegó al final miró el reloj. Uy, se le había ido el santo al cielo. Hablando de santos. Tenía que pasar por la iglesia después del trabajo a cortarle el cabello al Padre McAdams.

Volvió a subir al piso de arriba y gimió porque si no dejaba de llover no sabía si la olla sería suficiente. Esperaba que sí porque allí no tenía nada más grande. Entonces pensó en el barreño que tenía en el establo y corrió a toda prisa hasta el perchero del hall poniéndose el impermeable y saliendo de la casa. Corrió por el porche hasta el final y saltando un charco corrió hacia el establo cubriéndose el cabello con la capucha. Cómo llovía.

Gimió porque el barreño que estaba colgado de la pared estaba lleno de polvo, pero no tenía tiempo para limpiarlo en condiciones, así que lo sacó del establo que ya no se usaba y cerró la puerta con el tope de madera cortándosele el aliento al ver una huella en el barro húmedo. Y era demasiado grande para ser suya. Asustada miró a su alrededor y sin poder evitarlo corrió hasta el porche dejando caer el barreño allí antes de correr a la parte de atrás, para soltar a los dos

mastines de sus cadenas como hacía todas las mañanas para proteger la casa en su ausencia.

—Vamos, chicos. A ver si hay algo raro.

Entró por la puerta de la cocina y cogió la escopeta que tenía en el armario colocándose la bajo el brazo. Muy tensa fue hasta la ventana del fregadero y miró a su alrededor antes de ir hacia la puerta delantera para mirar por las ventanas laterales.

—No pasa nada, igual era una huella tuya. Te estás dejando llevar por el pánico —dijo para sí sin perder de vista el exterior, atenta a cualquier cosa extraña. Los perros no ladraban ni se habían movido del sitio. Lo que indicaba que no había nada extraño y suspiró más tranquila. —¿Ves? No pasa nada. Todo va bien. —Pero no pudo evitar mirar hacia abajo para ver que sus botas estaban solo mojadas. Ni rastro de barro. Levantó la vista lentamente y abrió la puerta principal saliendo al porche. —¡Cómo no se vaya de aquí, le voy a atravesar la cabeza de un tiro, eso se lo juro por lo más sagrado! ¡Salga de una vez! —gritó a través del sonido de la lluvia.

Uno de sus perros apareció por la esquina sobresaltándola y chilló —¡Bob, has estado a punto de espicharla, idiota!

Bufó apuntando a su alrededor, pero nada. —¡Hablo en serio! ¡Le aseguro que tengo muy buena puntería! —Como no había movimiento gritó —¡Bob, Lord, aquí!

Sus perros se acercaron poniéndose en guardia y se colocaron cada uno a un lado. Bajó lentamente los escalones mientras muy tensa no dejaba de estar atenta a cada movimiento a su alrededor. —Vamos bonitos... decirme dónde está.

En eso Bob salió corriendo y ladró moviendo el rabo, lo que la extrañó muchísimo porque solo hacía eso con los conocidos. A toda prisa le siguió viendo como Lord se unía a su compañero. Asombrada y muerta de miedo rodearon el establo. Se detuvo en seco porque detrás de la vieja camioneta que hacía años utilizaba la zorra de May, vio lo que parecía una pierna cubierta con un vaquero muy sucio. Los perros se acercaron a la parte de atrás de la camioneta moviendo el rabo de un lado a otro muy contentos para su gusto.

—¡Salga de ahí si no quiere que le traspase a balazos! ¡Estoy perdiendo la paciencia!

Un hombre de unos sesenta años salió de detrás cubierto con una vieja cazadora vaquera negra. Tenía el cabello blanco y barba descuidada. Levantó las manos y ella le apuntó algo nerviosa por su aspecto de vagabundo. —No, por favor. No he hecho nada. Lo juro. Solo quería resguardarme de la lluvia.

Apartó la escopeta de su rostro para mirarle bien antes de mirar a los perros, que era obvio que le conocían. —Mientes. ¡Cuántas veces has venido por aquí! —gritó tensándose. Dio un paso hacia ella—. ¡No se mueva!

—Duermo en el establo desde hace un año.

Se le cortó el aliento asombrada porque ella no se había dado cuenta. —¿Cómo desde hace un año?

—Era de noche y me perdí. Conseguí llegar hasta aquí y... Sabía que no dejarían que me quedara, así que no pedí permiso.

—¡Esta es mi casa! ¡Podría pegarte un tiro! ¡Cualquiera podría pegarte un tiro en propiedad privada!

—Lo sé. —Sonrió de medio lado. —Pero sino hubiera dormido al raso.

—¡Así que coges lo que te apetece porque sí! —gritó rabiosa.

Perdió la sonrisa poco a poco. —No, no soy de esos. No he robado nada.

—¿Y qué comes?

Él apretó los labios. —No he robado nada que no sea comida.

—¡Ya, largo de mi propiedad!

Apretó los labios antes de volverse, pero Bob ladró poniendo las patas sobre su pecho y él en lugar de enfadarse porque le estaba poniendo perdido, sonrió acariciando su cabeza como si le tuviera mucho cariño y le apenara alejarse de él. Celia sintió que se le retorció el corazón y sin

saber por qué bajó el arma. —¿Cómo te llamas?

Se volvió sorprendido y a Celia se le cortó el aliento al ver sus ojos grises. —Dios mío... Eres el padre de Ashley.

La miró a los ojos asintiendo. —Me llamó Dennis.

—Lo sé. Les abandonaste por otra mujer cuando tenía dieciséis años. Lo sabe todo el mundo.

—Cometí un error. Un error gravísimo que nunca voy a poder subsanar.

—¿Y por qué has vuelto?

—Quería ver a mi hijo —respondió algo avergonzado apartando la mirada—. Quería saber de él.

Le miró durante varios segundos. —¿Y le has visto?

Dennis sonrió. —De lejos. Es todo un hombre.

—Ha trabajado muchísimo para sacar el rancho adelante. —Sin poder evitarlo entrecerró los ojos. —¿No habrás venido a reclamar nada?

—No tengo derecho a nada. Ni a que me miren. No te preocupes, me voy, pero por favor no le digas que he estado aquí.

Entonces fue consciente de que le avergonzaba que su hijo le viera así. Cuando se alejó ella gritó —¡Espera! —Él se volvió mirándola sobre su hombro y esos ojos grises la decidieron. —No te vayas sin desayunar.

—No te preocupes.

—Tu hermano me tiraría de las orejas si se enterara. —Le hizo un gesto con la cabeza. —Tengo café en la cafetera aún.

—Haces el mejor café que he probado nunca. —Se acercó a ella quedándose a dos pasos como si no quisiera asustarla. —Gracias.

Ella hizo una mueca. —Vamos, estás empapado.

—Llegarás tarde a la peluquería.

—Rachel no me echará la bronca. Nunca llego tarde.

—Eso es cierto.

Caminaron en silencio hasta el porche. Era extraño que la conociera tanto. —¿Me espías?

—A veces oigo cosas.

Palideció volviéndose hacia él antes de entrar en la casa porque con su hermana había hablado de mil cosas por teléfono. Como de la terapia o de lo que les había pasado años atrás. Incluso cuando su hermana había estado allí podía haber oído mil cosas.

—Cuando conociste a tu cuñado estuve a punto de salir, pero vi que dominabas la situación y que te arreglabas sola. —Sonrió divertido. —Tienes mala leche, niña.

—No me gusta que me espíen —dijo muy tensa.

—Si quieres me voy, pero te juro que jamás saldrá nada de mi boca que pueda dañarte. Lo que pasó en aquel callejón, por ejemplo. Se lo merecía el muy cabrón y si lo tuviera delante yo haría lo mismo.

Sorprendida le miró a los ojos. —¿Por qué? No me conoces.

—Sí que te conozco. Te conozco muy bien después de un año. Y cualquier cerdo que haga una cosa así, merece morir de la peor manera posible. Aplaudo que acabara en el hoyo y lo que hicisteis con esa zorra de May. Y tu abuela siempre fue una cabrona de primera. ¿Sabes que una vez me arreó un tortazo cuando tenía catorce años?

—¿Por qué?

—Un día la pisé sin querer al salir de misa y me arreó ante mis padres. Le dieron la razón por no tener problemas con ella, aunque le pedí perdón de inmediato. Pero así era tu abuela. Nadie la apreciaba. No como a vosotras, que os quiere todo el pueblo.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó sorprendida.

—Porque te llama todo el mundo —dijo como si nada—. Si no te apreciaran no te llamaría nadie. Mira todos los que vinieron a la boda de tu hermana, que por cierto fue preciosa. La tarta estaba buenísima. El chico no me gustaba mucho al principio, pero ha demostrado ser todo un hombre. Sí señor. Wyatt me ha sorprendido.

Jadeó asombrada abriendo la puerta. —Increíble.

Él se echó a reír entrando tras ella y para su sorpresa dijo desde el vano —Con permiso.

—Dennis entra de una vez

—Si quieres me lo preparo yo. Estoy acostumbrado.

Sonrió sin poder evitarlo. —Muy bien. Así no dejaré sola a Rachel.

—Muy bien.

Ella cogió su bolso dejando la escopeta al lado de la puerta y la abrió de nuevo mirándole.
—Dúchate y lava la ropa. No vaya a ser que te pongas enfermo.

—Tranquila. Me iré antes de que vuelvas.

Asintió saliendo de su casa y dejando a ese desconocido en ella. Antes de bajar del porche miró sobre su hombro y vio como la observaba. Increíblemente no se sintió inquieta por dejarle allí. Sería una tontería cuando había campado a sus anchas un año por su propiedad. Se volvió ajustándose la capucha y corrió hasta la camioneta roja que acababa de comprar. Sentada tras el volante miró hacia la enorme casa y se encogió de hombros. Si fuera a hacer algo ya lo habría hecho.

Menuda pesada que era la señora Ramírez. Que si no le gustaba el champú porque le dejaba el cabello reseco, que si cuidado al peinarla que siempre perdía mucho pelo, que si los

rulos le hacían daño. Estaba tan harta de ella que a punto estuvo de tirarle de los rulos hasta dejarla calva. Encima que nunca dejaba propina, la muy tacaña.

Salió de la camioneta dando un portazo y al mirar hacia la casa chilló al ver a Dennis en el tejado con un martillo dando golpes. —¿Qué haces, loco? ¡Te vas a caer!

—¡Tienes que ir al pueblo! —gritó desde arriba.

—¿Ahora?

Se puso de pie sobre el tejado con el martillo en la mano. —Tienes cuatro tejas rotas. Las hubiera arreglado en verano, pero no podía decirte nada. —Miró el cielo. —Y cuanto antes mejor porque parece que va a llover de nuevo.

—¿Y si no las hay iguales?

—Vete al almacén de Pivodi. John vive en la parte de atrás si ya está cerrado. Le explicas lo que ha pasado y que necesitas tejas. Trae de sobra. Él arreglo el tejado a tu abuela hace unos años, así que sabe de qué tejas hablamos.

Puso los brazos en jarras. —¿Y si me pregunta quién me lo arregla?

Dennis frunció el ceño. —Pues tendrás que decir que eres una manitas, niña, porque no hay otra solución. A no ser que quieras que venga a él para dejarte temblando con la factura porque siempre ha sido un cara.

Ni hablar. Después de la camioneta estaba seca y no pensaba pedirle dinero a su hermana, aunque sabía que se lo daría en el acto. —Vale, vengo ahora. —Corrió hacia la camioneta. —¡No te caigas!

Él sonrió y ella salió de allí pitando. No fuera a ser que de tanto esperar tuviera un resbalón y luego a ver cómo explicaba que el desaparecido Dennis McAdams estaba estrellado ante su porche.

Aparcó ante el almacén y juró por lo bajo al ver a su lado la camioneta de Ashley. Mierda. Bueno, saludaba como siempre y hala, a lo suyo.

Bajó de la camioneta y cerró la puerta yendo hacia la entrada. Entró en el almacén que tenía cualquier cosa de reparación que pudieran necesitar los del pueblo. Desde una alcayata hasta cemento y ladrillos para construir casas. Entró acostumbrándose a la falta de luz porque el muy avaro ni encendía los fluorescentes a no ser que fuera totalmente de noche. Miró a su alrededor, pero parecía vacío. Igual estaba en la parte de atrás con Ashley.

—¿Señor Pivodi? —Estiró el cuello mirando el pasillo donde la puerta de atrás estaba entreabierta. —Señor Pivodi venía a por unas tejas para mi casa.

Caminó por el pasillo porque no podía perder el tiempo con Dennis en el tejado y abrió la puerta del almacén para ver como la señora McAdams se daba el lote con John Pivodi sobre unos sacos. Ella que parecía que se lo estaba pasando genial abrió los ojos y chilló apartando a John que miró hacia atrás sonrojándose como un colegial. —¡Celia! Qué sorpresa.

¡La sorpresa se la había llevado ella! Menudo día le estaban dando los McAdams. Forzó una sonrisa. —Sí, necesitaba unas tejas —dijo como si nada para no avergonzarlos más.

—Sí, sí claro.

—Para mi casa. Tengo goteras.

—Oh, ¿quieres que te las arregle? —preguntó solícito sin darse cuenta de que tenía los pelos revueltos.

—No, no hace falta. En el reformatorio me enseñaron —soltó como si nada.

—Es estupendo que te hayan enseñado esas cosas —dijo Alice McAdams roja como un tomate abrochándose el botón de arriba de su vestido.

—Sí, quieren que seamos autosuficientes. —Miró al hombre que comparado con Dennis no había por donde cogerlo, porque su vagabundo le sacaba medio metro y eso por no decir que tenía pelazo mientras ese tenía cuatro pelos mal colocados. —Necesito unas veinte para tener de repuesto.

—Sí, claro que sí. Recuerdo que cuando cambié tu tejado dejé varias cajas en la parte de

atrás. Trae la camioneta que yo te las cargo. Regalo de la casa.

—Oh, no por favor.

—Tranquila, la bruja de tu abuela las pagó y las deje ahí por si acaso porque ella no las quería estorbando.

Esa mujer al parecer siempre había sido idiota. Si tenía el granero y el pajar vacíos ya en aquella época. Se encogió de hombros. —Perfecto. —Iba a volverse cuando miró a la madre de Ashley. —Adiós.

—Adiós Celia. —Algo avergonzada carraspeó mirando a John que no sabía dónde meterse.

Al volverse abrió los ojos como platos. En menudo marrón se estaba metiendo con el marido fugitivo en su casa mientras la mujer, que en todos esos años se había mantenido célibe, resultaba que ahora tenía amante. Bueno, ella a sus tejas que se veía saliendo en el periódico local. ¿Por qué se metía en esos líos?

Capítulo 12

Al llegar a la casa gimió al ver que Dennis estaba en el porche barriendo. Ahora entendía porque muchas veces se decía que no necesitaba barrerse. Se bajó del coche. —¿Las has conseguido?

—Todas las que tenía porque las había pagado la abuela.

—Eso es estupendo —dijo tan contento apoyando la escoba en la pared—. Venga, manos a la... —La miró a los ojos. —¿Ocurre algo? Sé que te dije que me iba a ir, pero quería arreglarte el tejado en agradecimiento.

—No, no es eso. —Mierda, ¿por qué siempre se le notaba todo en la cara? Menuda desgracia. —Es que... —¿Debía contárselo? ¿Para qué iba a decírselo si total puede que no se enterara? No, mejor no le decía nada. Forzó una sonrisa. —Nada. Has comido, ¿verdad? No sabía si tenía algo en la nevera.

—Yo me apaño con cualquier cosa. —Él suspiró. —Mira, no es justo que estés incómoda. No quiero inquietarte, así que es mejor que me vaya ahora.

Celia se mordió el labio inferior viendo cómo se acercaba a ella para bajar los escalones. —No es eso.

—Sí, es lo mejor.

—Acabo de pillar a tu mujer comiéndole la boca al señor Pivodi —dijo roja como un tomate.

Dennis primero la miró sorprendido como si no se lo esperara, pero de repente se echó a reír. —Niña, han pasado dieciséis años desde que me fui. Ya no es mi mujer.

Parpadeó asombrada. —¿No te importa?

Él suspiró y se sentó en uno de los escalones. Ella mirándole fijamente se sentó a su lado.
—Me casé muy enamorado. En cuanto la vi me dije es la mujer de mi vida.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé. Pasaron los años y nos fuimos distanciando. Y apareció Louise.

—Me dijeron que era camarera en el bar de Molly.

—Sí, y poco a poco, no lo sé.... Una sonrisa, un roce y antes de darme cuenta teníamos encuentros en su casa. Ella quería que pidiera el divorcio y que nos casáramos. Llevaba un año engañando a mi esposa y la situación era horrible porque Alice lo sabía.

—¿Lo sabía? Pobre.

Dennis asintió. —Y me rogó muchas veces que la dejara. Que haríamos lo que fuera por salvar nuestro matrimonio. Pero después de una discusión salí de la habitación y allí estaba Ashley. —A Celia se le cortó el aliento. —Se enteró el último porque ya lo sabía todo el pueblo. Fue él quien me dijo que me fuera de esa casa de inmediato viendo llorar a su madre en la habitación. Y me fui. —Giró la cabeza para mirarla. —Con lo puesto. Antes me preguntaste si venía a reclamar algo. No tenía derecho porque el rancho no era mío. Era de mi suegro.

—Oh, no lo sabía.

—Él al morir se lo dejó a Ashley. Aún era un niño, pero lo adoraba y sabía que yo cuidaría de él mientras crecía. —Miró al horizonte. —Pero le fallé. Les fallé a todos por una mujer que ni siquiera me quería.

—Ella pensaba que el rancho era tuyo.

—Sí. Y cuando nos fuimos estaba contentísima, pero cuando se enteró de que no tenía un dólar no tardó en darme la patada. Intenté buscar trabajo en la ciudad, pero soy ranchero. Durante un tiempo trabajé en la construcción hasta que tuve una lesión en la rodilla que me impidió trabajar un año. Después de eso nadie quiso darme trabajo porque no es que abundara y los

preferían más jóvenes.

—Y acabaste en la calle.

—Durante todos estos años he venido a ver a mi hijo a escondidas cuando he podido. Pero llegó un momento que no tenía para viajar y el autoestop no está bien visto. Así que en el último viaje me quedé.

—Es un hombre extraordinario. Todo el mundo le aprecia y ha convertido el rancho en lo que es. Estarás muy orgulloso.

—Sí, porque lo ha hecho todo solo.

—Algo le habrás enseñado tú. —Dennis apretó los labios agachando la mirada y sintió pena por él. —Mira, yo he tenido los peores padres del mundo, pero siempre recordaré como mi madre me enseñó a poner una lavadora. —Se echó a reír. —No sé si me entiendes. Tenía como unos cinco años, pero me enseñó muchas cosas, sobre todo como huir de mi padre cuando llegaba a casa y eso nos mantuvo vivas. Puede que pienses que no has aportado nada a su vida, pero te aseguro que sí. Si Ashley es como es, también es gracias a ti.

Él sonrió. —Eres fantástica.

—Bah... Vamos, dejemos el tejado para mañana que es domingo. Me apetece un buen filete para cenar.

—¿Y si llueve?

Miró el cielo que estaba encapotado. —No va a llover. Ya verás como no. Cenemos con una buena cerveza. Y mientras hago la cena dúchate. —Se levantó entrando en la casa. —¡Y después te cortaré el pelo mientras vemos el concurso de la tele!

Dennis sonrió antes de mirar en dirección al rancho de su hijo que estaba a diez kilómetros al este. Había hecho ese trayecto muchas veces en el pasado y se preguntó si era hora de irse para siempre. Si se enteraba de que estaba allí, se llevaría un disgusto y no quería que se sintiera mal de nuevo por su culpa.

La mosquitera se abrió y Celia le miró desde el vano de la puerta. —No te vayas.

Él la miró con pena. —Se va a enterar de que estoy aquí.

—¿Sabes? —Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Puede que mi madre hiciera mil cosas mal en el pasado, pero daría todo lo que tengo por la oportunidad de volver a verla, de volver a estar con ella. Porque sé que nos quería.

—Claro que sí, niña —dijo levantándose—. ¿Cómo no os iba a querer si sois maravillosas? —Antes de darse cuenta la estaba abrazando y se quedó muy quieta durante unos segundos, pero no se sintió amenazada y aunque no correspondió a su abrazo tampoco le rechazó. Él se apartó sonriendo. —Voy a ducharme.

—Sí —balbuceó sorbiendo por la nariz mientras agachaba la mirada algo avergonzada—. Tienes algo de ropa de mi abuelo por ahí. No la había tirado para tener trapos para limpiar y al final nunca la he hecho pedazos. Está en un baúl en la última habitación de la izquierda. —Se pasó la mano por la nariz viendo como subía las escaleras. —Puedes dormir en esa habitación. —Se volvió sorprendido, pero ella fue hacia la cocina sin saber qué decir.

Dennis sonrió pensando que tenía un corazón de oro.

Celia se mordió el interior de la mejilla mirando las camisas de hombre en el centro comercial que había a veinte kilómetros del pueblo. ¿Qué talla usaría? Porque la ropa de su abuelo le quedaba muy pequeña. Sacó una camisa azul de manga corta y negó con la cabeza. Aquella le quedaría pequeña. Cogió una talla más y alguien carraspeó tras ella. Sobresaltada se volvió perdiendo algo de color al encontrarse con Ashley que la miraba con una sonrisa en la cara. —¿De quién es el cumpleaños?

—¿Perdón?

—Es para un cumpleaños, ¿no? —preguntó señalando la camisa.

—Oh... sí, sí. Es el cumpleaños de... de Bob.

—¿Bob? —Frunció el ceño. —¿El que trabaja para mí?

—Oh, no. —Se puso como un tomate. —Me acabo de dar cuenta de que no le conoces.

—¿No es del pueblo?

—No, es un proveedor.

Él frunció el ceño. —De la peluquería.

—Sí. ¿Cómo te va? Qué casualidad que nos encontremos aquí —dijo con una sonrisa de loca que no podía con ella.

—Pues muy bien. ¿Y tú?

—Pues aquí, ya me ves.

—Celia, ¿estás bien?

—Sí, claro. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

Sacó la primera camisa que pilló y se la puso delante. —¿Esta es tu talla?

Él miró la camisa antes de sisear —No, yo uso una talla más.

—Oh... —Miró la talla y cogió otra más grande antes de sonreír radiante haciéndole parpadear del asombro. —Gracias. ¿Y de pantalón qué talla usas?

—Al parecer ese Bob es parecido a mí en tamaño —dijo entre dientes.

—Pues sí. Me has venido genial. ¿La talla?

—La treinta y dos, treinta y cuatro. Depende.

Ella entrecerró los ojos mirando sus caderas. Dennis usaría la treinta y cuatro. —Perfecto.

—Comprar un pantalón a un hombre es algo demasiado personal, ¿no crees?

Se sonrojó de nuevo. —¿Opinas eso? —Él dio un paso hacia ella y Celia se volvió

cogiendo la primera camisa que pilló dándole la espalda. —¿Y a qué has venido tú?

—A comprar calzoncillos —susurró con voz ronca muy cerca de su oído—. ¿Quieres saber la talla?

Se le cortó el aliento con los ojos como platos. —No, no hace falta —balbuceó cayéndosele la camisa de la mano. Se agachó y sin querer su trasero rozó las piernas de Ashley. Al querer apartarse cayó de rodillas.

—¿Te ayudo?

Se iba a agachar, pero Celia se puso nerviosa y gritó —¡No!

Él perdió la sonrisa enderezándose mientras veía como aferraba las camisas en su pecho mirando a todos lados como si quisiera huir. —¿Celia?

—Tengo que irme —dijo apurada antes de casi salir corriendo, llegando a la sección de señora y escondiéndose en los probadores. Agobiadísima cerró la cortina y se dejó caer en el suelo reprimiendo las lágrimas. Apoyó la espalda en la pared y una lágrima se escapó entre sus pestañas. Nunca volvería a ser la de antes, lo sabía. Odiaba que su otra vida no le dejara continuar con esa.

Llevaba loca por Ashley desde los siete años cuando le había visto por primera vez con sus amigos fuera de misa. Se le había quedado mirando porque era el más alto de todos y tenía una sonrisa pícaro que la hizo sonreír. Y durante años le admiró a lo lejos sintiendo que su corazón se volvía loco cuando la saludaba como haría cualquier vecino. Pero cuando terminó en el reformatorio, supo que nunca volvería al pueblo y era algo que la torturaba porque había sido el único hogar que conocía. Donde a pesar de vivir con aquellas brujas había sido feliz.

En el colegio y en el instituto disfrutaba de sus compañeros y de las clases. Su hermana y ella siempre participaban en todo lo que podían para no tener que ir a casa con una excusa. Fuera de su casa había sido feliz, pero ya en el reformatorio fue consciente de que no podían volver y más a casa de su abuela que aún estaba viva cuando salieron de allí. Y Nueva York era la opción

perfecta para prosperar. La ciudad soñada y su hermana estaba loca por ir a la gran manzana. Así que, aunque se le rompía el corazón por no volver a Rose Hill, fue feliz en Nueva York. La experiencia la hizo madurar y fueron unos años maravillosos llenos de nuevas vivencias. Pero sucedió aquella horrible noche que no la abandonaría jamás y sintió que no podía quedarse allí. Cerró los ojos con fuerza mientras las lágrimas caían por sus mejillas de manera incontrolable. Cuando su hermana le preguntó a dónde quería ir no lo dudó. Su abuela había muerto y tenían la casa. Sentía que tenía que regresar al pueblo. Durante semanas ni fue capaz de salir de la casa, pero poco a poco fue reviviendo y aunque creía que las rechazarían después de haber estado en el reformatorio la gente del pueblo las apoyó porque su historia la conocía todo el mundo. Y precisamente porque todos conocían lo que había pasado en casa de la abuela se fueron integrando de nuevo, pero veía que su hermana, su otra mitad no era feliz, así que le dijo que se fuera. Ella no quería, pero la convenció diciéndole que tenía que estar sola. Fue muy duro separarse de la única persona que había compartido cada parte de su vida, pero sabía que era lo mejor y eso la hizo avanzar para salir adelante.

Pero había un aspecto de su vida que no cambiaba. Cuando volvió a ver a Ashley, su corazón siguió saltando en su pecho igual que siempre, pero algo en su interior entraba en pánico cada vez que le hablaba. Sentía necesidad de huir cada vez que le veía y había llegado a un punto en que entraba en pánico porque él cada vez se acercaba más. No le había pedido una cita como otros hombres del pueblo, pero él no disimulaba su interés y ella ya no sabía qué hacer para que no se acercara más. Lo había hablado mil veces con su psicóloga y ella le había dicho que no debía negarse la oportunidad de estar con el hombre que realmente le atraía, pero sentía miedo de lo que él pudiera pensar de lo que había pasado en Nueva York. Porque la psicóloga había sido clara, debía sincerarse con su pareja para tener una relación lo más sana posible. Y eso era algo que no sabía si podría hacer algún día porque ni había sido capaz de hablar de eso con su hermana. La única que sabía todo lo que había pasado era su terapeuta, que la había escuchado en silencio mientras desgarrada de dolor ella lo relataba a su ritmo. Así que decírselo a Ashley,

desnudar su alma con alguien que no sabía si lo entendería ni como se lo tomaría... Negó con la cabeza. Sabía que nunca sería capaz de hacerlo. Así que seguía entrando en pánico y seguía huyendo de él. Debía pensar que era estúpida.

Se limpió las lágrimas y se miró al espejo del probador. Intentaría ser fría como antes de ir a la psicóloga. Eso le había mantenido alejado lo suficiente para sentirse cómoda. Había sido cuando regresó de Nueva York después de nacer los niños cuando todo cambió de manera radical y era porque le había sonreído un par de veces. Suspiró mirando sus ojos verdes. Estaban enrojecidos de llorar. No podía salir así.

Se pasó más de media hora en el probador y cuando consiguió salir con las camisas hechas un desastre entre sus brazos, se quedó de piedra deteniéndose en seco al ver que Ashley estaba ante la puerta con los brazos cruzados mirándola fijamente y no tenía pinta de que iba a moverse de allí. Tragó saliva saliendo y sonrió ligeramente. —¿Todavía aquí?

Él no dijo palabra sin dejar de mirarla y Celia se sonrojó. —Bueno, pues adiós.

—Ni se te ocurra largarte sin dar una explicación de lo que ha pasado, Celia.

—No sé de lo que hablas —dijo haciéndose la tonta pasando a su lado a toda prisa.

—¿Por qué huyes de mí? —Se detuvo en seco sintiendo como su corazón se aceleraba de nuevo. Él se colocó a su lado sin tocarla. —Nena, no sé lo que te pasa conmigo y...

—No te acerques más a mí. Por favor —dijo angustiada antes de casi salir corriendo.

Él la observó ir a las cajas y apretó los labios al verla pagar a toda prisa, apurando a la cajera para que le cobrara cuanto antes. Cuando Celia llegó a su coche y cerró la puerta suspiró del alivio tirando la bolsa al asiento del pasajero. Sus manos temblaban cuando iba a meter la llave en el contacto y sabiendo que no podía conducir, apoyó los brazos sobre el volante descansando la cabeza sobre las manos. —No llores —susurró intentando relajarse—. No llores. Puedes con esto —dijo angustiada—. Has podido con mil cosas antes y también superarás esto.

La puerta se abrió y miró hacia allí sobresaltada para ver a Ashley que muy tenso dijo

como si no quisiera asustarla —Muévete al otro asiento, nena. No puedes regresar así a casa. Uno de mis peones vendrá a recoger mi camioneta. —Ella iba a decir algo, pero él la interrumpió — No hablaremos. Solo quiero asegurarme de que llegas bien a casa.

Entonces recordó a Dennis y negó con la cabeza. —Estoy bien. No necesito niñera. — Alargó el brazo intentando coger la puerta y él dio un paso atrás dejando que la cerrara. —¡Vete! ¡Déjame en paz!

Él juró por lo bajo antes de alejarse a regañadientes al ver el pánico en su mirada. Tardó diez minutos en ser capaz de salir del aparcamiento y decidió poner la radio para pensar en otras cosas, así que se puso a tararear concentrándose en la carretera. Al mirar por el espejo retrovisor vio la camioneta de Ashley tras ella y su labio inferior tembló emocionándose de nuevo sin poder evitarlo. La acompañó hasta el acceso hacia su casa y frenó viéndola entrar en el camino por el que solo podía pasar ella. Se echó a llorar acelerando hasta perderle de vista y cuando llegó ante su casa apagó el motor quedándose allí sentada. Dennis salió del granero con una pala de dientes en la mano y frunció el ceño al verla llorando. Dejó caer la pala de dientes al suelo y se acercó a toda prisa abriendo la puerta. Al verle lloró más fuerte y Dennis sin decir una palabra la cogió en brazos sacándola de la camioneta. Se abrazó a su cuello dejándose llevar y la subió a su habitación tumbándola sobre la cama y sentándose a su lado en silencio acariciando su cabello con ternura. Cuando se calmó un poco se miraron a los ojos, pero él no la apremió para que hablara. —Me he encontrado con Ashley en el centro comercial.

Él asintió sin decir palabra y una lágrima cayó por su mejilla. —No puedo dejar que se acerque a mí.

—¿Por mí? —Negó con la cabeza y vio el temor en sus ojos. Dennis asintió entendiendo. —Mi hijo lo entendería.

—¿Y si no es así? —preguntó angustiada—. ¿Y si no soy capaz de tener una relación normal?

—¿Temas defraudarle? ¿O temas que te defraude él?

—Las dos cosas, supongo —dijo con tristeza apartando la mirada.

—Tú no eres capaz de defraudar a nadie, niña. Y mi hijo es un hombre de pies a cabeza.

—Celia le miró a los ojos y él sonrió. —Yo sé lo que es defraudar a alguien y te aseguro que si lo hice fue por cobardía. Pero tú no eres cobarde. Eres la mujer más valiente que conozco y sé que tarde o temprano tomarás la decisión correcta, aunque no sea la más cómoda. Pero recuerda que escondiéndose no se consigue nada. Mírame a mí.

Sonrió con tristeza y susurró —Deberías aplicarte tus consejos.

—Sí que debería. —Acarició su cabello pensativo. —Tienes toda la razón.

—¿Sabes que estás muy guapo sin barba? —preguntó ella mirándole bien.

Dennis rió por lo bajo. —Si me hubieras visto en mis buenos tiempos.

—Si que te he visto porque eres igual que tu hijo.

—Sí, y si te conociera con su edad no te me escapabas. —Se sonrojó de gusto. —¿Por qué me has dejado acercarme a ti? Has dejado que hablemos de tu secreto, ¿no lo vas a hacer con Ashley que es el hombre del que estás enamorada? ¿Por qué no le das el beneficio de la duda? Estás perdiendo la oportunidad de ser plenamente feliz. De formar una familia y de tener a alguien que te apoye.

—¿Y si no funciona?

—Al menos lo habrás intentado. Y no habrá sido un fracaso. Habrá sido un triunfo porque has luchado por lo que querías.

—Por eso te fuiste con Louise, ¿no es cierto?

—Sí, quería intentarlo, aunque dejé atrás algo que amaba muchísimo para no seguir haciéndole daño. Perdí mucho, pero me sentía a su lado como un colegial. Perdí la cabeza por ella. Sé que es imperdonable...

—Hiciste las cosas mal, pero si ya no amabas a tu esposa hiciste lo correcto. Aunque no deberías haber perdido el contacto con tu hijo.

—Me avergonzaba mi comportamiento y más después de que Louise me dejara.

—Lo siento.

—Lo sé, niña. Yo también lo siento, no sabes cómo.

—Deberíamos dejar de torturarnos.

Dennis sonrió con ternura. —Sí que deberíamos.

—¿Espaguetis?

—Con albóndigas.

—Perfecto. Yo me encargo de la salsa.

Capítulo 13

Dennis detrás de un árbol, vio como su hijo entraba en la casa donde había vivido dieciocho años y tomó aire saliendo de su escondite de siempre para caminar hacia allí. A medida que se acercaba cientos de recuerdos acudieron a su memoria y sintió muchísima pena por haberles hecho tanto daño. Apretó los puños cuando llegó a unos diez metros de la casa queriendo darse valor cuando escuchó los ladridos de los perros. Se detuvo ante el porche mientras los dos canes le rodeaban sin dejar de ladrar y vio cómo se abría la puerta del porche. Su esposa, a la que hacía dieciséis años que no veía, salió sonriendo de la casa secándose las manos con un trapo, pero al mirar sus ojos su sonrisa se fue disipando poco a poco hasta desaparecer, mostrando la estupefacción por encontrarle allí. —Dennis...

—Alice te veo bien.

—¿Qué haces aquí? —preguntó aún impresionada.

—No quiero molestar, pero me gustaría hablar con...

La puerta se abrió en ese momento y padre e hijo se miraron a los ojos. —Ashley, tu padre...

—Madre entra en casa —dijo muy tenso.

Alice asintió entrando en la casa sin rechistar y su hijo dio un paso hacia él. —¿Cómo tienes la poca vergüenza de aparecer de nuevo por aquí?

—Sé que no merezco ni mirarte a la cara.

—¡Dieciséis años sin saber de ti! ¿Qué pasa? ¿Que se te olvidó el número de teléfono? —preguntó furioso y entonces vio su camisa. Entrecerró los ojos—. ¿Qué coño está pasando aquí?

—Se acercó amenazante. —Te la ha comprado Celia, ¿verdad?

Él apretó los labios y miró a su alrededor. —Ven hijo, tenemos que hablar de muchas cosas. —Su padre se alejó de la casa y Ashley sin entender nada bajó los escalones.

Alice les observó alejarse hasta los árboles y vio como Ashley detuvo a su padre volviéndole. Su hijo empezó a discutir y aunque Dennis intentaba calmarle cada vez se alteraba más hasta que su marido le dijo algo que a Ashley le hizo dar un paso atrás como si le hubieran golpeado. Vio como impresionado se llevaba las manos a la cabeza y se volvía como si no quisiera seguir escuchando lo que le estaba diciendo. Preocupada salió al porche para observarles y vio como Dennis se acercaba a él y le cogía por el hombro consolándole mientras seguía hablando. Alice sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas al verlos juntos después de tantos años y se emocionó muchísimo cuando Ashley se volvió hablando con él normalmente, aunque su cara mostraba dolor. Se metió en la casa porque debía ser un momento íntimo entre padre e hijo. Ese reencuentro era algo exclusivamente suyo que ella no quería enturbiar. Su matrimonio se había roto mucho antes de su separación y no era justo que Ashley pagara más por ello. Ya había perdido a su padre, al que siempre había adorado con locura, durante demasiado tiempo.

Celia se estaba pintando las uñas de los pies en el porche cuando escuchó el ruido del motor de un coche. —¡Dennis debe venir el cartero! —dijo en voz bien alta para que no saliera de la casa.

—¡Vale!

Sonrió pasándose el pincel por la uña del dedo gordo del pie. Ese rosa chicle quedaba pero que muy bien. Hizo una mueca empezando con el otro pie cuando miró distraída la carretera para ver la camioneta azul de Ashley. Se quedó petrificada. —¡Es Ashley!

—¡Vale!

¿Vale? ¿Cómo que vale? ¡A ella no le valía para nada! Sin ser capaz de levantarse y con los pies aún en la barandilla vio como la camioneta se detenía ante la casa con los ojos como platos. No le había visto desde el episodio en el centro comercial y no tenía ni idea de qué hacía allí. Él sonrió bajando de la camioneta con el traje gris que solía ponerse los domingos. Estaba guapísimo. —Buenos días, nena. ¿No vas a misa?

Negó con la cabeza aún sin entender qué hacía allí y él rió por lo bajo acercándose. —Mi tío te va a tirar de las orejas. —Puso un pie en el primer escalón y ella se tensó. —Quería darte las gracias.

—¿A mí? —preguntó sin salir de su estupor—. ¿Por qué?

En ese momento se abrió la mosquitera y salió Dennis vestido con la ropa que le había comprado esa misma semana. —Buenos días, hijo.

—Papá... —Le miró de arriba abajo. —Un día de estos debemos comprarte un traje.

—¿Crees que lo necesito?

—Tu hermano considerará que sí.

Dennis se echó a reír. —Cierto...

—¿Tienes las orejas preparadas para su sermón?

—Estoy listo. —Dennis la miró con cariño. —¿Seguro que no quieres venir a la misa? Será de lo más entretenido.

Aún sin reaccionar negó con la cabeza con la boca abierta del asombro y ambos sonrieron. —Bien, pues te veré en un par de horas. —Bajó los escalones y le dio una palmada a su hijo en la espalda. —¿Qué tal ese potro, hijo? ¿Sigue dándote problemas?

Atónita vio cómo se subían a la camioneta y ambos se despidieron con una sonrisa. Aún con el pincel en la mano parpadeó mientras se alejaban antes de entrecerrar los ojos. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

Se pasó esas dos horas dando vueltas por el porche de un lado a otro mientras sus perros la observaban yendo y viniendo. Pasaron más de dos horas y bufó diciéndose que debería haber ido a la misa para enterarse de todo. Bueno, ya se enteraría en la peluquería. No pasaba nada. Tenía espías muy buenas por todo el pueblo que la informarían de todos los detalles.

Cuando escuchó el motor de la camioneta acercándose corrió dentro de la casa. Se estaba comportando como una niña, pero sin poder evitarlo se escondió tras la ventana del salón y apartó la cortina un poco para espiarles. Los vio hablar dentro de la camioneta y sonrió cuando se dieron un abrazo antes de que Dennis bajara. —Te quiero, hijo.

—Te llamo mañana para ver los potros.

—Perfecto.

Muy contenta por ellos vio como Ashley aceleraba alejándose de la finca y corrió hacia la puerta. Dennis la abrió y ella frunció el ceño aparentando enfado. —Dennis McAdams, ¿se puede saber cuándo ha pasado esto? ¿Y por qué no me lo has contado?

El hombre se echó a reír cogiéndola por la cintura y llevándola hasta la cocina. —No quería hacerme ilusiones. Y no te dije nada para no preocuparte.

—¿Pero cómo?

—Hace cuatro días fui a su casa.

Se quedó de piedra deteniéndose en seco. —¿Cuatro días?

Él fue hasta la nevera y sacó dos cervezas. —La conversación que tuvimos el día que me compraste las camisas me animó a hacerlo. —Sonrió de oreja a oreja. —Al principio fue muy tenso, pero este hijo mío tiene un corazón de oro. —Bebió de su botella.

—Ven, cuéntamelo todo. —Se sentaron a la mesa. —¿Cómo reaccionó al verte?

—Muy mal. Me echó en cara todos estos años sin saber de mí, como es lógico. Yo decidí ser totalmente sincero y le conté lo que había ocurrido. Y también le conté que me avergonzaba regresar. —Hizo una mueca mirando la cerveza ante él. —Me echó la bronca hasta que se quedó a

gusto y después se sintió horrorizado de que hubiera vivido en la calle. Me hubiera ayudado, ¿sabes?

—Claro que sí —dijo emocionada.

—Es un hombre estupendo.

—¿Y con tu mujer?

—He hablado muy poco con ella, pero pasamos unos veinte minutos a solas y hablamos de lo que ocurrió. No me recriminó nada. Aunque lo pasó mal con los cotilleos del pueblo, entendió que me fuera porque lo nuestro estaba muerto por mucho que ella se empeñara. Y me ha dicho que tiene una relación con Pivodi desde hace dos años y que es muy feliz. Me alegro mucho por ella.

—Así que todo ha ido bien —dijo muy contenta por ellos.

—Sí. —Sonrió como si no pudiera creérselo. —Gracias.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada.

—Tú me has dado valor para hacerlo. Para aplicarme mis propios consejos. Estaba sufriendo y decidí atajar el problema. No ha podido haber un resultado mejor y estoy seguro de que si no te hubiera conocido hubiera continuado como hasta ahora sin remedio. —Cogió su mano por encima de la mesa. —Eres fantástica.

—Yo no he hecho nada. Todo lo has hecho tú. Me alegro muchísimo de que os vaya bien.

—Gracias, sé que lo haces. —Bebió de su cerveza de nuevo observándola y cuando tragó dijo como si nada —Me ha preguntado mucho por ti.

Se le cortó el aliento mientras en sus preciosos ojos verdes había temor. —¿Sobre qué?

—Sobre cómo es vivir aquí. Tu reacción al verme. Esas cosas. Lo que es lógico, supongo.

—Ah... —Entendía que tenía que ver raro que le hubiera acogido en su casa.

—Te está muy agradecido.

—Antes me ha dado las gracias. Y no tiene por qué. Puedes quedarte todo lo que quieras.

—Gracias.

Se levantó encantada. —Voy a sacar la lasaña del...

—Me ha preguntado si me habías hablado de él.

Se detuvo en seco de la que iba hacia el horno y se volvió lentamente. Dennis sonreía con picardía. —¿Y qué le has dicho?

—Que por supuesto habíamos hablado de él ya que es mi hijo. Muchas veces.

Sonrió sin darle importancia. —Bien.

Fue hasta el horno. —También me ha preguntado si le temes.

Se quedó de piedra. —¿Que si le temo?

Dennis la miró a los ojos. —Cree que le tienes miedo. Me contó lo que había pasado en el centro comercial y está preocupado porque no cree haberte hecho nada para que reacciones así. —Celia perdió todo el color de la cara. —No lo entiende, por supuesto, pero es lógico, ¿no crees?

Ella asintió sin saber qué decir —Lo siento.

—No te preocupes. Le he dicho que no te presione porque puede haber una razón que nosotros desconozcamos para ser así. Entonces él me dijo que solo eras así con él, que te había observado y que con los demás eras amable aunque distante. Pero que con él antes eras fría como si quisieras que se mantuviera alejado. Que después te relajaste un poco, pero ahora parece que le tienes miedo. Está confuso.

Se apretó las manos sintiendo un nudo en la garganta. —¿Y qué le has dicho tú?

—Que tienes toda la pinta de estar enamorada de él y que no quieres sufrir. —Como si nada bebió de su cerveza mientras ella le miraba en estado de shock. Hasta que reaccionó.

—¿Estás loco, viejo chiflado? —gritó a los cuatro vientos haciéndole reír saliéndosele la cerveza por la nariz—. ¡Dime que me estás gastando una broma!

Él tosiendo negó sin ser capaz de pronunciar palabra y ella chilló llevándose las manos a la cabeza. —¡Te mato! ¡Cómo se te ocurre decirle algo así!

—¿Acaso no es la verdad?

Le señaló con el dedo. —¡Espera ahí un momento, que voy a por la escopeta, puñetero traidor!

Jadeó indignado. —¿En qué te he traicionado?

—¡Chivato! —Abrió el armario de la cocina y parpadeó. —¿Dónde está la escopeta?

—Las estoy limpiando. Están desmontadas en mi habitación.

Gruñó cerrando de un portazo y Dennis se echó a reír a carcajadas. —¡No tiene gracia! ¿Qué va a pensar ahora de mí? Que estoy loca, seguramente.

—No, de hecho parecía encantado.

Se le cortó el aliento dando un paso hacia él. —¿De verdad?

—Parecía que le había dado la alegría de su vida.

Su corazón latió más fuerte. —¿No me mientes?

—Claro que no, niña —dijo indignado—. Hasta me pidió consejo, pero no quise meterme.

—¿Consejo? —Se sentó ante él. —¿Qué consejo?

—¿Qué debía hacer para acercarse a ti sin que salieras corriendo? —Frunció el entrecejo.
—Debe creerme todo un conquistador.

—Si se las lleva a todas de calle —dijo ella sin poder creérselo.

—Sí, no lo entiendo. Debe sentirse algo perdido contigo.

Se sonrojó de gusto sin poder evitarlo porque tenía el suficiente interés como para hablar con su padre de ella. —¿Y qué le dijiste?

—Que se olvidara de ti.

Jadeó enderezando la espalda. —¿Qué has dicho?

—¿No era lo que querías? ¿Que se alejara?

Lo pensó unos segundos. —Sí, claro.

Dennis sonrió. —Pues eso le he dicho.

Sin darse cuenta de que su cara mostraba una decepción absoluta se levantó para ir hasta el horno. —Y creo que me hará caso, así que no debes preocuparte por él. ¿Te molesta que venga por aquí de vez en cuando? Es que en su casa está Alice y no quiero que esté incómoda con mi presencia.

—No, claro que no —dijo imaginándose que iría cuando ella no estuviera después de lo que le había dicho—. Puede venir cuando quiera. —Distraída con sus pensamientos puso la lasaña sobre la mesa.

—Gracias —dijo encantado.

Decidió cambiar el tema. —¿Y cómo ha ido esa misa? ¿A tu hermano le ha dado algo al verte y te ha tirado de las orejas en público?

—Niña, mete más el pincel por las raíces que luego se notan muy pronto las canas — protestó Molly.

—Oye, guapa... ¿Sabes cuantas veces te he teñido? ¿Ahora vas a decirme cómo hacer mi trabajo?

—Uy, qué quisquillosa estás hoy.

—Sí —dijo Rachel advirtiéndola con la mirada mientras le hacía las uñas a una clienta—, ha debido levantarse con el pie izquierdo.

Gruñó por dentro dando golpecitos con el pincel de tinte sobre la cabeza de Molly. Ésta se

iba a cagar. Esperaba que se le quedara el cuero cabelludo negro una semana.

—¿Os habéis enterado? —preguntó Molly con ganas de cotilleo. Gruñó porque al parecer iba a tener que volver a explicarlo todo por enésima vez—. Al parecer ha aparecido Dennis McAdams.

—Sí, no se habla de otra cosa —dijo su jefa mirándola de reojo—. Que te cuente Celia donde se hospeda.

Molly se volvió de golpe y le manchó con el pincel la frente. —No fastidies. ¿Contigo?

—Pues sí. Vive en mi casa.

—¿Desde cuándo? —preguntó con pasmo.

—Desde hace algunas semanas. Soy muy mala con las fechas. —Giró su silla de golpe y Molly jadeó viéndose la frente. —Y no te muevas. ¡Mira cómo te has puesto!

—¿Lo sabe Romina?

—Claro que sí —respondió limpiándola—. También es su casa. Mi hermana lo sabe desde el principio. —O casi. Su hermana había puesto el grito en el cielo dispuesta a ir desde Nueva York, pero cuando le había dicho que se sentía segura se había tranquilizado y su marido ayudó a calmarla. Mira, Wyatt le servía para algo.

—¿Y qué le pasó?

Estaba a punto de meterle la brocha por la boca a ver si se callaba de una vez. —Nada, ¿qué le va a pasar? Solo quería tener relación de nuevo con su hijo y lo han arreglado.

—¿Y por qué se fue a tu casa? ¿Os conocíais?

Hala, a seguir mintiendo. —Me lo encontré en la carretera. Su coche se había estropeado y como no tenía donde hospedarse le invite.

—Gracias por fastidiarme el negocio —protestó Molly.

Sonrió divertida. —Lo que tú querías era cotillear y ser la primera en tener noticias para

animar la cafetería.

—Eso también.

—Bueno, lo importante es que ha vuelto. El padre McAdams está muy contento. El hijo pródigo ha vuelto a casa —dijo su jefa.

Asintió terminando de teñir a Molly y las tres la miraron por si decía algo, pero ella se hizo la loca. —Es increíble lo bien que se lo ha tomado Alice. Incluso habló con él en misa el domingo y se sentaron juntos en el mismo banco —dijo la señora Pears que hasta ese momento no había abierto la boca.

—Son adultos razonables —dijo ella como si nada—. Tienen un hijo en común al que quieren con locura y seguro que quieren lo mejor para él.

—Como debe ser —dijo Rachel.

—Mira, ahí está Ashley. —Asombrada se volvió con el pincel en la mano para verle entrar en la peluquería. Su jefa se levantó de inmediato como siempre. —Ashley, ¿vienes a cortarte el pelo?

¿Estaba loco? ¿Qué hacía allí? Negó con la cabeza imperceptiblemente, pero él no debió verlo porque respondió —Sí, es hora de un corte.

—Claro que sí, ya me di cuenta ayer que te rozaba con el cuello del traje y no lo soportas. Pasa, pasa. Te atenderé enseguida. Me quedan dos uñas. Siéntate ahí.

Sabía que le tendrían allí hasta el cierre con tal de sacarle algo y le advirtió con la mirada. Nunca le cortaba el cabello ella porque siempre lo había hecho Rachel y ella nunca se había ofrecido simulando siempre que estaba muy ocupada. —Puedo cortártelo yo si quieres. Tengo que esperar media hora a que suba el tinte.

Él la miró sorprendido, pero se levantó de inmediato. —Estupendo. He visto el corte que le has hecho a mi padre y me gusta.

Forzó una sonrisa poniéndose muy nerviosa. Dejó la brocha sobre el cuenco y quitó los

guantes. —Pasa a lavar.

—Nunca le lavo el cabello, Celia. Se lo corto en seco.

—Me vendrá bien —dijo él yendo hacia el lavabo, sentándose y estirando sus largas piernas.

Mierda, lo había dicho sin pensar, pero era cierto él se cortaba el cabello en seco. Mierda, mierda, mierda. Forzó una sonrisa y se metió tras el lavadero. Él la miró a los ojos y ella dijo entre dientes abriendo el grifo —¿Qué haces aquí?

Parpadeó sorprendido sin entender nada. Ella gimió poniendo los ojos en blanco y cogiendo el grifo.

—Estarás muy contento de que haya vuelto tu padre, ¿no? —preguntó Molly sin cortarse.

—Ha sido una sorpresa —dijo él sin dejar de mirarla incluso inclinó el cuello hacia atrás para verla mejor. Se iba a dislocar el cuello, así que inclinó hacia atrás el reposacabezas para que estuviera más cómodo. Él sonrió y se le cortó el aliento—. Una sorpresa muy agradable.

—Me alegro mucho. Siempre fue un buen hombre.

—Perdió la cabeza, eso pasa mucho —dijo Rachel.

—Que me lo digan a mí, que mi marido desapareció en cuanto llegó el cuarto embarazo —dijo Molly haciendo que Ashley se tensara.

Mordiéndose el labio inferior comprobó el agua y cuando estuvo caliente se la pasó por el cabello. —¿Está bien el agua?

—Perfecta.

—¿Y tu madre cómo está?

—Muy bien —respondió él mientras Celia empezaba a cabrearse sin poder evitarlo. Él sonrió sin darle importancia, pero Celia apretó más los labios pasando la mano por su cabello.

—¿Se lo ha tomado bien? —preguntó Molly.

—Molly, guapa... ¿por qué no se lo preguntas a Alice cuando la veas en la cafetería? —
Las tres la miraron con los ojos como platos porque parecía a punto de pegar cuatro gritos y
Molly se sonrojó. —¡Seguro que te dice que no es de tu incumbencia, pero puedes intentarlo!
¡Nunca se sabe, igual te da un cotilleo nuevo al que hincarle el diente!

—Nena...

—Oh, no quería cotillear. Solo me interesaba por ella —dijo Molly algo avergonzada.

—Pues ya nos interesamos nosotros —dijo sin poder evitarlo—. ¿De acuerdo? ¡Dejad de
meter la nariz donde nadie os llama!

Él la miró preocupado. —Celia, ¿estás bien?

Le miró a los ojos y asintió antes de coger el champú.

—Lleva algo nerviosa todo el día —dijo Rachel levantándose—. Molly no lo hace con
mala intención.

Se sonrojó por la reprimenda y miró a Molly de reojo que aún estaba pasmada porque no
se esperaba ese ataque. —Lo siento Molly, pero llevo todo el día con este tema y estoy muy harta.

—Sí, claro. No te preocupes.

Rachel sonrió porque se hubiera disculpado. —Cambiemos de tema. ¿Qué tal tu pierna,
Molly? Estas últimas semanas te he visto mucho mejor.

—Oh, sí. Trabajar me ha venido bien para ejercitarla.

Empezó a enjabonar la cabeza de Ashley pensando en su exabrupto. Le caía bien Molly y
ahora se sentía culpable. Las había ayudado mucho cuando le dio trabajo a su hermana. Se mordió
el labio inferior y sus ojos se encontraron con los de Ashley que levantó las cejas. —No tenías
que haber venido —susurró.

—Perfecto, ahora échame la culpa a mí.

Se puso como un tomate y empezó a frotar con vigor. —Nena, no me voy a quedar calvo

por mucho que lo intentes —dijo a punto de reírse—. Ya has visto el pelo de mi padre.

—Muy gracioso.

Intentó ser más suave y le hizo un masaje capilar acariciando su cabello. Entonces se fue relajando y tranquilamente sin darse ninguna prisa metió los dedos entre su cabello una y otra vez disfrutando de tocarle sin darse cuenta.

—Celia, ¿te queda mucho? —preguntó Rachel divertida—. Vas a dejarle la cabeza en carne viva de tanto enjabonarla.

Sorprendida miró a Ashley y se le puso un nudo en la garganta al ver el deseo en sus ojos. Muy nerviosa dijo a toda prisa —Lo siento. Estaba distraída.

—No pasa nada —dijo él con voz ronca haciendo que sus pechos se endurecieran con fuerza. Sin aliento abrió el grifo y le aclaró en tiempo récord. Le secó lo más profesionalmente posible y rodeó el lavabo—. Pasa por aquí. —Apartó la silla libre para que se sentara.

Él sonrió haciéndolo y la miró a través del espejo mientras le ponía el protector de cuero alrededor del cuello. —Ya sabes lo que me gusta—dijo aún con la voz enronquecida.

No, no tenía ni idea. Pasó el peine por su cabello peinándolo hacia atrás y sacó las tijeras del mandilito que llevaba a la cintura con el instrumental. —Inclina un poco la cabeza hacia delante. —Él lo hizo y sintió que le subía la temperatura viendo su nuca. Estaba claro que tenía que llamar a su psicóloga ya.

Pasó el peine por la nuca y con el corazón alterado pasó la tijera cortándole el cabello. Nunca en su vida fue tan consciente de cada corte.

—Ya me encargo yo de Molly, cielo —dijo Rachel como si nada, pero ella ni lo escuchó totalmente concentrada en lo que hacía.

Cuando terminó con la nuca le susurró —Puedes levantar la cabeza.

Él lo hizo mirando sus ojos de nuevo y su estómago dio un vuelco porque parecía que quería comérsela viva. Apartó la mirada poniéndose de costado y empezó a cortarle la patilla.

Cuando la mano de Ashley rozó su muslo se sobresaltó cortándole en el lóbulo de la oreja. — Joder.

Celia palideció. —Oh, lo siento.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —dijo Ashley apartando la mano para ver la sangre.

Celia al ver que era bastante dio un paso atrás dejando caer las tijeras sintiendo que se le nublaba la vista y Ashley la miró. —No, nena. No te desmayes. —Se acercó a ella cogiéndola por la cintura antes de sentarla en su asiento y Rachel chilló asustada cogiendo una revista para empezar a abanicarla. Su cabeza se inclinó hacia atrás y Ashley se acuclilló ante ella cogiéndola de la nuca. —¡Traed un paño húmedo! Nena, no pasa nada. Estoy bien. Es un corte de nada.

—Ya tiene mejor color —dijo Rachel aún con el susto en el cuerpo.

Molly le puso una toalla mojada sobre la frente. —Pobrecita. No sabía que se mareara con la sangre. De pequeña no le pasaba.

Ashley apretó los labios cogiéndola en brazos. —Me la llevo a la doctora Prim.

—Es solo una bajada de tensión—dijo su jefa abriéndole la puerta—. Seguro que está bien.

Antes de darse cuenta ya estaba cruzando la calle y Rachel se volvió abriendo los ojos como platos. —Os apuesto dos cortes de pelo a que estos se casan antes de final de año.

—Yo les doy dos meses. —Las tres miraron el escaparate y Molly se echó a reír. —Se ha ido con capa y todo. Éste cae fijo.

Capítulo 14

La doctora pidió que la colocara en la camilla y Susi le puso el tensiómetro a toda prisa. —¿Y esa sangre? —preguntó la doctora mirándole el cuello—. Ya veo. Se le ha ido la tijera.

—Sí, es algo aprensiva.

—¿Celia Griffin? —preguntó asombrada—. De niña la he cosido hasta sin anestesia. — Dio unas palmaditas en su cara. —¿Qué tensión tiene?

—Doce, seis.

—Vamos, vamos... —Le dio otra palmadita y Celia abrió los ojos. —Así me gusta. Susi tráeme agua con azúcar. ¿Hace cuánto que no has comido, Celia?

—Medio sándwich al mediodía.

—¿Solo?

Asintió algo mareada y tuvo que cerrar los ojos. Sin perderla de vista Ashley apretó los labios. —Estaba bien hasta que vio la sangre, pero me ha dicho Rachel que lleva nerviosa todo el día.

—Puñeteros cotilleos —siseó la doctora cogiendo el vaso que le tendió la enfermera. La cogió por la nuca elevando su cabeza—. Ahora vas a beber esto. Enseguida te encontrarás mejor, ya verás.

Bebió y parte del agua se cayó por la comisura de su boca. —Muy bien, así me gusta. Eh, no vayas a llorar ahora —dijo al ver que se emocionaba—. El agua tiene que quedar dentro, no fuera. —Apoyó su cabeza con ternura en la camilla y Celia parpadeó mirando el techo. —Así me gusta. Eres una chica dura y lo has demostrado mil veces. Ahora te vas a quedar aquí unos minutos

que tengo en la sala de al lado a un niño al que estoy escayolando. Volveré enseguida para comprobar cómo te encuentras, ¿de acuerdo?

—Sí.

La doctora sonrió a Ashley. —Enseguida estará como nueva, ya verás. —Él asintió. — Cuando vuelva te miro la oreja.

—No es nada.

Se quedaron a solas y ella abrió los ojos mirándole de reojo. —Lo siento.

—Joder nena, me has asustado. —Se acercó a la camilla y ella se tensó. —¡Ya está bien, Celia!

Le miró asombrada. —¿De qué hablas?

—¿De qué hablo? —Se agachó cogiéndola por la nuca y atrapando sus labios. La sorpresa no la dejó reaccionar y cuando entró en su boca solo pudo gemir por lo bien que se sintió. Él se apartó con la respiración agitada mientras ella estaba con los ojos como platos. —¿Qué has sentido?

—¿Que qué he sentido? —preguntó asombrada.

—Igual todavía tienes la tensión algo baja.

—Ajá...

Él carraspeó dejando su cabeza sobre la camilla mientras le miraba con los ojos como platos. Dio dos pasos atrás cruzándose de brazos. Entonces se dio cuenta que llevaba la capa y se la arrancó con mala leche tirándola a un lado. —¿Estás mejor?

Asintió con la boca abierta y él sonrió. —Muy bien. Después te llevaré a casa. —Ella iba a decir algo cuando la interrumpió —¡Yo te llevaré a casa!

—Vale.

Se miraron fijamente y él gruñó. —Nena, me muero por estar contigo. Vas a tener que

aceptarlo porque no me voy a dar por vencido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró al techo de nuevo. Él la cogió por la barbilla para que le mirara. —Vuelve a cerrarte a mí y me voy a cabrear. ¿Crees que no me he dado cuenta de que me deseas pero que te cierras a mí? ¡Pues no voy a dejarte! —Besó sus labios de nuevo de manera exigente y ella se tensó, pero él suavizó el beso acariciando su labio inferior con la lengua haciéndola gemir por el placer que la traspasó. Sin darse cuenta acarició su cuello con una mano abriendo su boca y él tomó posesión de ella abrazándola por la cintura para pegarla a su torso.

Alguien carraspeó y ambos miraron a la doctora que divertida dijo —Ya podéis iros, tortolitos. La invitación de la boda que no llegue este mes que ya tengo otra y me dejaríais tiesa.

—Puede venir sin regalo —dijo Ashley divertido mientras la doctora salía.

—¡Ashley! —exclamó asombrada—. ¡No digas esas cosas! Mañana todo el pueblo dirá que nos casamos.

Él gruñó mirando sus labios de nuevo. —Es que nos vamos a casar, preciosa—dijo con voz ronca comiéndosela con los ojos antes de besar su labio superior.

—¿Qué dices? —Se asustó intentando alejarse.

—¿Tienes algo que decirme que impida esta boda? —la retó y ella le miró asustada—. Porque sé que me quieres, nena. Lo veo en tus ojos. Niégamelo. ¡Dime que no me quieres y esto se acaba aquí! —No era capaz de decir eso y no sabía por qué. Sintió miedo, pero miedo de perderle cuando se enterara de lo que había ocurrido. Él acarició sus mejillas limpiando sus lágrimas. — No pasa nada. Lo superaremos y seremos felices.

—Lo sabes —susurró sabiendo la verdad al mirar sus ojos.

—No voy a dejar que ese cabrón nos joda durante más tiempo. Y daré gracias a mi padre toda la vida por abrirme los ojos y explicarme la razón de tu conducta. Por eso nos vamos a casar e iremos al ritmo que tú necesites. Iremos a esa psicóloga de Nueva York si quieres. Haremos lo que haga falta, pero no pienso renunciar a lo que siento cuando estoy a tu lado. Y no voy a dejar

que tú lo hagas tampoco. —Besó una lágrima que recorrió su sien. —Dímelo, nena. Dímelo solo una vez porque te quiero y me muero por oírtelo decir a ti.

Se abrazó a él con fuerza y Ashley la pegó a su cuerpo. —No pasa nada, nena. Ya me lo dirás. Estoy seguro. Esto me basta porque hemos avanzado muchísimo cuando hace días pensaba que no te tendría nunca.

—Lo siento —sollozó escondiendo la cara en su cuello.

—Nunca vuelvas a disculparte por cómo te sientes, ¿me oyes? —Acarició su espalda. — Todo irá bien. —Se quedaron así varios minutos. —Preciosa, ¿quieres salir conmigo?

Parpadeó asombrada apartándose para mirar sus ojos. —Pero si me has pedido matrimonio, ¿o no?

—No.

—¿Cómo?

—No te lo he pedido. Ni te lo voy a pedir —dijo convencido—. Nos vamos a casar. Pero sí te pido una cita para que veas que soy un tipo razonable. El resultado va a ser él mismo.

Dejó caer la mandíbula del asombro por su incongruencia. —Así que razonable. —Sonrió de esa manera que la volvía loca y entonces se decidió. —Nos vamos a Nueva York.

No tardó ni dos horas en subirla a un avión y sentado a su lado cogía su mano como si supiera que necesitaba su contacto. Hablaron de mil cosas del pueblo sin tocar su pasado. También hablaron de Dennis que en cuanto les vio llegar a la casa para que hiciera la maleta sonrió satisfecho abrazándola. —Perdona niña, pero no podía dejar que estuvierais separados por algo que no fue culpa tuya.

—Gracias. —La besó en la mejilla y cuando subió las escaleras, Ashley habló con él en la

cocina mientras se tomaban una cerveza. Necesitaba que fuera al rancho a echar un ojo porque no sabía cuándo iban a regresar. Su prometido gritó desde abajo que iba a buscar la maleta y en media hora ya estaba de vuelta porque ya se la había preparado su madre, a la que había llamado por teléfono para que le ayudara.

Y ahora estaban allí. Cuando anunciaron que aterrizarían, Celia apretó su mano sin darse cuenta y él sonrió acercándose para besar el lóbulo de su oreja sonrojándola de gusto. —¿Sabes que eres preciosa?

—Sí.

Él se echó a reír. —Me alegro de que eso lo tengas claro.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó sin poder evitar que las dudas la asaltaran.

—No tengo ninguna prisa, nena. Esperaré lo que haga falta.

—¿Y si nunca estoy preparada?

—¿Temes que me canse y te deje? ¿Temes que me dé por vencido? ¿Crees que cuando me cuentes lo que sucedió voy a salir corriendo? —dijo mirándola fijamente con esos ojos grises con los que soñaría el resto de su vida—. Eso no va a pasar. ¿Y sabes por qué?

—No —susurró en respuesta.

—Porque te quiero. Te quiero desde que regresaste al pueblo y vi cómo te enfrentabas con todas esas cotillas con la indiferencia. Me dije que seguramente yo no tendría el valor, pero volviste por lo que ocurrió en Nueva York, ¿no es cierto?

—En Rose Hill me sentía segura. ¿No es de locos?

—Es el único hogar que has conocido. No, no es una locura.

Miró al frente. —Hay muchas cosas que no sabes.

—Nena, te aseguro que cualquier cosa que me cuentes ya no me va a sorprender. Eso te lo aseguro.

—No sabes lo que dices.

—Lo averiguaremos cuando llegue el momento, ¿no? Ahora mismo estamos aquí que es lo que importa. Dejemos de pensar en el futuro. —Le guiñó un ojo levantándose. —Vamos, nena. Ya hemos aterrizado.

Sorprendida miró a su alrededor y se levantó mientras él se reía. —¿Te distraigo, preciosa? —le susurró al oído—. Pues todavía no has visto nada.

Se puso como un tomate mientras él se reía cogiendo su bolso del compartimento de arriba. Cuando recogieron las maletas y salieron por las puertas de cristal Celia gritó de la sorpresa al ver a su hermana y su cuñado con los niños en brazos. Corrió hasta ellos y la abrazaron emocionándola. —¿Qué hacéis aquí?

—Ashley nos llamó —dijo su cuñado apartándose. Sonriendo le dio la mano—. Me alegro de verte, amigo.

—Y yo a ti.

—Menuda sorpresa —dijo Romina emocionada mientras su hermana cogía a Oliver en brazos—. Me alegro de que estés aquí, Ashley —dijo mirándole a los ojos como si intentara descubrir si iba a hacer daño a su gemela.

—Me alegro de estar aquí.

—Mira qué guapo es, Ashley. —Por ver los ojos radiantes de felicidad de Celia ese viaje ya había merecido la pena.

Sonrió mirando al niño. —Es precioso. Felicidades, chicos.

—Gracias —dijo Wyatt orgulloso.

—Están enormes —dijo Celia impresionada—. Han crecido muchísimo en poco tiempo.

—El pediatra está muy contento. —Su hermana cogió su maleta. —¿Nos vamos? —preguntó impaciente—. Al parecer tienes que explicarme muchas cosas porque no soy la única que

aparece con novios sorpresa.

Celia miró de reojo a Ashley que se tensó por el tono de su hermana. Wyatt se echó a reír. —Tranquilo amigo, a mí tu mujer también me lo puso difícil. Al principio no me tragaba. Tú lo tendrás más fácil. Seguro que no has metido tanto la pata como yo.

Salieron del aeropuerto y Ashley se quedó impresionado al ver la limusina que les esperaba. —¿Es rico? —preguntó a Celia en voz baja.

Ella asintió guiñándole un ojo. —¿No lo sabías? ¿De dónde crees que salieron las placas solares que se colocaron en esas tierras que no usas?

—Por cierto Ashley, voy a necesitar más terreno para nuevos prototipos. Arrendaré las tierras al mismo precio que te las arriendo a ti —dijo Wyatt sin cortarse.

—¿Y las de tu mujer?

Wyatt levantó las cejas interrogante y su mujer chasqueó la lengua. —Mujer, ¿cuántas tierras tienes en Rose Hill?

—Bastantes.

—¿Me dijiste que no eras rica!

Le cogió a Wyatt de los brazos. —Y no lo soy. No tenía dinero para explotarlas así que no me servían de nada.

Asombrados vieron como sus mujeres se subían al coche y Wyatt gruñó —¿Son muchas?

—Son las que más tierras tienen de la zona.

—¿Y por qué no las vendieron? ¿Porque no las arrendaron?

—Otro misterio sin resolver. Todo el pueblo se pregunta lo mismo. A ver si me entero de una vez. Este viaje va a ser todo un descubrimiento.

Se metieron en el coche y las gemelas con los bebés en brazos estaban fascinadas con los deditos de los niños. —Están preciosos.

—Nena, cuando quieras te hago uno. —Los tres miraron al vaquero que se encogió de hombros. —Pienso utilizar todas las tácticas disponibles a mi alcance para hacerla feliz. Si un hijo la hace feliz, pues cuanto antes mejor. Además, ya va siendo hora de tener un mocoso. O diez.

Celia se sonrojó de gusto y Wyatt sonrió mirando a su mujer que todavía desconfiaba. —Cielo, relájate.

—Cuando me entere de todo.

—Pues conociéndote no tardarás mucho. Sobre esas tierras...

—¡No sabemos de cultivos, arrendamientos de tierras y esas cosas! ¡Y no nos interesaban nada! —protestó su mujer exasperada.

—Ah... —Los hombres se miraron haciendo una mueca. —Hablaemos luego de esos prototipos, Ashley.

—Sí, y de cómo hacer que produzcan las tierras.

Ellas chasquearon la lengua como si les diera igual antes de sonreír a los niños. Sus hombres sonrieron viéndolas felices.

Después de presentar a los abuelos de Wyatt a Ashley, las gemelas subieron al piso de arriba para acostar a los niños mientras los demás se tomaban una copa.

—¿Queréis cenar algo? —preguntó su hermana poniéndole el pijama a Wyatt.

—No, ya cenamos algo en el avión. —Miró el reloj de plata que había sobre la repisa de la chimenea. —¿Ya son las once de la noche? No me puedo creer todo lo que ha pasado hoy.

Su hermana arropó al niño en la cunita y se volvió poniendo una mano en su cintura. Celia suspiró pasándose la mano por la frente. —¿No puedes esperar hasta mañana? Ha sido un día... algo intenso.

Romina apretó los labios como si no le gustara la idea. —¿Lo sabe?

—Por eso estamos aquí.

—¿Y hasta dónde sabe?

La miró sorprendida. —Lo tuyo no lo sabe.

—¿Estás segura? Mira que me estoy jugando mi familia y pasar el resto de mi vida en prisión.

—Yo no se lo he dicho.

—¿Tú? Lo dices como si lo supiera alguien más. —Se llevó la mano al pecho jadeando de la impresión. —Se lo has dicho a su padre. A Dennis, ¿verdad?

—No se lo he dicho yo —dijo angustiada—. Llevaba allí viviendo un año, escuchó muchas cosas. ¡Nos escuchó hablar en el porche cuando estuviste allí, Romina! ¡Y seguro que escuchó todas nuestras conversaciones por teléfono!

Su hermana perdió todo el color de la cara. —Dios mío.

—No ha dicho nada. No dirá nada.

—¡Te conozco, tú no serías capaz de decirle a Ashley lo que ha pasado y menos tan rápido porque ayer no tenías una relación con él! Se ha chivado su padre, ¿no es cierto? Él le contó que te habían...

—¡No lo digas!

Angustiada salió corriendo y fue hasta la habitación de invitados cerrándose por dentro. —Celia, lo siento. —Su hermana intentó abrir la puerta. —No quería hacerte daño, pero...

—¿Qué ocurre?

Escuchó la voz de Ashley al otro lado. —¿Te lo contó tu padre? —preguntó sin dar rodeos. Ashley debió asentir porque Romina siseó —Menudo chivato de mierda.

—¡Eh!

—¿Eh? Ella confiaba en él. ¡Le acogió en su casa! ¿Y la ha traicionado por qué? ¿Por quedar bien contigo? ¡Seguro que ahora sois muy felices!

—¡Yo la quiero! ¡Tengo derecho a saberlo! ¡Mi padre lo hizo por nuestro bien porque vio como Celia se cerraba a mí cuando me quiere! ¡Ella también tiene derecho a ser feliz y tener lo que tú tienes!

—Romina, a mí también me gustaría saberlo si te hubiera ocurrido algo así. Debes entenderle —dijo Wyatt intentando apaciguarles.

—¡Cuando termine en prisión porque éste o el discreto de su padre se vayan de la lengua, me hablas de comprensión!

Escuchó como su hermana se iba y se echó a llorar temiendo por ella. ¿Y si estaba poniendo en peligro a su familia? Si a Romina le pasaba algo se moría. Sus hijos la necesitaban.

—Nena, abre la puerta.

Miró hacia allí. Tenía que averiguar todo lo que sabía Ashley antes de continuar con aquello. Se acercó a la puerta y abrió lentamente. Él apretó los labios al ver que estaba llorando. —Tengo la sensación de que aún tienes mucho que contarme —dijo cerrando la puerta y acercándose a ella.

—Antes tengo que saber lo que te ha contado tu padre.

Él apretó los labios. —Ya entiendo. No te fías de mí.

—No es eso. —Angustiada se volvió pasando las manos por la cara y apartando su cabello. —Pero es que Romina...

—Tu hermana está preocupada y es evidente que hay una razón muy poderosa para ello.

Se volvió de golpe. —¿Entonces lo sabes?

Él sonrió. —Nena, lo acaba de decir ella.

La puerta se abrió en ese momento y Wyatt muy tenso entró en la habitación. —Creo que

deberíamos hablar toda la familia en el salón y aclarar esto de una vez porque mi mujer está muy nerviosa.

—Esta situación es incómoda para todos. Sobre todo para Celia —dijo Ashley tensándose.

Su cuñado la miró. —Sé que para ti es difícil, pero tienes que entender que nos jugamos mucho con esto y debemos hablar de ello.

Celia asintió y dejó que Ashley cogiera su mano para seguir a su cuñado al exterior. Fueron hasta el salón en silencio y a Celia le sorprendió que los abuelos de Wyatt estuvieran allí. —Pero...

—Mis abuelos lo saben todo desde el principio. No debes preocuparte no dirán nada.

—¿Se lo has dicho tú? —preguntó a su gemela molesta que sentada en el sofá también parecía a punto de llorar.

—Os investigamos cuando la conocimos —respondió Oliver—. A las dos. Sabíamos que ella había tenido algo que ver.

—¿Alguien puede explicarme lo que está pasando? —preguntó Ashley empezando a perder los nervios.

Le miró a los ojos. —¿No lo sabes?

—¡Es evidente que tenéis un problema muy gordo y que algo tiene que ver conmigo y con mi padre, pero no tengo ni idea de lo que habláis!

Se miraron los unos a los otros sin saber qué decir. Fue evidente que pensaron en cerrar la boca.

—Hay que decírselo —dijo Wyatt—. Si quieren tener una relación sana no pueden tener secretos.

—¿Y si luego se espanta? —preguntó Romina preocupada—. ¿Y si lo cuenta por ahí?

—Oye guapa, sé guardar un secreto, ¿sabes? ¡Y jamás le haría daño a Celia! —Miró a su

novia. —¿No tienes nada que decir al respecto?

—Afectaría a la vida de mi hermana y es algo que no pienso decidir yo porque ya le he jodido bastante la vida.

Romina la miró con cariño. —Tú no me has jodido la vida. Doy gracias cada día por haberte tenido a mi lado desde que nací.

—Si no hubiera sido por mí...

Ashley le pasó el brazo por los hombros y susurró —Ven, preciosa... vamos a sentarnos porque parece a punto de desmayarte otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó Romina preocupada.

—No fue nada. Le corté la oreja y... —Se sentó en el sofá. —No tiene importancia.

Todos miraron preocupados su palidez y Oliver apretó los labios. —Lo primordial es averiguar si Ashley es un hombre que está lo suficientemente enamorado como para guardar un secreto así. Es evidente que su padre lo sabe y ha sabido guardar esa parte del secreto, pero si van a ser pareja soy de la opinión de que debería saberlo.

—Estoy de acuerdo —dijo Wyatt sentándose al lado de su esposa y cogiendo sus manos—. Nena, no va a pasar nada.

—No me fío —susurró.

—No va a pasar nada porque como se le ocurra soltar la lengua le voy a matar con mis propias manos. ¿Entendido?

Romina sonrió antes de besarle en los labios. —Te quiero.

—Y yo a ti.

Ambos le miraron y Ashley levantó las cejas. —Muy bien. Así que le mataste tú.

Todos se quedaron mirándole con los ojos como platos. —Mi padre me dijo que el cabrón estaba muerto y después de como reaccionaste con la zorra de May, me puedo imaginar lo que le

harías a ese hijo de puta.

—Hablaemos de esa noche en este momento para no volver a hablar jamás —dijo Oliver muy tenso—. Mi familia está en juego y espero que no te equivoques en el futuro, amigo, porque como se te ocurra hablar de esto con alguien o tu padre se vaya de la lengua, haré lo que haga falta para encontraros. Y lo que ha dicho mi nieto no es nada con lo que os harán los hombres que os encuentren, eso lo juro por mi vida.

Ashley apretó las manos de Celia como si no quisiera perderla. —Entiendo la situación. No debéis preocuparos por mí.

—¿Y por tu padre? —preguntó Romina ansiosa.

—No me lo ha dicho ni a mí. No dirá nada. Quiere a Celia como si fuera su hija.

—Pues a su hijo le abandonó.

—¡Romina! —gritó Celia muy enfadada—. ¡Ya está bien! ¡No tienes ni idea de lo que pasó Dennis todos estos años sin verle, así que cierra la boca!

Su hermana se sonrojó por la reprimenda. —Vale.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Ashley con interés.

Todos miraron a Romina que nunca había hablado de esa noche. —Yo no lo hice.

Se quedaron con la boca abierta. —¿Perdón? —preguntó Oliver antes de mirar a Celia que soltó la mano de Ashley para apretar las suyas con fuerza—. Dios mío, ¿fuiste tú?

—Le soltaron. Después de lo que me hizo le soltaron bajo fianza. Casi me mata el muy cabrón y por un problema con la cadena de custodia de pruebas le soltaron —dijo angustiada con los ojos llenos de lágrimas—. Estuve una semana sin levantarme de la cama y... —Miró a su hermana. —Ella me salvó.

—Hice lo que haría cualquiera, cielo. Y lo volvería a hacer mil veces.

—Me sacó a rastras de la cama y me gritó que ya era hora de hacer algo. Que habíamos

sobrevivido a mil cosas y que esto no iba a dejar que nos hundiera. Ella lo ideó todo, pero lo hice yo. —Al ver que no la interrumpían continuó. —No fue difícil averiguar su dirección. Le seguimos durante varios días. El muy cabrón iba a las discotecas para seguir buscando víctimas. Entonces llegó Halloween y Romina me disfrazó de hombre.

—Le hice una caracterización masculina. No tenía que parecerse en nada a ella. Parecía más alta, más gruesa, con barba... El disfraz perfecto y más esa noche.

—Sabíamos que saldría. Lo hacía todas las noches. Romina era el cebo. Iba vestida de gatita con un mono ajustado con capucha que cubría su cabello. Con su cara pintada parecía otra para que no la reconociera y no le costó ligárselo. Cuando llegaron al callejón yo ya estaba esperando. —Negó con la cabeza. —Ni se lo que se me pasó por la mente en ese momento. Solo había rabia y ni me dejaba pensar. Le apuñalé una y otra vez, pero el muy cabrón seguía vivo, así que le corté el cuello. —Una lágrima cayó por su mejilla.

—Estaba manchada de sangre, pero era la noche de Halloween. Me acerqué a ella y pasé las manos por su chaqueta para extender la sangre como si fuera artificial. Me la llevé de allí y caminamos diez manzanas hasta la fiesta de unos amigos. Había guardado una bolsa bajo la escalera y escondidas en el portal le hice quitarse la ropa para que se pusiera un mono como el mío. Le limpié la cara con toallitas desmaquillantes y la maquillé como yo. Tengo práctica, fue rápido. Metí todo en la bolsa y volví a guardarla. Nadie se dio cuenta de nada, aunque Celia no estaba para muchas fiestas. Después de un par de horas dijimos que no se encontraba bien del estómago por algo que había comido y nos fuimos. La bolsa fue a parar al río Hudson de la que nos íbamos a casa. Cargada de piedras se hundió rápidamente.

Todos se quedaron en silencio durante varios minutos y el primero en reaccionar fue Ashley que la pegó a él besándola en la coronilla. —Estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó Wyatt indignado—;Sabías que pensaba que habías sido tú!

Le miró a los ojos. —Porque fui yo. Si no la hubiera animado ella no hubiera movido un dedo y aún seguiría tirada en esa cama. Si no hubiera sido por mí...

—Lo hicieron las dos —dijo Eleanor—. Ambas irían a la cárcel si esto se descubriera.

—Pero no se va a descubrir —dijo Ashley tensándose—. Nadie va a decir nada. Hablaré con mi padre para asegurarme de que no dirá nada y no habrá ningún problema.

—¿Seguro? —preguntó Wyatt.

—Dennis lo sabe todo. —Suspiró cuando todos la miraron. —Por cómo me habló el día en que lo conocí sé que lo sabe todo. Y no le ha dicho nada a su propio hijo de esa noche, así que sabe guardar un secreto. Me juró que nunca haría nada que me dañara y ha cumplido su promesa.

Ashley sonrió. —Pues asunto solucionado —dijo él asombrándola porque no se lo había tomado nada mal—. Ahora a la cama que estás agotada.

Se puso como un tomate. —¿Qué?

Ashley carraspeó antes de susurrar —Solo dormiremos.

—Ashley puedes dormir en el sótano. Es un cuarto enorme que antes ocupaba yo —dijo Romina maliciosa—. Mi hermana dormirá en la habitación de invitados. Sola.

Wyatt aguantó la risa mientras sus abuelos se hacían los tontos. —Nosotros también nos vamos a la cama. Es estupendo que se haya arreglado todo —dijo Oliver.

—Lo que te alivia es haberte enterado ya de todo —dijo Romina divertida.

—Niña, pues ya que lo dices... —La miró con cariño. —No sabes lo que te admiro. Lo que os admiro. Vosotras sí que sabéis salir adelante.

Romina miró a su hermana a los ojos. —Gracias, abuelo.

—Te espero arriba, cielo —dijo su marido levantándose.

Se quedaron los tres solos y Celia sonrió. —Suéltalo de una vez. Te va a salir una úlcera.

Miró a Ashley sanguinaria. —Como le hagas daño. Como la hieras en lo más mínimo, te

voy a despellejar vivo antes de exponer tu cuerpo colgado en la plaza del pueblo para que te coman las ratas. —Le señaló con el dedo. —Estás advertido.

Ashley la vio salir del salón. —Me han amenazado tres veces. Creo que debería empezar a tomármelo en serio.

Celia sonrió y sorprendiéndole le dio un rápido beso en los labios. —¿Te importa?

—¿Que le hayas matado? —Asintió esperando su respuesta. —¿Acaso no te he dicho que estoy orgulloso de ti?

—¿De veras? —preguntó asombrada.

—Eres la mujer más increíble que conozco.

Se acercó para besarla, pero ella se levantó de golpe carraspeando. —Uy, pues qué bien. Buenas noches.

Ashley sonrió. —Buenas noches, preciosa.

Celia se sintió como nunca después de tres años y le miró sobre su hombro mientras se alejaba. —Que duermas bien.

—Te aseguro que voy a dormir a pierna suelta. —Le guiñó un ojo. —Y soñaré contigo.

Se sonrojó de gusto antes de subir las escaleras a toda prisa. Estaba en el pasillo cuando su hermana sacó la cabeza de su habitación y susurró —¿Estás bien?

Sonrió de oreja a oreja ilusionada porque no parecía nada espantado por todo lo que había escuchado y Romina sonrió. —Que descanses. Te quiero.

—Te quiero —dijo emocionada antes de ir hacia su habitación.

Tumbada en la cama dos horas después miró al techo suspirando. Se sentía muy inquieta pensando que Ashley estaba dos pisos más abajo. Quería estar con él, pero no sabía si era muy

pronto. ¿Y si hacía el ridículo? ¿Y si le rechazaba cuando él se hubiera animado? Romina diría que las tiritas hay que quitarlas de golpe, pero tenía algo de miedo. Igual era una seta en la cama y le decepcionaba tanto que se largaba de su vida. Uff, pues menudo marrón ahora que lo sabía todo. Bah, pero no diría nada. La quería. Pues si te quiere qué coño haces aquí tirada, pensó apoyándose en los codos. Parpadeando miró a su alrededor. No había corrido las cortinas y la luz de la luna se filtraba por la ventana. Venga, por una vez en la vida debía tener valor. Si iba mal, pues ya lo solucionarían. Estaban en Nueva York, ¿no? Irían a su psicóloga para hablar del asunto. Tomando aire se levantó y descalza salió de su habitación. En silencio y sin encender la luz bajó los escalones muy despacio para no despertar a nadie. Se mordió el labio inferior al llegar a los escalones del sótano y se quedó allí varios segundos pensando en si hacía lo correcto, pero algo dentro de ella la hizo bajar el primer escalón. Allí estaba mucho más oscuro y cuando se encendió una leve luz sonrió. —Te estaba esperando.

Maliciosa dijo —Soy Romina, quería hablar contigo.

Él rió por lo bajo. —Nena, puede que seáis iguales por fuera, pero tú tienes la voz mucho más sensual.

Al llegar abajo se detuvo viéndole iluminado por la lámpara de la mesilla. Estaba sentado en la cama y su pecho quedaba al descubierto. Celia le miró tímidamente sin poder evitar que su vista recorriera el vello rubio de sus fuertes pectorales y bajara lentamente hasta su ombligo sintiendo que todo su cuerpo se encendía.

—Celia, vas a coger frío —dijo él mirando sus preciosas piernas al descubierto pues llevaba una vieja camiseta y sus pies estaban descalzos.

—No podía dormir. —Ahora se sentía estúpida.

—Yo tampoco. Estaba pensando en ti. —Alargó la mano comiéndosela con la mirada. — Ven, ¿quieres que hablemos? —preguntó con voz ronca.

Dio un paso hacia él poniéndose colorada. —No.

A Ashley se le cortó el aliento. —¿Y qué quieres hacer?

Dio otro paso hacia él y Ashley se incorporó sentándose en la cama. —No sé si...

—Tranquila, nena. Hasta donde tú quieras. No te tocaré si tú no quieres.

Se acercó un poco más. —¿De verdad?

—Si no estás cómoda lo dejamos.

Ella cogió su mano y Ashley se pasó la lengua por el labio inferior excitándola. Sin darse cuenta se sentó ante él mirando sus labios y susurró —Me gusta que me toques.

Él suspiró del alivio antes de sonreír. —Menos mal porque me muero por hacerlo.

—¿Sí? —Alargó la mano libre y llegó hasta su pecho rozando su piel con las puntas de los dedos hasta llegar a su pezón. Ashley gimió cerrando los ojos como si le gustara. —Nunca he hecho esto. —La miró sorprendido, pero no dijo nada. —Así que si lo hago mal o si no te gusta...

—No puedes hacerlo mal, preciosa. Y lo que estás haciendo ahora es perfecto. De hecho... —Soltó su mano para acariciar su muslo. —Puedes seguir todo lo que quieras.

Le miró a los ojos. —Te quiero.

—Joder, nena... —Atrapó sus labios y besándola intensamente la cogió por la cintura pegándola a su pecho. Fue como si todo su cuerpo se estremeciera de placer y asustada se aferró a sus hombros. Él se apartó de inmediato con la respiración agitada. —¿Todo bien?

Ni contestó besándole de nuevo queriendo sentir más y Ashley gruñó girándola para tumbarla en la cama. Mareada por sus besos acarició su nuca y él dejó de besar sus labios para besar su cuello, mientras sus manos acariciaban su muslo subiendo hasta sus braguitas. Se tensó un poco y él apartó la mano de inmediato. —No te las quitaré, ¿de acuerdo? Iremos poco a poco —susurró contra su oído antes de morder suavemente el lóbulo de su oreja. Sus manos subieron por la cintura por debajo de su camiseta y sintiendo que todo su cuerpo se tensaba, gimió en su cuello cuando su mano acunó su pecho. Ella llevó allí su mano y sin poder evitarlo apretó la suya contra su seno. Gritó de placer cuando acarició su pezón y él sonrió antes de agacharse y mordisquearlo

por encima de la camiseta. Celia arqueó la espalda enterrando las manos en su cabello y Ashley acariciando la piel de su cintura subió la camiseta poco a poco hasta dejarlos al descubierto. Cuando lamió su aureola creyó que moriría de placer y clavó las uñas en él. Ashley se incorporó para mirarla a los ojos y susurró antes de besar su labio inferior —Nena, si quieres parar tiene que ser ahora porque...

Rodeó su cadera con la pierna besando su boca desesperada por sentirle. Su miembro erecto contra su muslo la hizo gritar de placer y entonces ella perdió el control abrazándole. Ashley se hizo un hueco entre sus piernas apartando sus braguitas a un lado y sentir su miembro acariciándola fue la sensación más exquisita del mundo. Él apartó su boca mirando su rostro mientras entraba en ella con una delicadeza que la volvió loca.

—Te quiero, nena. —Entró en ella del todo haciéndola gritar del placer que la recorrió. — Dios, eres maravillosa. —Movié sus caderas una y otra vez haciendo que cada fibra de su ser temblara de necesidad hasta que con una fuerte embestida la hizo estallar de tal manera que creyó que moriría de éxtasis.

Ashley se tumbó a su lado llevándose a ella con él y la abrazó mientras aún disfrutaba de la neblina del placer. Sonrió acariciando su pecho y cuando consiguió abrir los ojos susurró —Ha sido perfecto.

—¿Te sientes bien? —preguntó preocupado—. ¿Es demasiado pronto?

—Contigo me siento a gusto.

Él sonrió abrazándola y la besó en la coronilla. —¿Y tú? —Levantó la vista hacia él. — Has...

—Nena, lo que acabo de sentir contigo nunca lo había vivido con otra mujer.

—¿Con ninguna?

—Es que a ti te quiero.

Miró sus ojos grises con amor. —No puedo creer que esto me esté pasando.

—Y es solo el principio, cielo. Nos queda mucha vida por vivir.

Le miró emocionada. —Prométemelo.

—Te lo prometo. —Acarició su mejilla. —Te prometo una vida nueva y muy distinta a la que has vivido hasta ahora porque siempre estaremos juntos.

—Es la mejor promesa que me han hecho jamás.

—Te quiero, nena.

—Nunca me cansaré de oírlo, mi amor.

Epílogo

Romina corrió por el pasillo y chilló de la felicidad al ver a Dennis y a Alice esperando al final. Se levantaron en el acto y se abrazaron. —¿Cómo está? —preguntó impaciente.

—Muy bien. En el paritorio. Entraron hace media hora —dijo Dennis muy nervioso—. Pero la matrona dice que todo va muy bien.

En ese momento escucharon el llanto del bebé y emocionados se abrazaron de nuevo poniéndose a llorar sin darse cuenta. Apenas unos minutos después Ashley salió orgulloso con su niña en brazos. Tenía el cabello castaño de su madre y era perfecta y preciosa.

—Oh, qué bonita —dijo Romina llorando—. ¿Cómo está?

—Perfecta. La sacarán enseguida para llevarla a la habitación. Es una campeona. Casi ni se ha quejado.

—Mira, al contrario que yo hasta que me sedaron. —Romina se echó a reír cogiendo a la niña en sus brazos. —Es tan bonita.

—Es un regalo.

Todos asintieron y Romina le miró sorprendida. Ashley sonrió. —¿Qué?

—Nada, me recuerda a algo que mi marido me dijo una vez. —Se sonrojó mirando a la niña. —Que era lo mejor que le había regalado la vida. Tus palabras me lo han recordado.

—No sé cómo se sentirá tu marido, pero eso mismo es lo que pienso yo de Celia. Y doy gracias todos los días por tenerla a mi lado. Y ahora a Romina.

Se le cortó el aliento y le miró emocionada. —¿Le vais a poner mi nombre? No me lo había dicho.

—No podía llevar otro, niña —dijo Dennis pasando el brazo por sus hombros—. Quería sorprenderte.

Wyatt llegó corriendo después de haber aparcado el coche. —Mira, cielo... Es preciosa y se llama Romina.

—Perfecta. Felicidades, amigo —dijo dándole la mano a su cuñado.

—Gracias.

—Estas gemelas nos han cambiado la vida, ¿eh? —preguntó mirando con ternura a su mujer, que en ese momento pasaba la niña a su abuelo que estaba a punto de llorar mientras su exmujer lloraba a lágrima viva de la alegría.

—Sí —respondió—. El mejor regalo que me ha dado la vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)

- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme

- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)

- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)

- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)

- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.

- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor

11. Una moneda por tu corazón

12. Lady Corianne

13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.